
CIRCULO DEL CRIMEN
ESTADO DE SITIO
ERIC AMBLER
EDICIONES FORUM
R.T. PALAT
Nº 17

Annotation

Steve Fraser, un ingeniero inglés que ha pasado varios años en la isla de Sonda, se dispone a emprender el viaje de regreso al hogar. Pero el destino tiene otros planes: estalla una revolución y queda sitiado junto a una bella euroasiática que le acompaña. Steve Fraser se considera ajeno a lo que está sucediendo pero, muy a su pesar, tendrá que desempeñar un papel más importante del que hubiera deseado.

Estado de sitio

Eric Ambler

ESTADO DE SITIO

Círculo del Crimen Nº 17

1

Todo el mundo sabía que el vuelo semanal del Dakota procedente de Selampang, nunca llegaba al campo de aterrizaje del valle antes del mediodía, y que nunca iniciaba su vuelo de regreso antes de la una. Debía haberme quedado durmiendo hasta las once como mínimo, después de la fiesta de despedida que me habían ofrecido. Pero no, de madrugada ya estaba completamente despierto, vestido y con todo el equipaje preparado.

No es que tuviera mucho que guardar. Le había dado la mayoría de mis trajes (los pantalones bombachos, las botas contra mosquitos y los sombreros salakoff, junto con mi cama de campaña) a Kusumo, que había sido mi criado durante los últimos años. Las pocas cosas que me quedaban, los zapatos, algunas camisas blancas, la ropa interior y otros objetos personales, habían cabido perfectamente en una pequeña maleta metálica. Llevaba puesto el único traje que poseía. Se lo había encargado precipitadamente a un almacén de confección de Singapur, y me sentaba como si me hubiera caído desde un quinto piso; pero aquella mañana no me importaba mi aspecto, ni tampoco el tiempo que tuviera que esperar el avión. Lo que más me importaba, en ese momento, era el hecho de que me iba y que en el bolsillo superior de mi chaqueta, junto con el pasaporte y el billete de avión para el vuelo de la BOAC de Yakarta a Londres, había una carta. Era de la sucursal de Singapur del Banco de Hong-Kong y Shanghái en la que me comunicaban que al término de mi contrato como ingeniero consultor residente, tenía en mi cuenta un saldo de cincuenta y ocho mil ochocientos noventa y seis dólares.

Poco después de las once cogí prestado del departamento de mantenimiento un jeep para ir a la oficina del ingeniero jefe a despedirme.

Ahora que abandonaba el lugar podía contemplarlo con ojos más amistosos.

A medida que el jeep iba dando brincos por el camino, pasando por las casas nuevas de los nativos y por la hilera de cobertizos semicilíndricos donde vivían los empleados europeos, era consciente de que experimentaba cierto sentimiento de orgullo por lo que se había hecho.

Se trataba de un proyecto del Plan Colombo y no se había escatimado capital norteamericano y de la Commonwealth británica para financiarlo. Pero hace falta algo más que dinero y buena voluntad para construir embalses en lugares como el valle de Tangga. Al principio cuando llegué allí con el equipo de reconocimiento, no

había nada más que pantanos, jungla, parásitos y serpientes pitón de seis metros de longitud. Los contratistas tardaron casi un mes en llevar hasta allí los dos primeros bulldozers; y en el transcurso del primer año, hubo una época en que tuvimos que abandonar todo el equipo y subirnos a las tierras altas para salvar nuestras vidas. Sin embargo, ahora había en aquel lugar un campamento tan grande como una pequeña ciudad, más un campo de aterrizaje, y allí, encajada en la garganta del valle, estaba la impresionante masa de piedra, acero v cemento que constituía la clave de todo el proyecto. Gracias a este embalse había sido posible convertir algo así como trescientos kilómetros cuadrados de campos de matorral a lo largo del delta de Tángga, en ricos campos de arroz. Aquel año, por vez primera, Sonda tendría excedentes de arroz para vendérselos a las vecinas islas de Indonesia, y cuando la central eléctrica que había bajo el embalse estuviera terminada, y las líneas de transmisión empezaran a llegar a las áreas de producción de tungsteno y de estaño en el norte, sería incalculable la riqueza que obtendría esta joven nación. La transformación operada en el valle de Tangga era algo de lo que uno podía sentirse orgulloso. Mis propios motivos para ir a Sonda no habían sido en absoluto nobles ni desinteresados. Por tres años de trabajo en el valle de Tangga me habían pagado la misma cantidad, libre de impuestos, que me hubieran pagado en Inglaterra por trabajar durante diez años. Pero además el trabajo había sido satisfactorio en sí mismo. Podía sentirme más que harto de Sonda y estar encantado de irme de allí, pero había llegado a apreciar a los sondaneses y me sentía satisfecho de haberles sido útil.

Cuando llegué a la oficina del Ingeniero Jefe y asomé la cabeza por la puerta ya había allí otros dos hombres, pero Gedge me hizo señas con la mano para que entrara.

—Siéntate, Steve, no te entretendré mucho —se volvió y siguió con lo que estaba diciendo—. Entonces, comandante Suparto, pongamos esto en claro...

Me senté y escuché.

Gedge era el máximo responsable de la obra, puesto al frente del trabajo por los empresarios. Era un ingeniero de caminos sudafricano de gran valía y experiencia, que había pasado gran parte de su vida profesional en Oriente. Además había sido por su gusto. Durante muchos años había trabajado en China, y, a partir de la guerra con Japón, en la India y en Pakistán. Allí no se había molestado en ocultar el hecho de que prefería tratar con los asiáticos antes que con los hombres de su propia raza, no solamente como simples compañeros de trabajo, sino también como amigos. Entre los europeos tenía, no sin razón, fama de excéntrico y de vez en cuando entre las mesas de bridge corrían rumores imprecisos de que tenía inclinaciones

comunistas, o de que tenía seis concubinas euroasiáticas o de que se había convertido secretamente al budismo.

Pero en este momento, sin embargo, sus sentimientos hacia sus colaboradores asiáticos eran de todo tipo menos amistosos. Tenía problemas con ellos. De hecho, desde que el comandante Suparto y sus cinco hermanos, también oficiales militares, habían llegado desde Selampang seis meses antes, prácticamente no había habido nada más que problemas.

Sonda formaba parte de las Indias Orientales Holandesas. En 1942 fue ocupada por los japoneses. Cuando tres años más tarde volvieron los holandeses, se encontraron con un Frente de Liberación Sundanés, y con una petición de independencia que fueron incapaces, finalmente, de resistir. En 1949 Sonda se convirtió en una República.

El momento más difícil para todos los líderes revolucionarios suele ser el momento del triunfo, el momento en que, de ser rebeldes que están en conflicto con el poder establecido, pasan a convertirse, a su vez, en dicho poder establecido, y los hombres que han luchado para conseguir la victoria esperan celosos e inoportunos su recompensa. Es más fácil reclutar hombres para formar un ejército de liberación que desarmarlo y disolverlo.

Al principio parecía que el gobierno provisional de la nueva República de Sonda estaba resolviendo astutamente este problema. Se aplicó una política de dispersión para romper el espíritu de cuerpo de los militares. Ninguna unidad se disgregaba como tal unidad. Los hombres que procedían del mismo distrito eran reunidos y después transportados de vuelta a ese distrito antes de desarmarlos y desmovilizarlos. Mientras tanto el gobierno formaba un pequeño ejército regular en el que residiría su autoridad en el futuro y que emplearía en contra de sus antiguos partidarios que trataran de mostrarse belicosos. Y, lógicamente, algunos lo hacían; especialmente los soldados más jóvenes, que con frecuencia se agrupaban formando bandas o aterrorizando a la gente de los pueblos. Pero este tipo de bandolerismo tenía políticamente poca importancia. Durante algunos meses después de la proclamación de la independencia por el presidente Nasjah todo parecía ir bastante bien.

Desgraciadamente el gobierno había descuidado un aspecto del problema. En su ansia por disolver la clase de tropa, no se había molestado en ocuparse de los oficiales, y cuando quisieron darse cuenta de la gravedad de su equivocación, era demasiado tarde para repararlo.

Había varios cientos de estos oficiales sobrantes, muchos más de los que podían ser razonablemente absorbidos por un ejército regular o por el nuevo cuerpo de Policía. Más aún, la mayoría de ellos no eran

oficiales en el estricto sentido de la palabra, hombres sensibilizados en la cuestión de la lealtad, sino líderes de guerrillas y ex bandidos que habían luchado y colaborado al mismo tiempo con las fuerzas de ocupación japonesas y con las tropas holandesas coloniales que vinieron a continuación. Por ello resultaba lógico esperar que empezaran a enfrentarse con el nuevo gobierno de Selampang si la utopía que les había prometido no se hacía realidad inmediatamente, o si se consideraban insatisfechos con su parte en los beneficios del botín.

Con semejantes hombres, el hacer revoluciones puede convertirse fácilmente en una costumbre. Maquiavelo creía que el usurpador listo debería, tan pronto como se hiciera con el poder, inventarse acusaciones en contra de sus partidarios más ambiciosos, y matarlos antes de que se metieran en problemas. Pero no todos los políticos son tan cautos y tan prácticos.

Incluso cuando el peligro era ya evidente, el gobierno de Nasjah lo subestimó. Metidos en la lucha de los problemas diarios y vitales de la administración y atrapados en la lucha política tratando de elaborar una nueva constitución, pensaban que no podían perder el tiempo tratando con los descontentos, en ese momento preciso. Sin duda habría que hacer algo pronto, pero no ahora. Con la inocencia que caracteriza a los políticos de oficio, suponían incluso que mientras los oficiales excedentes siguieran cobrando su paga y sus dietas seguirían siendo leales a los líderes de la república. ¿No habían luchado aquellos hombres para hacerla posible? ¿No eran, después de todo, patriotas?

Los políticos pronto obtuvieron la contestación. Cuando estaban preparados para someter el proyecto de constitución a la aprobación de la Asamblea General, apareció una fuerza insurgente de casi tres mil hombres que operaban en las montañas del interior. Estaban dirigidos por un ex coronel llamado Sanusi, que se ascendió a sí mismo a general y se había hecho rápidamente con el control administrativo de una zona que dominaba las dos únicas carreteras que unían la capital con las provincias del norte.

Más aún, Sanusi era un devoto musulmán y proclamó una serie de manifiestos convocando a todos los verdaderos creyentes a unirse a su «Partido Sundanés de Libertad Nacional» y a declarar la Guerra Santa a los infieles de Selampang que habían traicionado al nuevo estado desde el mismo momento de su nacimiento.

Los desórdenes que siguieron provocaron algunos accidentes entre la población euroasiática de la capital, pero el orden fue restablecido sin mucho derramamiento de sangre. Aunque la mayoría de los sundaneses son musulmanes y muchos de ellos llevan la capa negra del Islam, la religión no es un factor importante en su vida. Lo que

constituía el verdadero problema era la influencia del general Sanusi en el interior del país. Se envió una expedición de castigo que tuvo que retirarse de forma ignominiosa cuando uno de los comandantes del regimiento desertó junto con todos sus hombres, y se llevó la mayoría de las reservas de munición de la expedición.

A continuación se realizaron una serie de ataques aéreos sobre lo que se creía que era el cuartel general de Sanusi, que acabaron, debido a las peligrosas condiciones de vuelo en las montañas, con la pérdida de dos de los diez anticuados aviones que constituían toda la fuerza aérea del gobierno.

Después de haber pasado por todas estas humillaciones el gobierno se vio forzado a examinar el problema de una forma más realista. Creían que Sanusi no poseía ni tanques ni artillería y que sin ellos se vería obligado a permanecer en las montañas. Sabían, además, que cualquier desprestigio posterior por su propia parte afectaría desfavorablemente la confianza del pueblo. También había que tener en cuenta a los gobiernos extranjeros. Ya estaban casi ultimados los acuerdos para la obtención de enormes créditos en dólares por parte de los Estados Unidos. Había que mantener a toda costa una apariencia de calma y estabilidad.

Así pues, decidieron disimular.

El Ministerio de Cultura Pública emitió un comunicado diciendo que la «banda de Sanusi» había sido acorralada y liquidada, y se les envió a los directores de los periódicos una orden por la que debían abstenerse de hacer más alusiones al incidente. Los asesinatos cometidos por los agentes secretos de Sanusi en Selampang fueron atribuidos a los «colonialistas reaccionarios». En cuanto a los extranjeros que pretendieron enterarse de por qué era todavía imposible viajar por carretera desde la capital hasta el norte, se emitió un bando que explicaba que, en vista del gran deterioro que habían sufrido los puentes y las carreteras que habían sido minados por los holandeses en su retirada durante la guerra, se tardaría por lo menos un año en poder restablecer las comunicaciones por tierra. Mientras tanto estaban disponibles tanto el transporte aéreo como el marítimo.

Al mismo tiempo el Ministerio de Defensa recibió instrucciones para tomar precauciones especiales y secretas para evitar otras traiciones entre los miembros de las fuerzas armadas. Había que comprobar cuidadosamente la fidelidad de cada uno de los oficiales del Ejército, empleando agentes provocadores. Había que elaborar una lista con los nombres de los disidentes y tomar medidas para dejarlos indefensos. Había que aislar a Sanusi en las montañas hasta que pudiera montarse una ofensiva a gran escala contra él.

El sentimiento de seguridad que obtuvo el gobierno gracias a

estas medidas no duró mucho. Las indagaciones hechas por el ministro de Defensa proporcionaron pronto la espantosa información de que se hablaba abiertamente entre los oficiales de que se preparaba un golpe de estado; que había un grupo que ya se había puesto en comunicación con Sanusi y que era incluso dudoso que se pudiera confiar ni siquiera en un tercio de la guarnición de Selampang en caso de emergencia.

La primera reacción del consejo de ministros fue de pánico, y durante aproximadamente una hora, se habló frenéticamente de solicitar un barco de guerra inglés que viniera desde Singapur en su auxilio. Después recobraron la calma y entregaron al general Ishak, ministro de Defensa, poderes especiales para tratar con los conspiradores. En el curso de veinticuatro horas fueron ejecutados diecisiete altos oficiales y otros sesenta fueron encarcelados a la espera de la celebración de un consejo de guerra.

La inminente crisis estaba superada, pero el gobierno había padecido un tremendo sobresalto y no olvidaron la experiencia. Las noticias procedentes de Indonesia del incidente «Turko» intensificaron su ansiedad. Si un pequeño ejército de japoneses contrarrevolucionarios dirigidos por unos cuantos holandeses locos había sido capaz de conquistar una ciudad como Bandung en las mismas narices del gobierno legítimo de Indonesia, un gran ejército de sundaneses insurgentes al mando de Sanusi bien podrían apoderarse de Selampang. Sólo estaba la guarnición de Selampang, con sus seis tanques japoneses, sus carros blindados y sus seis cañones antiaéreos alemanes para evitarlo. Si Sanusi pudiera neutralizar esta guarnición, aliándose por medio de una conspiración con una quinta columna, del tipo de las que ya casi habían estado a punto de triunfar anteriormente, el juego podría salirle bien. A partir de ese momento había que extremar la vigilancia. Había que buscar espías fiables de la Policía que informaran de las actividades realizadas por todos los oficiales y antiguos cargos. Convenía tratar a los descontentos con sagacidad. Con un agitador decidido, la única solución segura era clavarle un puñal en la espalda. Sin embargo, con un hombre más egoísta la mejor solución podía ser colocarle en un puesto público bien pagado. Si además de pretender obtener su lealtad, se quiere obtener también sus servicios como informador, puede concedérsele un puesto mucho más lucrativo.

Como el egoísmo parecía ser efectivamente la característica dominante de la mayoría de los oficiales que formaban la lista de sospechosos, esta nueva política funcionó bien. De vez en cuando se producía algún conato de conspiración seguido de algunas ejecuciones nocturnas, y se declaró la ley marcial por un período de un mes; pero aunque las carreteras que conducían al norte estaban ahora

permanentemente en manos de los insurgentes (Sanusi se dedicaba a cobrar impuestos impunemente a los pueblos situados en el área que dominaba) el gobierno no perdió más territorios. Las pérdidas que tuvieron a partir de ese momento fueron más de tipo moral que territoriales.

Por ejemplo, en el mercado negro. Existían simples razones de orden económico que favorecían su desarrollo. Los créditos concedidos por los americanos se habían empleado, no en equipos industriales, sino que se habían dilapidado en bienes de consumo, tales como frigoríficos, coches, radios y equipos de aire acondicionado, cuya importación había proporcionado enormes comisiones personales a los miembros del gobierno y a sus subordinados. Los esfuerzos que se hicieron para controlar la inflación resultante habían sido poco entusiastas. Se establecieron impuestos disuasorios únicamente para evadirlos después.

En Selampang había mercado negro prácticamente para todo. En las clínicas antituberculosas establecidas por la Organización Mundial de la Salud un *mantrí* llegaba incluso a inyectar agua a sus pacientes con tal de poder quedarse con algunas dosis de vacuna BCG y venderlas en el mercado negro. Florecieron todo tipo de chantajes. Aunque en Asia el tomar y ofrecer sobornos es una norma corriente y aceptada en los negocios para conseguir que se hagan las cosas, en Sonda alcanzó proporciones asombrosas.

Sin embargo, el gobierno, aún reconociendo la necesidad de tomar medidas para enfrentarse con este problema, se declaró incapaz de llegar a un acuerdo respecto a cuáles podían ser las más adecuadas. Esto no era una cuestión de simple indecisión, motivada sólo porque hubiera algunos ministros cuyos intereses había que tener en cuenta. Su incapacidad para tratar con eficacia este o cualquier otro problema de tipo social o económico que se les presentara tenía una causa más profunda. El caso Sanusi había servido para desmoralizarlos completamente de un modo muy sutil. De hecho, después del descubrimiento de la conspiración de 1950 todo el asunto del gobierno de Sonda discurría en una terrible atmósfera de culpabilidad, avaricia y desconfianza mutua que hacían que el hecho de tomar cualquier decisión importante fuera una cuestión gravemente peligrosa. De hecho, el gobierno de Nasjah estaba sufriendo una pesadilla repetida y el miedo que le tenían los dejaba completamente incapacitados. Lo único que hubiera podido producir unanimidad en la toma de decisiones hubiera sido elaborar un plan seguro para eliminar a Sanusi.

Allá arriba en el valle de Tangga, estábamos en cierto modo aislados de toda esta locura, por lo menos durante el primer año.

Estábamos acostumbrados a que los visitantes nos informaran de lo que pasaba en la ciudad, especialmente el personal de la Organización Mundial de la Salud y de la UNICEF que venían a trabajar en nuestra zona y que se sorprendían de que unos hombres tan inteligentes esperaran que nosotros nos creyéramos las historias fantásticas que nos contaban. Más tarde, cuando nuestro contacto con la capital fue más estrecho, pudimos saber más cosas. Pero mientras Gedge tuvo la mano de obra que necesitaba y siguieron llegando refuerzos desde el pequeño puerto que teníamos en la costa, fuimos capaces de creer que lo que estaba pasando en Selampang no tenía nada que ver con nosotros.

Y entonces empezaron a llegar los «candidatos propuestos por el gobierno».

Uno de los principios básicos de la política de trabajo del plan Colombo era que, cuando se proporciona ayuda para un proyecto como el del embalse del río Tanga, se deben cubrir la mayoría de los puestos directivos con personal de origen asiático. Si no hay asiáticos cualificados disponibles en ese momento y hay que emplear personal europeo, es decir, blancos, éstos deberán ser sustituidos por asiáticos en el momento en que termine su contrato. Obviamente, esto es una cuestión de sentido común, y, naturalmente, un hombre como Gedge aceptaba plenamente este principio. Pero la palabra clave era «cualificado». En Asia hay muy pocos técnicos de los diversos grados, y a nivel directivo aún hay menos. En Sonda la situación al respecto era todo lo mala que cabía imaginar.

Sin embargo, este hecho no amilanó a las autoridades de Selampang. Cuando un gobierno para preservar su seguridad física depende de una política de «trabajo para sus hijos», los empleos bien pagados son escasos. Además, los salarios eran pagados por los empresarios del plan Colombo, no por el gobierno. Cuando empezaron a terminarse los contratos del personal europeo, el proyecto del valle de Tangga debió parecerles una mina de oro a las autoridades de Selampang. Gedge supuso que sus peticiones, protocolarias y de rutina, de personal asiático para reemplazar a los europeos que partían (peticiones que estaba obligado a hacer legalmente) serían recibidas y después olvidadas, como suele ocurrir en estos casos. Sabía perfectamente bien que no tenían personal idóneo para enviarle. Y tenía razón.

El primer oficial excedente que se presentó a trabajar fue un hombre de aspecto brutal, vestido con un uniforme de capitán de infantería y que anunció que iba a ocupar el puesto de supervisor del proyecto y luego pidió un año de sueldo como anticipo. Al preguntarle cuáles eran sus cualificaciones, afirmó que estaba graduado en la nueva Escuela de Administración Económica de Selampang, y enseñó

un certificado que acreditaba sus palabras. También enseñó una pistola que acarició sugestivamente durante el resto de la entrevista. Finalmente, Gedge le dio una afectuosa carta de recomendación para un puesto de trabajo en la comisión central de compras (cuyos salarios eran pagados por el gobierno) y retrasó la salida del avión para que el capitán pudiera volver inmediatamente a la capital a presentar la carta.

El capitán demostró pronto que era un típico ejemplo de lo que nos esperaba. Después de haber devuelto a otros tres posibles supervisores, junto con una docena de aspirantes a otros puestos, el Ministerio de Obras Públicas cambió sus métodos. En lugar de enviar a los aspirantes en persona, enviaba su nombre, junto con una imponente relación de sus cualificaciones, más un certificado del Ministerio de Obras Públicas acreditando que eran correctos. Esto dejaba a Gedge con el dilema de o aceptar al aspirante desconocido, fiándose de la opinión del Ministerio, o poner en duda su opinión y, en consecuencia, la honestidad del propio ministro.

Al final se llegó a un compromiso por ambas partes. El Ministerio prometió dejar de enviar delincuentes ineptos que no eran dignos de obtener un empleo ni siquiera a nivel sudanés. Gedge consintió en admitir seis oficiales sudaneses con experiencia en trabajos de tipo administrativo como coordinadores. Los puestos efectivos fueron cubiertos como Gedge siempre había pensado: en parte con empleados que se habían reenganchado, en parte por ascensos y en parte admitiendo de fuera gente nueva, tanto asiáticos como europeos.

Creo que todos pensábamos que había hecho un buen trato. Se habían mantenido las relaciones amistosas con el gobierno. Su propia autoridad había quedado intacta y los intereses de sus empleados salvaguardados. El trabajo podía proseguir fácilmente hasta su término (de acuerdo con las condiciones y fecha de terminación estipuladas) y hasta el momento en que Gedge tuviera que permanecer, descubierto, sobre el canal de desagüe oriental, para recibir las felicitaciones del presidente. Había llegado una autorización de la central de la empresa para abonar el salario de seis oficiales sundaneses que no valían para nada, cargándolo a la cuenta de imprevistos. Todo lo que quedaba por ver ahora era si el gobierno cumpliría su palabra.

Y la cumplieron a su propia y siniestra manera. No enviaron más bandidos imbéciles. Los mandaron inteligentes.

Llegaron todos juntos, cuatro comandantes y dos capitanes. Vinieron en un avión especial desde la capital y empezaron lamentándose de que el ingeniero jefe no estuviera allí para darles la bienvenida oficial.

Entonces dijeron que se quedarían allí esperando hasta que llegara. Yo estaba con Gedge cuando recibió el mensaje.

—Ya veo, nos envían «primas donnas». No deben salirse con la suya. ¿Le importaría ir usted, Steve?

—¿Yo?

En rigor, aquello no me concernía en absoluto. Las relaciones públicas eran cosa de los empresarios. Yo estaba allí representando a la empresa de asesoría técnica que había realizado la planificación del proyecto, y para cuidar de que los contratistas llevaran a cabo el trabajo de acuerdo con nuestras directrices. Pero yo siempre me había llevado bien con Gedge, y pude darme cuenta de que estaba realmente preocupado.

—Si no va ningún cargo importante a recibirles, se desprestigiarían —me explicó—. Y usted sabe que no puedo permitirme el lujo de empezar de malas con esta gente.

—Está bien, pero esto le va a costar dos whiskies escoceses largos.

—Hecho, y si se va ahora mismo pagaré tres.

Encontré a los recién llegados de pie, a la sombra, junto a la caseta de radio, mirando amenazadoramente al espacio. Los conductores de los «jeeps» que habían ido a recogerlos parecían aterrados.

Salí del «jeep» y fui hacia ellos.

Estaban todos elegantemente vestidos, con la camisa del uniforme sin una sola mancha y con las cartucheras relucientes. Aquello me impresionó un poco.

Al ver que me acercaba, se volvieron y se cuadraron. Uno de los comandantes dio un paso al frente y se inclinó cortésmente. Era un hombre bien parecido, pequeño y delgado, con los rasgos achatados y los pómulos marcados, típicos de los sundaneses del sur, y una boca firme y arrogante. Hablaba un inglés casi perfecto.

—¿Señor Gedge?

—No, me llamo Fraser, y soy el ingeniero asesor residente. ¿Usted es...?

—El comandante Suparto. Me alegro de conocerle, señor Fraser.

Nos dimos la mano y se volvió hacia el grupo que estaba detrás de él.

—Le presento al comandante Idrus, comandante Djaja y comandante Tukang, y a los capitanes Kerani y Ernas —hubo otra serie de corteses saludos y luego se volvió otra vez hacia mí.

—Esperábamos que el señor Gedge nos hiciera el honor de venir a darnos la bienvenida al llegar, señor Fraser.

—Efectivamente, son ustedes bienvenidos, comandante. Desgraciadamente, el señor Gedge está muy ocupado en este momento, pero le agradará mucho recibirles en su despacho.

Pareció que el comandante Suparto estaba considerando lo que le había dicho. Entonces, de repente, sonrió. Fue una sonrisa tan encantadora y alegre que por un momento me fascinó, que era lo que él pretendía. Yo casi le devolví la sonrisa.

—Muy bien, señor Fraser, le aceptaremos como enviado del señor Gedge —su sonrisa desapareció tan de prisa como había aparecido—. ¿No cree usted que si vamos inmediatamente a su despacho estará ocupado simplemente para hacernos esperar?

—Aquí no tenemos mucho tiempo para las cuestiones de protocolo, comandante —le dije—, pero no tendrá ninguna razón para quejarse de falta de cortesía por nuestra parte.

—Espero que así sea —volvió a sonreír de nuevo.

—Muy bien, entonces podemos irnos. ¿Podría ir con usted en el coche, señor Fraser?

—Ciertamente.

Los demás nos siguieron en los otros jeeps. En el camino fui explicándole cómo era el campamento, y me paré en un punto del trayecto desde donde podía verse toda la perspectiva del embalse.

Oí exclamaciones de admiración procedentes de los jeeps que venían detrás de nosotros, pero el comandante Suparto no pareció demostrar mucho interés. Sin embargo, cuando arranqué de nuevo, vi que me estaba observando con el rabillo del ojo. Entonces habló.

—¿Qué es un director de coordinación, señor Fraser? ,

—Creo que es un puesto nuevo.

—E innecesario, sin duda. No, no me conteste. No voy a ponerle en un aprieto.

—No me está usted poniendo en ningún aprieto, comandante. Simplemente ocurre que no conozco la respuesta a su pregunta.

—Admiro su discreción, señor Fraser.

No tuve en cuenta lo último que me dijo.

—Soy un hombre razonable, señor Fraser —continuó al cabo de un rato—. Yo podré aceptar esta situación filosóficamente. Pero mis compañeros son un poco diferentes. Puede que ellos busquen otras satisfacciones. Las cosas se pueden poner difíciles. Creo que también será conveniente que el señor Gedge lo tenga en cuenta.

—Le informaré de lo que me ha dicho, pero creo que usted comprobará que es muy comprensivo.

No volvió a hablar hasta que llegamos delante del despacho de Gedge, pero cuando me iba a bajar del jeep me puso una mano sobre el brazo.

—La comprensión es una cosa buena —dijo—, pero a veces es mejor llevar un revólver.

Le miré cautelosamente.

—Si yo fuera usted, comandante, no haría ninguna broma de ese

tipo delante del señor Gedge. Puede creer que está usted tratando de intimidarle y no le va a gustar.

Se quedó mirándome y aunque no movió las manos, por un momento fui plenamente consciente del revólver que llevaba colgado al cinto. Entonces, sonrió.

—Me gusta usted, señor Fraser —dijo—. Estoy seguro de que seremos amigos.

La reunión con Gedge se desarrolló bastante bien. Todos los coordinadores dijeron que tenían experiencia en trabajos de tipo administrativo. Aún fue más sorprendente el hecho de que casi todos hablaran algo de inglés. Aunque el inglés es ahora la segunda lengua oficial en Sonda (el malayo era el primero) había muchos sundaneses que aún no sabían hablarlo. Hubo cierta tensión cuando se hicieron evidentes las diferencias entre lo que les habían prometido acerca del empleo en Selampang y lo que les explicó Gedge, pero al final parecieron aceptar la situación con bastante buen humor. El comandante Suparto hizo un gesto de aprobación y sonrió como un padre satisfecho del comportamiento que sus hijos habían demostrado en presencia de las personas mayores. Aquel mismo día, más tarde, hubo una reunión con los jefes de los departamentos. Se les había advertido a todos con antelación y estaban preparados. Cada uno de ellos tenía que tomar a su cargo un coordinador. De hecho se les iba a someter a una especie de entrenamiento. Se les permitiría enredar por allí. Si resultaban útiles, tanto mejor, y si no, no importaría mucho.

Ninguno de ellos solicitó puestos de tipo técnico. El comandante Suparto pidió que le enviaran a la sección de transportes. Los otros departamentos de aprovisionamiento, electricidad, mecánica, construcción y energía acogieron a los demás.

El primer conato de conflicto surgió tres días más tarde en el departamento de construcción. El capitán Ernas atacó v golpeó gravemente a uno de los hombres que trabajaban en la compuerta número tres de la central eléctrica. Interrogado acerca del incidente, el capitán Ernas afirmó que aquel hombre no le había tratado con el respeto debido. A la semana siguiente, dos hombres más fueron atacados por el capitán Ernas por la misma razón. Poco a poco se descubrió la verdad. Resultó que el capitán Ernas estaba organizando un sindicato de trabajadores de la construcción, y los hombres a los que había atacado habían mostrado una desdeñosa aversión a pagar las cuotas. El secretario y tesorero del sindicato era el capitán Ernas.

Gedge estaba en una situación difícil. Toda la mano de obra para el proyecto había sido reclutada localmente y los pequeños problemas que se habían producido hasta el momento se habían solucionado mediante consultas con los cabecillas del poblado. No había sido

necesario crear ninguna organización de tipo sindical. Desgraciadamente, en virtud de la reglamentación laboral, era obligatorio que todos los obreros manuales estuvieran afiliados a un sindicato. Era evidente que el capitán Ernas sabía esto. Si se le despedía y se le enviaba otra vez a Selampang, simplemente iría al Ministerio de Obras Públicas a decir que había descubierto una situación ilegal y se convertiría en una víctima por tratar de remediarlo. El Ministerio se mostraría encantado. En un abrir y cerrar de ojos, el capitán Ernas volvería provisto de poderes especiales para organizar el trabajo en todo el valle de Tangga.

Gedge escogió el mal menor. Convocó una reunión de jefes, recordándoles la ley, y les pidió permiso para solicitar al sindicato de la capital un organizador oficial. También les comunicó que en adelante había que conservar una relación de las cuotas que se habían pagado para que el capitán Ernas pudiera responsabilizarse de ellas más tarde. Entonces hizo entrar al capitán Ernas y le repitió lo que había dicho.

Esto resolvió el problema del capitán Ernas durante algunas semanas, pero pronto se hizo evidente que los comandantes Djaja y Tukang habían estado trabajando en el mismo sentido en los departamentos de electricidad y de mecánica. Por lo que se comprobó que era necesario organizar más reuniones con los jefes.

Todo esto era demasiado aburrido. Los jefes pensaron que su autoridad había sido subestimada y empezaron a poner trabas. Los trabajadores se lamentaron de haber pagado las cuotas del sindicato porque alguien en Selampang había dicho que tenían que hacerlo y empezaron a descuidar su trabajo; pequeñas dificultades empezaron a producir grandes retrasos. Pero aún vendrían cosas peores.

A unos veintidós kilómetros al este del campamento del valle, en la carretera que venía de Port Kail y que era empleada por los camiones de aprovisionamiento, había grandes extensiones de plantaciones de caucho. Dos de ellas estaban todavía dirigidas por los holandeses.

La posición de los holandeses que permanecían en Sonda era difícil y peligrosa. La mayoría eran empleados de las pocas empresas holandesas que, bajo la supervisión del gobierno, tenían permiso para dirigir; los bancos, por ejemplo. El resto eran en su gran mayoría plantadores de caucho de las áreas circundantes donde el sentimiento antiholandés había sido menos violento; eran hombres que antes que enfrentarse con la amarga perspectiva de tener que abandonar todo lo que poseían y empezar de nuevo en otro país, estaban preparados para aceptar los nuevos riesgos que implicaría seguir viviendo en Sonda.

Para los holandeses, esos peligros eran muy reales. Cuando había

revueltas en las calles, el riesgo más grande que corría cualquier europeo era que le tomaran por holandés. Después de una serie de incidentes desagradables que habían tenido lugar en Selampang, el jefe de la Policía dio una orden que autorizaba a los europeos que tuvieran un coche que se viera involucrado en un accidente, a seguir conduciendo durante un kilómetro antes de pararse para informar a la Policía. Si se detenía en el lugar del accidente tanto él, como los que viajaban con él, eran inmediata e invariablemente atacados, y a veces incluso asesinados, por la multitud. Daba lo mismo que fueran hombres o mujeres. Siempre les servía de excusa la explicación de que parecían holandeses. Los holandeses propietarios de las plantaciones de caucho se encontraban en una situación extremadamente peligrosa.

No podían vender ni hipotecar sus propiedades, excepto al gobierno, que les pagaría con dinero intervenido que no podían sacar del país. Si seguían trabajando sus propiedades tenían que vender toda su producción al gobierno al precio que éste tuviera estipulado. Por otra parte, tenían que pagar a los trabajadores de sus propiedades el salario mínimo establecido, lo cual hacía imposible que sus propiedades continuaran siendo rentables. Si querían sobrevivir, la única posibilidad que tenían era ocultar una parte de su producción a los inspectores del gobierno y vendérsela en dólares a los comerciantes chinos que hacían un buen negocio comprando caucho «negro» en Sonda e introduciéndolo en Singapur.

Mulder y Smit eran dos hombres de unos cincuenta años que habían pasado la mayor parte de su vida en Sonda. Mulder había nacido allí. Ninguno tenía posesiones en Holanda. Hasta el último florín que poseían estaba invertido en sus propiedades. Más aún, ambos tenían esposas sundanesas y familias numerosas a las que apreciaban enormemente. Inevitablemente habían decidido permanecer allí.

Al principio de nuestra estancia en el campamento los veíamos con frecuencia. Durante los primeros meses, hasta que la carretera estuvo completamente terminada, habíamos usado sus habitaciones de invitados casi como si las hubiéramos alquilado. Smit era un hombre enorme con la cara roja y una amplia sonrisa, y con una increíble capacidad para beber botellas de cerveza. A Mulder le apasionaba el «lieder» alemán, que solía cantar acompañado de un gramófono aprovechando el menor pretexto. Jugaban a las damas entre ellos, y con nosotros jugaban al póquer. Más tarde pudimos compensarles en cierto modo por su hospitalidad, pero a ellos no les gustaba realmente venir a nuestro campamento. No se permitía entrar a ninguna mujer en el club de los europeos, por lo tanto no podíamos decirles que trajeran a sus esposas y había muchos sundaneses en el campamento para los que la simple presencia de un holandés resultaba irritante.

Cuando llegaron los coordinadores estuve sin verlos durante semanas enteras.

Una mañana temprano, aproximadamente unos tres meses antes de mi partida, Mulder llegó al campamento diciendo que Smit y su mujer habían sido asesinados.

La primera parte de la historia era fácil de contar. Aquella noche, sobre la una de la madrugada, Mulder y su mujer fueron despertados por el hijo mayor de Smit, un muchacho de dieciséis años. Les dijo que habían llegado dos hombres hasta el bungalow media hora antes y habían estado golpeando la puerta hasta que les abrieron. El ruido le había despertado. Había oído a su padre hablando con ellos, y se produjo una discusión. Su padre se había enfadado. De repente se produjeron cuatro disparos. Su madre se puso a gritar y hubo más disparos. Entonces los hombres se marcharon. Su madre y su padre estaban heridos. Había dejado a su aya cuidando de ellos y había salido corriendo en busca de ayuda.

Cuando Mulder llegó al bungalow, Smit estaba muerto. Su esposa murió poco tiempo después. A continuación cogió a los niños y a su aya y se los llevó con él a su bungalow. Temiendo por la seguridad de su propia familia, se había quedado con ellos hasta el amanecer, antes de venir hasta el campamento para pedirnos que informáramos por radio a la Policía de Port Kail.

Por la forma de contarlo era evidente que sabía más de lo que decía. Cuando me quedé a solas con él y le prometí mantener la boca cerrada, me contó el resto.

Dos semanas antes habían ido a verde dos sundaneses con una proposición. Le dijeron que sabían que estaba haciendo contrabando de caucho fuera del país y que cobraba por ello en dólares. Querían una participación de la mitad de los beneficios de todas las operaciones futuras. Si no aceptaba le ocurrirían cosas desagradables, tanto a su familia como a él. Le dejarían dos días para pensarlo. Mientras tanto no debía decírselo a nadie.

Fue a ver a Smit y descubrió que también habían ido a visitarle a él. Los dos plantadores estudiaron la situación meticulosamente. Se dieron cuenta de que estaban indefensos. Por supuesto, no cabía la posibilidad de ir a contárselo a la Policía para pedirles protección. Aparte del hecho de que tendrían que admitir que estaban haciendo contrabando, lo cual siendo holandés era como un suicidio, existía también la posibilidad de que aquellos hombres estuvieran relacionados con la Policía. Finalmente decidieron pagar, pero regateando primero. Pensaron que aquellos hombres se conformarían con una participación de un diez por ciento.

No fue así. Los hombres se enfadaron. Le dieron a Mulder

veinticuatro horas más para reconsiderarlo y además le exigieron dos mil dólares en efectivo como garantía de sus intenciones.

Eso había ocurrido la noche anterior. Los hombres debían de haber ido directamente a ver a Smit y se darían cuenta, por lo que éste les dijo que las dos víctimas habían estado hablando entre sí del problema y decidieron demostrarle a Mulder lo que significaba para ellos la palabra negocio. Habían tenido éxito: Mulder estaba decidido ahora a entregarles todas sus propiedades si se lo exigían.

Pero yo estaba aún un poco confundido. Smit no era el tipo de hombre que se asustaba fácilmente. Era difícil creer que hubiera abierto la puerta a medianoche a dos asesinos sin un revólver cargado en la mano. En cuanto a Mulder, si me hubiera pedido que le ayudara a tenderles una trampa a los dos hombres y echar su cuerpo a las aves de rapiña no me hubiera sorprendido mucho.

No lo comprendí bien hasta que no conseguí hacerle que me hablara de los dos hombres. Tocar a alguno de ellos, habría significado la muerte: eran oficiales del ejército sundanés, un comandante y un capitán. La descripción que me dio de ellos no dejaba lugar a dudas en cuanto a su identidad. Convencí a Mulder para que fuera conmigo a ver a Gedge y le repitiera la historia que me había contado.

Aquella noche cuando el comandante Idrus y el capitán Kerani llegaron al bungalow de Mulder, Gedge y yo estábamos esperando detrás del biombo en el dormitorio. Les oímos describir lo que le habían hecho a Smit y a su mujer y amenazaron a Mulder con darle el mismo tratamiento si no pagaba. Entonces salimos armados con escopetas y con una copia en taquigrafía de lo que habíamos oído. Durante un rato la atmósfera se cargó de protestas. Sin embargo, al final, hicimos un trato. Si el comandante Idrus y el capitán Kerani dejaban a Mulder en paz, no emprenderíamos ninguna acción contra ellos.

Mulder guardaría nuestras declaraciones firmadas en el banco, de forma que si le pasaba algo las declaraciones irían directamente a la Policía. Era un pobre acuerdo, pero si no queríamos mezclar a Mulder en las investigaciones de la Policía, era lo mejor que podíamos hacer.

Idrus y Kerani sonreían cuando se fueron para volver al campamento en un camión del departamento de abastecimiento. Tenían razón para sonreír, se habían librado de un castigo por el crimen que habían cometido.

Nos quedamos un rato más con Mulder y bebimos demasiada ginebra. En cuanto a Gedge no disfrutó de la reunión.

—¿Le gustaría quedarse aquí, Steve? —me preguntó de repente, cuando volvíamos al campamento en el jeep.

—¿Qué quiere decir?

—Puede quedarse con mi empleo, si quiere.

—No, gracias.

—Es usted un hombre listo. No va a ser agradable tener asesinos en el campamento.

—La comprensión es una buena cosa —dije—, pero a veces es mejor llevar un revólver.

—¿Qué es eso?

—Algo que me dijo el comandante Suparto.

Y ahora estaba en el despacho de Gedge por última vez, oyendo lo que decían, sabiendo, sin embargo, que dentro de menos de tres horas todo aquello me parecería tan remoto como un sueño.

A diferencia de sus hermanos oficiales, Suparto había resultado ser un éxito como obrero no cualificado. La capacidad para planificar y organizar era rara entre los sundaneses, pero en este aspecto Suparto era excepcional a todos los niveles. Sintiéndose seguro con un contrato de dos años, el jefe de transportes no tenía escrúpulos para delegar su autoridad en un ayudante tan enérgico y capaz, y se había resistido a los esfuerzos que hacían de los otros departamentos para llevárselo.

Suparto había perfilado la situación astutamente.

Había habido una huelga de estibadores en Puerto Kail la semana anterior, y la tripulación del barco había descargado en el muelle algunas máquinas importantes. Ahora, los aduaneros ponían dificultades, en cuanto a la identificación de' los datos individuales en la revisión de la carga del barco, y no querían aclararlo. En su opinión estaban convirtiendo una pequeña confusión en un gran problema con la esperanza de obtener un soborno sustancioso. Creía que si iban a Kail a ver al jefe de aduanas en persona, el problema se resolvería rápidamente. El jefe de transportes compartía esta opinión.

—Nunca habíamos tenido problemas con los de la aduana, hasta ahora —estaba diciendo Gedge—. Ni siquiera en los primeros días, cuando llegamos aquí. Entonces sí que podían habernos puesto las cosas bien difíciles.

—El comandante Suparto cree que los hombres del lugar deben estar presionados desde arriba —dijo el jefe de transportes.

—Creo que es posible —repuso Suparto—. Pero esto no es algo que pueda aclararse por radioteléfono. Tengo que hablar con esos hombres en privado.

Gedge asintió.

—Muy bien, comandante. Vamos a dejar que se encargue usted de esto. Lo más importante es que la maquinaria se ponga en camino hacia aquí. ¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

—Dos días, tal vez tres. Creo que debo partir inmediatamente —se volvió hacia mí—. Señor Fraser, creo que no tendré otra

oportunidad de verle. ¿Puedo desearle un viaje seguro y un futuro feliz?

—Gracias, comandante, ha sido un placer conocerle.

Nos dimos la mano y el oficial salió con el jefe de transportes. Entonces empezó la tarea algo más difícil de despedirme de Gedge.

El Dakota llegó a las doce y media; cuando hubieron descargado las sacas del correo, algunas cajas de leche en polvo y un par de pequeños equipos de compresores de aire, pusieron mi maleta a bordo y cargaron después el correo para el exterior. Mi sucesor y uno o dos amigos íntimos habían acudido al campo de aterrizaje a despedirme, así que tuve que hacer aún más tonterías charlando y estrechando manos, antes de poder subir a bordo.

El piloto era Roy Jebb, y el primer oficial era un sundanés llamado Abdul. En estos viajes nunca llevaban una tripulación completa, así que yo era el único pasajero. Me senté en el asiento del operador de radio, justamente detrás de ellos. El avión había estado al sol durante una hora y hacía un calor sofocante en su interior, pero yo estaba tan contento porque me iba que ni siquiera pensé en quitarme la chaqueta; Podía ver a los hombres que habían ido a despedirme regresando hacia donde estaban los jeeps, y pensé vagamente si volvería a ver a alguno de ellos. Entonces, el sudor empezó a chorrearme por los ojos y Jebb me gritó que me abrochara el cinturón.

Dos minutos más tarde estábamos volando.

2

La oscura masa verde de la jungla se alejaba bajo nosotros y empezamos a seguir la línea de la costa con su banco de islas que formaban una franja escabrosa coloreando el agua de color azul turquesa.

Jebb me miró por encima del hombro. Era delgado, ágil y muy australiano.

—¿Te has preocupado de buscar una habitación, Steve?

—Pienso intentarlo en el hotel Oriente.

—Allí puedes encontrar una cama, pero una habitación para ti solo no, ¿verdad, Abdul?

—Oh, no. No se puede dormir solo en Selampang. Eso es lo que dicen —el primer oficial sonrió humildemente—. Es una broma.

—Y no es divertida. Ahora han puesto seis camas en algunas de esas habitaciones del Oriente, que parecen un huevo de mosca. Es todo un espectáculo.

—Sobornaré a alguien —dije—. Ya lo he hecho antes. De todas formas sólo será por tres días. Espero coger el avión para Yakarta del viernes.

—Puedes intentarlo si quieres, pero tendrás que compartirlo con un extraño. ¿Por qué no vienes a la Casa del Aire conmigo?

—No sabía que alquilaran habitaciones.

—No las alquilan. Yo tengo allí un pequeño apartamento en la parte de arriba, sobre la emisora de radio. Puedes dormir en el salón, si quieres.

—Es muy amable por tu parte, pero...

—No quiero nada de «peros». Me haces un favor. Tengo que ir a Makassar mañana y no volveré hasta el viernes. Dejar un apartamento desocupado en estos días sería buscarse problemas.

—¿Por los ladrones?

—Por eso o porque al volver te puedes encontrar con un policía que te enseña una orden para requisarte el apartamento y meterse allí a vivir con su familia. El año pasado perdí un bungalow de esa forma cuando me fui de vacaciones. Ahora siempre que tengo que irme me busco un amigo para que se quede allí, aunque sólo esté fuera dos días.

—Entonces, me quedaré con gusto.

—Trato hecho. ¿Qué quieres hacer en tu primera noche de libertad?

—¿Dónde se come mejor ahora?

—todos los restaurantes son bastante malos. ¿Sabes que tenemos

un club nuevo? Se llama Nueva Armonía.

—Hace un año que no vengo por aquí.

—Entonces está decidido. Ya tienes la noche organizada. Ahora veamos, Abdul, ¿qué hay del té? ¿Dónde está el termo?

Selampang está en lo alto de una bahía profunda mirando hacia el este frente al mar de Java. Antes se llamaba Nieu Wilemstand, y todavía, a lo largo de los canales que hay cerca del puerto, quedan algunas casas antiguas, con tejados de tejas marrones y ventanas con cristales enmarcados en forma de diamantes, que fueron construidos por los primeros colonizadores holandeses. Se levanta sobre una antigua zona de marismas y la red de canales que cubre todo el área de la ciudad es realmente un sistema de canales de drenaje, zanjas donde la mayoría ce la población, ignorando tranquilamente la nueva legislación sanitaria, continúa depositando sus excrementos, lavándose y haciendo su colada. Cuando se fueron los holandeses, Selampang tenía una población aproximada de medio millón de habitantes. Ahora tiene más de millón y medio. Sin embargo, al pasar por las amplias y modernas avenidas de los barrios nuevos, junto a los grandes bungalows con sus grandes patios exteriores, no se veían muestras de superpoblación. Lo único que recordaba este hecho era el olor penetrante de los canales y el vislumbrar de vez en cuando los numerosos poblados *attap* que se incrustan en las orillas. Los barrios nuevos han crecido como hongos por detrás de las fachadas coloniales de los barrios antiguos.

La Casa del Aire estaba en el lado sur de la gran plaza Van Riebeeck, junto a una residencia del siglo XVIII que albergaba un departamento del Ministerio de Salud Pública. Era el edificio más nuevo y más alto de Selampang; había sido construido por un consorcio de empresas de petróleo y operadores aéreos, para edificio de oficinas, y estaba casi terminado cuando los japoneses ocuparon la ciudad en 1942. Los japoneses lo emplearon durante algún tiempo como cuartel general militar, luego se trasladaron allí '.os miembros del gabinete de lucha psicológica, levantaron antenas en el tejado y lo convirtieron en una emisora de radio de onda corta. Después de la guerra siguió siendo una emisora de radio. Solamente devolvieron a los operadores de las líneas aéreas el piso bajo, y éste era ahora una agencia de viajes y la estación terminal de los autobuses que iban al aeropuerto.

El apartamento de Jebb estaba en el último piso. El ascensor sólo subía hasta el quinto, después había que recorrer un pasillo con el suelo de linóleo, pasar a través de una puerta giratoria y subir un tramo de escaleras; más allá de las puertas, el edificio estaba aún sin terminar. El hormigón de la escalera auxiliar estaba tal como lo habían dejado los constructores en 1942. Las pisadas resonaban

lúgubremente por el hueco de la escalera. Los vanos de las ventanas estaban tan altos que no se podía ver fácilmente adonde iba uno.

—Ten cuidado aquí, puedes engancharte la ropa —dijo Jebb.

Rodeamos una estructura de hormigón de la que sobresalían las varillas de hierro y caminamos un corto trecho por un corredor polvoriento. Entonces Jebb se paró frente a una puerta y sacó una llave.

—Acababan de empezar a instalar los desagües en estos apartamentos cuando llegaron los japoneses —dijo—. Este es el único que habían terminado. Los otros cinco todavía están vacíos. Fíjate, después de tanto tiempo y con la escasez de viviendas que hay… ¡Qué país! Tuve que sobornar a casi todos los miembros del ayuntamiento para conseguir que me dieran el agua.

Abrió la puerta y entramos.

Según íbamos subiendo las escaleras me había ido desanimando un poco y empecé a añorar mi cama de campaña que había regalado tan generosamente, pero una vez dentro la cosa era diferente. Había un vestíbulo pequeño con el suelo de baldosas, una cocina y otra puerta que daba al salón. Este era largo y estrecho, pero casi toda la pared de la parte frontal tenía ventanas con doble cristal que daban a una amplia terraza que tenía una barandilla de cemento. Sobre la terraza había un techo de bambú trenzado para protegerla del sol y a los lados había persianas *attap*. No había muchos muebles, quitando las típicas tumbonas de bambú y un sofá que se usaba claramente como cama de huéspedes. Había una radio y un gramófono portátil, una librería llena de libros y novelas y un carrito de bambú repleto de botellas. En las paredes había algunos cuadros con escenas balinesas. El apartamento estaba fresco, parecía cómodo, y así se lo dije.

—Una amiguita me ayudó a decorarlo —conectó el ventilador del techo muy despacito—. Tengo que vigilar este armatoste. No puedo manejarlo muy de prisa porque si lo hiciera saltarían los plomos del piso de abajo. Bueno, Steve, ¿qué vas a tomar? ¿Quieres primero un trago y luego ducharte, o al revés? Te diré lo que vamos a hacer. Nos tomaremos un trago largo mientras te enseño dónde están las cosas. Después nos ducharemos y nos iremos por ahí. ¿Qué quieres tomar? ¿Coñac solo? ¿Un gin fizz? ¿O quieres whisky escocés? Pero si vas a estar toda la noche tomando lo mismo, es mejor coñac o ginebra. Voy a buscar el hielo.

Cuando tuvimos las bebidas preparadas me enseñó el dormitorio y salimos a la terraza. Estaba orientada al norte, y desde una de las esquinas podía verse, por encima de las chimeneas y los mástiles de los barcos, el puerto y parte de la bahía. Detrás de una de las persianas *attap*, en la otra esquina, había un cuarto de baño holandés

con un gran aguamanil de piedra que tenía un desagüe de hierro galvanizado.

—¿Qué me dices de eso? —me preguntó—. ¡Dios mío! Imagínate, mira que poner una cosa de esas en un edificio nuevo.

—Hay quien dice que es la mejor ducha que existe.

—Para mí, no. Echarte el agua por encima con una cosa que parece una cacerola, cuando se puede hacer subir el agua por unas cañerías hasta el aspersor, ¡es una locura! Además hay que ser un contorsionista para poder aclararse todo el jabón del cuerpo. El retrete está bien. En la última casa que tuve no era más que un agujero sobre un pozo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Roy?

—¿En este país? Cuatro años. No me entiendas mal. Hay muchas cosas que me gustan de aquí, además del buen sueldo que me pagan. Pero son gentes extrañas. Por ejemplo, todas esas cosas que están consiguiendo ahora, como coches, frigoríficos y radios, no las consideran como cosas que se pueden usar, les atribuyen cierto hechizo. No les importa nada si ese aparato sirve para algo, ni siquiera si funciona. Necesitan tenerlo para sentirse a gusto. Abdul vio a un americano que llevaba un reloj de muñeca de oro en el cine, y entonces pensó que él también tenía que tener un reloj como aquél. Estuvo tres meses pasando hambre para poder pagarlo. ¿Para qué? Nunca mira la hora ni le da cuerda, ni siquiera está especialmente orgulloso de él. Es simplemente suyo y ya está. La mayoría son así, y eso es lo que nos extraña. Podría pensarse que son solamente un montón de niños ostentosos intentando imitar la civilización occidental.

—Hasta que llega un día en que uno se da cuenta de que no son simples en absoluto, y que ni siquiera hemos empezado a comprenderles.

—Es cierto, ¿sabes? Cuando llegué aquí, una vez le pregunté a un grupo de hombres que estaban en el aeropuerto que cuál era para ellos el delito más grande que podía cometer un hombre, ¿y sabes qué me dijeron?

—El asesinato no, desde luego, creen que le damos demasiada importancia.

—No, el asesinato no. Robarle la mujer a otro, eso es lo peor para ellos.

—Nunca había oído eso antes.

—Ni yo tampoco. Entonces yo no sabía que no sirve de nada hacer preguntas en este país. Sólo obtienes la contestación que ellos creen que tú quieres oír. Durante la guerra mi mujer se fue con otro. Acabo de divorciarme de ella. Esos bromistas acababan de descubrirlo, eso era todo —sonrió—. ¿Estás casado, Steve?

—Ya no. A mí me pasó lo mismo.

Hizo un gesto de aprobación.

—Mina te lo arreglará estupendamente.

—¿Quién es Mina?

—Mi novia, ya te lo he dicho. Primero dúchate. Voy a llamarle ahora, y le diré que se traiga una amiguita con ella.

Ya había anochecido cuando bajamos de nuevo a la plaza y la ciudad entera parecía haber vuelto a la vida. Los árboles y las palmeras que rodeaban el centro de la plaza estaban salpicados de luces y los puestos del mercado se habían extendido debajo de ellos. Vendedores de comida china rodeados por pequeños grupos de comensales estaban en cuclillas en el polvo. Un chaval de unos diez años estaba sentado tocando un xilófono de bambú, mientras que otro a su lado golpeaba un tambor. La calle que rodeaba la plaza estaba atestada de coches que se movían despacio y los conductores de *betjaks* (triciclo) tocaban incesantemente sus campanillas al tiempo que se abrían paso con sus vehículos brillantemente pintados por los huecos entre los coches. Era un tributo que había que rendir a la riqueza y a la influencia de los operadores del mercado negro de Selampang el que en una ciudad donde el coche americano más barato costaba tres veces más que en Detroit, existiera, sin embargo, el moderno problema del tráfico.

Junto a la entrada de la Casa del Aire había una parada de *betjaks*, y en cuanto vieron a Jebb uno de los conductores salió de la fila y vino pedaleando hasta nosotros, sonriendo ansiosamente.

—Mahmud, esta noche necesitamos dos.

—Puedo llevarles a ambos, *tuan*.

—Puede que sí, pero queremos ir cómodos. ¿Dónde está tu amigo?

Llamó a otro conductor y partimos.

En cuanto uno aprende a ignorar la respiración trabajosa del conductor peleando detrás y se ha superado la impresión de ser un blanco sentado para nados los coches que se aproximan, el *betjak* es un agradable medio de transporte especialmente en una noche calurosa. Va lo suficientemente de prisa como para que el aire parezca fresco, pero no tanto como para que el sudor se te enfríe en el cuerpo. Puedes recostarte confortablemente y mirar a los árboles y a las estrellas sin que te piquen los mosquitos. y siempre que el conductor no se empeñe en susurrarte al oído invitaciones obscenas para ir al burdel más próximo, puedes incluso pensar.

Me alegraba de tener esta tregua. Después de haber estado en las colinas de Tangga, Selampang resultaba una ciudad ton una humedad sofocante, donde intruso una ligera camisa de algodón parecía una

manta. Además me había tomado tres brandies largos en el apartamento, uno más de lo que realmente deseaba. AI día siguiente iba a estar muy ocupado y no tenía intención de cargar con una resaca. Tampoco tenía ninguna intención de pasar la noche con ninguna ramera local escogida por la novia de Jebb. Le había oído darle instrucciones por teléfono y decidí que hay veces en que la hospitalidad es excesiva. Además, cuando se rompe el hábito de la continencia, especialmente cuando ha sido impuesto por obligación, no hay que hacerlo a la ligera. Yo tenía mi propia opinión sobre el asunto y no incluía en ese momento a Selampang.

El Nuevo Club Armonía estaba en las afueras de la ciudad. Más allá del hipódromo había una franja de casi un kilómetro y medio de anchura de carretera sin iluminar, con grandes patios con bungalows a ambos lados. Aquella zona estaba muy tranquila, y si se aproximaba un coche podía oírse el motor al mismo tiempo que se veían las luces. Incluso las cigarras parecían estar mudas y habíamos dejado atrás el olor de los canales.

—Esta parte es muy agradable —dijo Jebb—. Siempre que no nos acerquemos mucho al hipódromo.

Los dos *betjaks* avanzaban a la misma altura.

—¿Quién vive aquí?

—La mayoría son diplomáticos extranjeros. Y algún que otro chino rico. Aunque éstos tienen que pagar más de lo normal por el privilegio. ¡Mira!, allí está el club. Es esa luz de ahí delante. ¡Avanza, Mahmud! Necesitamos un trago.

Era un bungalow muy parecido a los demás, pero tenía un luminoso junto a la entrada del patio, y había un conserje con un gorro de pico que nos miró intensamente cuando dimos la vuelta. Cuando nos detuvimos el aire húmedo y caliente parecía que se hacía más pesado, pero ahora estaba intensamente perfumado debido a los jazmines rojos que crecían en el patio delantero, y desde dentro llegaba el sonido internacional y sentimental de un pianista de cabaret tocando música americana.

En el vestíbulo, un conserje chino vestido con un smoking de algodón me hizo una tarjeta de cliente provisional y me vendió una cajetilla de cigarrillos americanos al doble del precio que estaban en el mercado negro. Entonces pasamos a la habitación siguiente.

Antes eran dos habitaciones, pero habían abierto unos arcos en la pared que dividía ambas para hacer una sola. En un extremo había un bar forrado de madera de teca, y bajo uno de los arcos una plataforma con el piano. El resto del espacio estaba lleno de sillas, había aproximadamente una docena. Fuera, en la terraza cubierta, había unas cuantas mesas más y una pequeña pista de baile elevada. Las paredes estaban pintadas imitando ladrillos y la luz salía de unos

soportes de hierro que había en la pared.

Como era temprano, sólo había una o dos mesas ocupadas. Sin embargo, el bar estaba lleno de gente. La mayoría de los hombres eran europeos, aunque había una pareja de jóvenes sundaneses lustrosos vestidos con uniforme de aviadores, sentados en las banquetas del bar y un chino elegante con unas gafas sin montura. El pianista era un indio con aspecto altanero que llevaba una pulsera de oro y un anillo con un rubí. Una pareja de holandeses estaban apoyados sobre el piano sosteniendo los vasos en la mano, y escuchando embelesados. La mujer llevaba el pelo desarreglado y parecía un poco borracha. El indio los ignoraba.

—Un puñado de amiguetes estaban armando jaleo en el Salón Malamute —citó Jebb haciéndose el gracioso, y empezó a abrirse paso hacia el bar, intercambiando saludos con la gente al pasar—. Hola, Ted, ¿qué tal va? ¡Eh, Marie!

Marie era una muchacha morena, robusta, con los dientes salientes, que llevaba un vestido de seda ajustado. Sonrió mecánicamente y lanzó una bocanada de humo del cigarrillo hacia el techo. Jebb me guiñó un ojo, no tenía ni idea de lo que me quería decir con aquel guiño, pero le devolví una sonrisa comprensiva. "Mi esfuerzo fue desaprovechado. Jebb había saludado al chino de las gafas sin aros.

—Buenas, Mor Sai. Quiero presentarle a un amigo mío, Steve Fraser. Steve, este es Lim Mor Sai. Es el dueño del local.

Mientras nos estábamos dando la mano, apareció por la puerta que había junto al bar una rubia de mediana edad con mirada ojerosa y una boca ridícula, y pasó el brazo por el de Jebb.

—¡Hola, Roy, amor! —dijo—. Creíamos que te habías ido a Makassar.

—No, eso será mañana. Molly, este es Steve Fraser. Steve, esta es Molly Lim.

Me dirigió una mirada vidriosa.

—Otro asqueroso inglés, ¿eh? ¿Por qué no os quedáis en casa?

Sonreí.

—Un día, cariño —dijo su marido afectadamente—, alguien no va a aceptar tu broma, nos romperán un montón de muebles y tendremos jaleos con la Policía.

—¡Oh!, déjame —le acarició la mejilla—. El sabe que le estoy tomando el pelo. Le voy a dejar que acierte de dónde soy, señor Fraser, le dejaré que dé tres respuestas, y las dos primeras no cuentan.

—¿De Lancashire?

—Claro, Mor Sai dice que incluso hablo cantonés con acento de Liverpool. ¿No es cierto, amor?

Lim la miró con cara de aburrimiento.

—Por ser la primera vez que viene al club, debe tomar un trago por cuenta de la casa —me dijo.

—Eso era lo que estaba esperando oír —exclamó Jebb—. Estamos bebiendo coñac.

—Luego lo encontrarás en la cuenta —dijo la señora Lim sarcásticamente, y se fue.

Lim hizo chascar los dedos para llamar al camarero y le encargó las bebidas. Jebb me dio un codazo. Miré a través de la habitación y vi a la señora Lim arrancarle a un hombre el vaso de la mano y bebérselo de un trago. El hombre se echó a reír.

Lim lo vio también. Cuando llegaron nuestras bebidas, él se excusó y se fue hacia donde ella estaba.

—Debía haberte advertido acerca de Molly —dijo Jebb—. Hagas lo que hagas, no la invites nunca a beber.

—No tiene el aspecto de esperar a que la inviten.

—Sí, debes agarrar con fuerza tu vaso cuando ella ande cerca. Ese bastardo debería saberlo. Se enfrentará con Lim si no tiene cuidado.

—¿Es malo eso?

—Es mejor estar de su parte. Lim tiene amigos en el departamento de Policía. ¿Te acuerdas cuando retenían los permisos de salida? A lo mejor durante una semana entera si les daba la gana. La última vez que estuve de vacaciones, Lim me lo arregló todo en un par de horas, y te apuesto…

En ese momento se calló, hizo un gesto por encima de mi hombro y exclamó:

—¡Eh, Mina, cariño!

Es difícil describir a las mujeres euroasiáticas con precisión. La primera impresión que producen siempre está dominada por una serie de rasgos característicos de su raza, excluyendo los demás, pero al tratarlas más de cerca ocurre justamente al revés que en la primera impresión. No es sólo cuestión de ropa: un traje europeo puede hacer que la misma mujer parezca más asiática o menos. El cambio es tan imprevisible como lo son esas ilusiones ópticas por las que se puede convertir una pirámide de cubos macizos en una pirámide de cajas vacías simplemente con parpadear.

A primera vista, Mina parecía completamente europea, era una morenilla delgada y atractiva con la estructura ósea aguileña que tienen la mayoría de los mediterráneos orientales; podría pasar por griega. Por otra parte, su amiga Rosalie parecía una muchacha filipina de buena familia que hubiera aprendido a vestirse en una universidad americana. Sin embargo, al cabo de diez minutos, los rasgos de Mina se habían convertido para mí en rasgos inequívocos sundaneses, mientras que Rosalie parecía una muchacha europea que intentara

imitar a su bailarina favorita. Las voces también tenían algo que ver en esto. Las dos hablaban un buen inglés pero con acento holandés; pero en la voz de Mina se apreciaban los sonidos guturales sundaneses. Hablaba con energía y decisión. Rosalie era más tranquila y más segura de sí misma.

Jebb me había explicado que ambas daban clase de baile occidental en una academia dirigida por un chino, y que esperaban que les pagáramos por pasar la noche con nosotros en el club. Después de medianoche, haría falta celebrar nuevas negociaciones, pero esas las tendría que dirigir yo. El tenía con Mina un acuerdo más o menos permanente. Decían que Rosalie era muy quisquillosa. Si tú no le gustabas, no había nada que hacer, aunque fueras millonario. De mí dependía.

Así que estaba resignado a pasar probablemente una noche aburrida e insípida. Al final no fue ninguna de las dos cosas. Creo que lo que rompió el hielo fue el darme cuenta de que aunque pudiera parecer poco sentimental, la relación entre Mina y Jebb tenía al mismo tiempo una base de auténtico afecto. Puedes engañarte en cuanto al amor, pero no en cuanto al cariño.

Al principio Mina habló mucho. La mayor parte del tiempo se dedicó a jugar a un juego sundanés muy popular. Si le debes a un hombre dinero, o si él te ha desacreditado de alguna forma, o si es alguien que tenga autoridad y que no te caiga bien, te inventas un escándalo en el que él esté involucrado, preferentemente algo que tenga que ver con cuestiones personales íntimas, sugiriendo que es impotente, cornudo o pervertido. Nadie se cree el cuento, pero cuantos más detalles añadas, y cuanta más atención ponga el auditorio, te haces más superior ante tu enemigo.

Los escándalos de Mina eran picantes y crueles y los contaba como una buena comediante, con cierto aire de ligera sorpresa ante su extrañeza. Jebb representaba el papel del que se niega a creer una palabra de lo que ella dice. Si, por ejemplo, el cuento trataba del jefe de Policía, Jebb declararía que le conocía personalmente y que lo que ella contaba era imposible. Esto a su vez provocaba una nueva extravagancia para demostrar la primera.

Aquello podía haber resultado aburrido, pero por alguna extraña razón no lo fue. Una o dos veces, cuando yo me reía abiertamente, ella también lo hacía, y después se apresuraba a convencerme de que lo que decía no era para tomarlo a risa. Rosalie solamente sonreía. Su actitud hacia Mina era la que tiene un adulto con un niño precoz que a veces se puede poner demasiado nervioso; se divertía pero estaba en guardia. De vez en cuando la vi con el rabillo del ojo observándome astutamente y tratando de clasificarme; me sorprendió descubrir que no me importaba. Uría vez se dio cuenta de que yo la observaba.

Estaba diciéndole algo a Jebb en ese momento, y al darse cuenta titubeó un poco, pero no obstante parecía completamente dueña de sí.

La cena era vietnamita y muy buena. Después de cenar salimos a la terraza y tomamos té. Entonces Lim conectó un tocadiscos y bailamos un poco, pero la pequeña pista pronto se llenó de gente y como no se podía estar a gusto, salimos a pasear por el patio.

Había sido antes un jardín perfectamente cuidado, con sus senderos de piedra, macizos de flores, y con decorativos estanques de peces. Ahora la hierba estaba crecida, los plataneros y crotones crecían salvajes y los estanques estaban asfixiados de hierbajos. Pero el aire tenía un perfume agradable y yo me alegré de alejarme del ruido del gramófono. Encendí un cigarrillo y durante aproximadamente un minuto estuvimos paseando por un sendero que habían abierto toscamente a un lado del patio. Entonces un murciélago aleteó junto a mi cabeza y lancé unos cuantos juramentos. La luna era muy brillante y vi que la muchacha me miraba.

—No tienes que ser galante conmigo —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Son las once. Mina y Roy no se marcharán hasta dentro de dos horas. Tú has hecho hoy un largo viaje. Creo que debes de estar muy cansado.

—Lo he pasado muy bien esta noche, pero ahora, sí, estoy cansado.

—Entonces debes irte a dormir —sonrió al ver que yo dudaba—. Si quieres podemos vernos mañana otra vez.

—Sí, me gustaría. Roy se va mañana por la mañana a Makassar, y no conozco a nadie más en esta ciudad. Es decir, a nadie que quiera ver —volvió a vacilar. Nos habíamos detenido y ella me estaba mirando.

—¿Qué es lo que querías decir?

—Yo también tengo una parte en el trato.

—No creo que debamos hablar de eso. Vas a estar aquí dos o tres días. Cuando te vayas me harás un regalo en dinero. Si no nos hemos gustado me lo darás con desprecio. Si nos hemos gustado, hará que la despedida resulte más fácil. En cualquier caso serás generoso.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, estoy segura.

Eso fue todo lo que se dijo. Me cogió del brazo, en silencio, y seguimos paseando por el patio. Era una noche espléndida y yo me sentí de repente tranquilo.

Estábamos paseando por el sendero que discurría paralelo al prado que había al otro lado de la valla de separación, cuando vi una luz oscilando a través del matorral de bambú delante de nosotros.

—¿Qué es esa luz? —pregunté.

—Hay algunas viejas casas *kampong* allí. Era donde vivían los sirvientes cuando los holandeses residían en los bungalows. Pero no creo que se usen ahora.

Se había terminado la superficie de piedra del sendero, y caminábamos sobre la tierra blanda que silenciaba el ruido de nuestras pisadas. Entonces oímos voces delante y nuestro caminar se hizo más lento. Una de las voces era de la señora Lim, y no creo que ninguno de los dos quisiera encontrársela en ese momento. En el preciso instante en que iba a sugerir que nos volviéramos ella empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Y yo digo que no pueden! ¿Quieren que nos maten a todos? Están completamente locos.

Un hombre dijo algo rápidamente. La señora Lim emitió una especie de quejido, como si la hubieran golpeado y entonces empezó a llorar.

La mano de Rosalie me apretó el brazo. De repente se oyó un débil sonido de pasos en unos escalones de madera y luego se oyó a alguien, probablemente la señora Lim, huyendo hacia el bungalow.

Por un momento nos quedamos allí sin saber qué hacer. Casi nos habíamos dado la vuelta para regresar, pero el camino más corto para volver al bungalow estaba justamente delante, y no había razón para volver sobre nuestros pasos. Así que seguimos adelante.

Las casas de los criados estaban situadas entre algunas palmeras en el extremo más alejado de un árido sendero que llevaba desde una puerta hasta el prado. Era lo suficientemente amplio como para que pudiera pasar una furgoneta y probablemente habría sido empleado como entrada para los proveedores. Las casas estaban construidas con estacas de teca y las estructuras eran bastante resistentes, pero las paredes de *attap* se habían resentido con los monzones y ambos sitios parecían abandonados. La luz que al parecer procedía de una lámpara de keroseno, estaba en la casa más alejada del camino y brillaba a través de las paredes destrozadas. De dentro llegaba un murmullo de voces masculinas. Debía de haber cuatro. Junto a los escalones del porche de la casa más próximo había estacionado un jeep.

Los jeeps son muy corrientes en esta parte del mundo. A un lado tenía un soporte soldado que fue lo que me hizo detenerme a mirarlo. Gran parte de los jeeps que han pertenecido al ejército tienen ese soporte; se había diseñado en un principio para sostener un tubo de escape vertical cuando los jeeps eran anfibios para llevarlos en las lanchas de desembarco; pero éste estaba doblado de una forma que me resultaba vagamente familiar. Eché un vistazo a la matrícula.

En una región en la que uno depende del transporte mecánico prácticamente para cualquier movimiento que se quiera hacer, incluso

un vehículo corriente como es un jeep, adquiere cierto carácter, tiene sus propias peculiaridades, un tacto especial. Siempre se prefiere uno a los demás, y precisamente porque todos parecen iguales aprende uno a diferenciarlos por la matrícula.

Yo me sabía el número de éste demasiado bien. Ya lo había visto una vez aquel mismo día. Estaba parado frente a la oficina de Gedge.

Debí de hacer un movimiento de alarma porque Rosalie alzó la vista hacia mí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que pasa?

—Espérame aquí un momento.

La casa de la luz estaba a unos veinte metros y me fui hacia allí. En aquel momento tenía la intención de entrar a preguntar qué demonios estaba haciendo en Selampang un jeep del valle de Tangga. Afortunadamente, cuando estaba a la mitad del camino ya había recobrado la calma y me detuve. Habían sido aproximadamente las once de la mañana cuando había visto por última vez el jeep en Tangga, y, sin embargo, aquí estaba, sólo doce horas después, en Selampang. En ese tiempo no podía haber venido por vía marítima, y tampoco por vía aérea. Esto quería decir que había venido por carretera recorriendo algo más de trescientos kilómetros. Lo cual significaba, a su vez, que habría pasado rápidamente y sin dificultad por todos los controles de carretera establecidos por los insurgentes de la zona dominada por Sanusi, así como los puestos fronterizos custodiados por la guarnición de Selampang. Esto quería decir que la persona que iba en el jeep era alguien de quien convenía mantenerse alejado por el momento y lo mismo valía para sus amigos.

Permanecí inmóvil uno o dos segundos con el corazón latiéndome de una forma muy desagradable. Ahora podía distinguir las voces que venían del interior de la casa. Estaban hablando en malayo. Había un hombre que repetía algo con énfasis. Su voz era ligera y desagradable y sonaba como si estuviera tratando de hablar y tragar al mismo tiempo.

—Todos. Tenemos que tenerlos a todos —estaba diciendo.

La voz que le contestó fue sin duda la del comandante Suparto. Era muy tranquila y la tenía bien controlada.

—Entonces hay que retrasarlo hasta el segundo día —dijo.

—Hay que tener paciencia, general.

Me volví despacio y regresé junto a Rosalie. No dijo nada y volvió a cogerme del brazo cuando caminábamos de vuelta hacia el club.

Cuando llevábamos un rato andando, me preguntó:

—¿Algo va mal?

Yo vacilé. Pensé que ella opinaría que me estaba comportando como un imbécil.

—Es ese jeep que hay allí —dije finalmente—. Estaba en Tangga

esta mañana. Un oficial del ejército sundanés ha venido conduciéndolo hasta aquí, por carretera. Es un comandante, ahora está aquí.

No debía haberme preocupado. Cuando se dio cuenta de lo que esto implicaba, contuvo la respiración.

—¿Con Lim Mor Sai? —dijo rápidamente.

—Eso creo. Había otros allí, uno de ellos era un general. Creo que será mejor que lo olvidemos.

—Sí, debemos olvidarlo.

Volvimos a la terraza. Mina y Jebb estaban en el bar y la pista estaba bastante vacía. Así que decidimos bailar un poco más antes de irnos.

3

Jebb me despertó a las siete de la mañana del día siguiente para despedirse de mí y presentarme a la señora Choong, la mujer de la limpieza.

—Hay bastante comida en el frigorífico —dijo—, pero si quieres algo más, escribes una lista y ella te lo comprará. ¿No es así, señora Choong?

La señora Choong asintió.

—Compro a buen precio, y también hago la comida. ¿Quiere huevos para desayunar, señor?

—Sí, por favor.

Era una bola de carne, y parecía que las costuras de su pantalón negro iban a estallar de un momento a otro cuando se agachó para coger la bandeja del desayuno de Jebb. Cuando se fue hacia la cocina, Jebb me explicó:

—Le he dicho que dormirás en mi habitación. Allí hay dos camas. Dile que prepare las dos si quieres. Esto es la Casa de la Libertad.

—Te estoy muy agradecido, no sé qué decir.

—Olvídalo. Como te digo, me estás haciendo un favor. Veamos, hoy es martes, debo estar de vuelta el jueves por la noche, o el viernes por la mañana. ¿Cuándo calculas exactamente que te irás, Steve?

—Espero coger el avión del viernes con destino a Yakarta.

—Bueno, si se ponen muy pesados con tu permiso de salida, ve a ver a Lim Mor Sai y pídele que hable con sus amigos del departamento de Policía.

—Lo haré.

Estuve a punto de decirle que el departamento de Policía no era el único sitio donde Lim Sai tenía amigos. Entonces decidí no decírselo. No había duda de que había cientos de personas en Selampang que estaban secretamente en contacto con los insurgentes del norte. Si Lim era uno de ellos, Jebb, como empleado del gobierno probablemente preferiría no saberlo. En vez de eso, dije:

—Si no has llegado todavía cuando yo me vaya, ¿qué quieres que haga con la llave?

—Dejársela a la señora Choong. Puedes confiar en ella. De todos formas ella tiene la suya. Pero espero verte.

—Yo también.

Le vi vacilar.

—Rosalie es una muchacha de primera, sabes —dijo torpemente.

—No te preocupes, me portaré bien con ella. Mina no va a estar esperándote con un hacha.

Se echó a reír.

—Está bien, siento habértelo dicho. Por cierto, si ves a Lim Mor Sai, dile que le traeré algunos cigarros filipinos cuando vuelva. Siempre me los pide cuando hago la ruta de Makassar. Debe de habérsele olvidado esta vez.

—Se lo diré, y gracias otra vez.

—Te veré aquí el viernes. Si aún no te has marchado podrás invitarme a un trago.

Cuando se fue, la señora Choong me trajo el desayuno de huevos, café y papaya. Después, cuando me bañé y afeité, pensé en lo que me iba a poner. En Tangga me arreglaba con lo que tenía hasta que llegué a Singapur. Ahora, la situación era diferente. No me importaba el traje que me quedaba ridículo; no necesitaría llevar la chaqueta mientras estuviera en Selampang, pero ciertamente necesitaba algunas camisas y pantalones más. Lo comenté con la señora Choong. Me dijo que podría conseguirme camisas en unas pocas horas, pero que si las quería debidamente lavadas tendría que esperar veinticuatro horas. También me dio la dirección de un buen sastre chino.

Fui lo primero al sastre, y le encargué dos pares de pantalones y cuatro camisas para que me los entregara a última hora de la tarde. Después hice mi primera visita al departamento de Policía.

Los oficiales sundaneses son extraordinariamente difíciles de tratar, especialmente si uno es europeo de habla inglesa. La primera cosa de la que hay que darse cuenta es de que aunque parezcan muy activos y espabilados y aunque en los bolsillos de la camisa reluzcan hileras de bolígrafos de todas las formas, sólo tienen una confusa idea de sus deberes. También es importante el problema del idioma. Todos los documentos que hay que rellenar están impresos en inglés y en malayo, porque el inglés es una lengua oficial y se supone que los funcionarios son bilingües. El problema reside en que ellos nunca admitirán que no lo son. Si les hablas en malayo se sienten obligados a contestarte en inglés. Desgraciadamente las pocas palabras que saben se les acaban pronto, y aunque siguen aparentando que entienden todo lo que se les dice, están desesperadamente perdidos. La técnica que emplean para salir de este callejón sin salida es alegar que tienen que consultarlo con un colega, y entonces se van y se olvidan de ti.

El documento que has rellenado, se pierde. La única oportunidad que tienes es decir y escribir todo muy claramente tanto en inglés como en malayo, y tocarte la cartera como si estuvieras dispuesto a pagar. De hecho, vas a tener que pagar al final y no simplemente la tasa legal por el servicio en cuestión. Cuando ya están casi realizadas todas las formalidades, de repente descubrirán que debías haber presentado otro «certificado» y que sin él no podrás obtener lo que deseas. Entonces se desarrolla una escena digna de Kafka. Nadie puede

decirte con exactitud cuál es ese misterioso certificado o lo que tienes que hacer para obtenerlo. Te observan con ojos astutos. Ahora te toca a ti. Preguntas cuál sería la tasa de ese certificado, si alguien supiera dónde se podía obtener. Te dicen una cantidad. Tu preguntas si, como un favor especial, ruedes dejar depositado el dinero, de forma que cuando sepan algo más te consigan ese certificado. Entonces se encogen de hombros, y luego pronuncian un gruñido de asentimiento. Te observan hoscamente mientras cuentas el dinero. Lo has aceptado con demasiada rapidez. Entonces el funcionario piensa que debería haberte pedido más, y si no será ya demasiado tarde para hacerlo. No, no lo es. Se había equivocado. Se le había olvidado decirte el importe de la póliza del gobierno. Tú sonríes educadamente y también lo pagas. El no te devuelve la sonrisa. Otros ojos oscuros han observado el trato y cuando te vayas se lo repartirán. El volver a encontrarte al aire libre es como salir de un agujero.

La concesión de un visado de salida a un europeo residente es una gran operación. Mi primera visita a la sección de visados del cuartel general del departamento de Policía duró una hora.

En ese tiempo conseguí hacerme con los cinco diferentes impresos que tenían que rellenar y refrendar otras tantas autoridades, antes de presentar la solicitud formal. Esto iba bien. Después fui a la sucursal del banco de Hong-Kong y Shanghái, cambié un cheque y me compulsaron otro documento, en el Departamento de Contribuciones; fui al consulado de Indonesia y solicité un visado de tránsito. Para entonces ya era hora de comer.

Me dirigí al Hotel Oriente donde había un bar con aire acondicionado. Esperaba también ver a De Vries, el director de las Líneas Aéreas de Sonda-Pacífico, y así evitarme la molestia de tener que ir a su oficina. Efectivamente estaba allí, acariciando una copa de ginebra Knyper, como si fuera todo lo que le quedaba en el mundo. Las Líneas Aéreas Sonda-Pacífico se ocupaban de los vuelos que salían de Selampang, por una concesión del gobierno que acabaría al final de aquel año. El gobierno acababa de anunciar que no se renovaría, y que una nueva autoridad nacional de la navegación aérea se haría cargo de ellas. Sabían demasiado bien que las exigencias de la seguridad aérea internacional les obligarían a conservar a los pilotos holandeses, pero que esta necesidad no protegería al resto del personal holandés. Había sido uno de los socios fundadores de la empresa. Por lo tanto, su amargura era comprensible.

Después de prometerme ocuparse de reservarme un sitio en el avión del viernes para Yakarta, me preguntó cómo iban las cosas en Tangga. Se lo dije y le pregunté a mi vez que cómo iban en Selampang. Era una pregunta tonta, pero no tenía nada que hacer

hasta que volvieran a abrir las oficinas y pensé, de forma virtuosa, que lo menos que podía hacer era escucharle.

Recibí la contestación que merecía.

—Sabes demasiado bien cómo van las cosas en esta ciudad. Te agradecería que dejaras de animarme a convertirme en un pesado. Tómate otro trago.

Sin embargo, durante la comida se sinceró un poco.

—No me gustaría que un espía del gobierno me escuchara decir esto —dijo—, pero la gente como yo, sólo tiene una posibilidad de sobrevivir aquí.

—¿Cuál es?

—Una revolución.

—¿Te refieres a Sanusi?

—¿Por qué no? ¿Sabes que ha nombrado a un representante en Nueva York para obtener votos en los Estados Unidos y que durante los últimos seis meses ha tenido agentes en Malasia y Pakistán entrevistándose con los líderes religiosos y haciendo campaña para apoyar el movimiento?

—No lo sabía.

—La censura es muy severa, pero en mi negocio las noticias circulan rápidamente. Te diré que aquí están muy preocupados. Sanusi controla más de la mitad del territorio total del país. El gobierno de Nasjah ha fracasado por completo. El país está en bancarrota, las elecciones han sido una farsa y los comunistas cada vez tienen más fuerza. Si Sanusi fuera a tomar posesión mañana, los americanos y los ingleses darían un suspiro de alivio.

—Sin embargo, no sé en qué mejoraría eso tu situación.

—No podríamos estar peor y al menos podríamos ponernos de acuerdo con Sanusi.

—¿Estás seguro de eso?

—Sanusi puede ser fanático en algunos aspectos, pero en otros se aviene a razones.

—Hablas como si le conocieras.

—Oh, sí, le conozco. Olvidas que mandó la guarnición de aquí —se detuvo, y luego añadió—. Hay mucha gente en este lugar que conoce a Sanusi.

—Estoy seguro de que los hay. ¿Tiene Sanusi alguna debilidad?

—Hace castillos en el aire, lo mismo que yo.

Un camarero estaba rondando a nuestro alrededor. De Vries empezó a hablar de otras cosas. No volvimos a mencionar el tema hasta que estuvimos instalados en la terraza tomando café. Pasó a nuestro lado una columna de camiones del ejército llena de soldados. Las tropas iban perfectamente pertrechadas, con cascos de acero y ametralladoras. Se aferraban con fuerza a la vida cada vez que los

camiones saltaban sobre los hoyos que había frente al hotel. Me acordé que había leído en el periódico algo relativo a unas maniobras militares.

—Sanusi tiene otra debilidad —dijo De Vries sombríamente.

—¿Cuál?

—No le gusta arriesgarse.

Cuando volvieron a abrir las oficinas del gobierno me di otra vuelta, empezando por el Ministerio de Obras Públicas, que tenía que certificar que yo abandonaba el país con su consentimiento y que no me llevaba nada que no fuera mío, y terminando con el departamento de Policía, donde entregué todos los documentos cumplimentados, junto con mi pasaporte y una jugosa cantidad en concepto de tasas. Un malhumorado teniente de Policía me dijo de mala gana que si volvía al día siguiente aproximadamente a la misma hora me podrían sellar el visado de salida en el pasaporte. Cuando volví al sastre, no me sorprendió encontrar que tanto los pantalones como las camisas que había encargado, ya estaban dispuestos. Aquello me agradó.

Después de haber estado un día tratando con las autoridades de Sonda, resultaba refrescante tratar a los hombres de negocios chinos.

De vuelta a mi apartamento dormí aproximadamente una hora. Cuando me desperté, me di cuenta de que había llovido torrencialmente y que el aire olía y producía la misma sensación que el barro caliente. Sin embargo, el agua del cuarto de baño estaba fresca y después de ducharme pude vestirme sin demasiada incomodidad.

Había quedado con Rosalie en el Club Nueva Armonía a las ocho y media. Poco después de las ocho cerré el apartamento y me fui. El ascensor no funcionaba y tuve que bajar andando las escaleras pasando por los pisos que estaban ocupados por la emisora de radio. Los pasillos tenían alfombras de goma-espuma y había muchos cables al descubierto por las paredes. Por lo demás, eran muy parecidos a los pisos de oficinas de otros edificios. En un descansillo había unos obreros sacando una pieza muy pesada de un equipo eléctrico, que parecía una fresquera, fuera del ascensor.

Cuando llegué al piso bajo oí un potente generador diesel haciendo ruido en el sótano. Me había dicho Jebb que la emisora de radio no dependía del abastecimiento de energía de la ciudad.

Los dos policías que había en la puerta me miraron con indiferencia y no se molestaron en mirar el pase temporal que me habían dado sus predecesores ese mismo día, unas horas antes.

Mahmud vino pedaleando y sonriendo hacia mí cuando me vio salir y en seguida nos encontramos chapoteando por encima de los charcos de Telegraph Road hacia el hipódromo.

Me gustaría poder decir que noté algo extraño en el ambiente de la ciudad aquella tarde, una tensión inexplicable en el aire, o una calma sospechosa que predijera la tormenta, pero no puedo decirlo. La mayoría de los canalillos se habían desbordado con la lluvia y añadían su fragancia especial al olor habitual del canal, pero parecía que había la misma cantidad de gente que la noche anterior, y todos se comportaban con normalidad. En un pedazo de terreno baldío habían instalado incluso una feria. Habían montado un carrusel y un pequeño escenario en el que dos brujos indios estaban actuando. Mahmud aminoró la marcha cuando pasamos por delante. Uno de los brujos tenía en la mano un orinal de hojalata, mientras que el otro hacía como que defecaba monedas en él. Con el ruido que hacían las monedas al caer, la gente se entusiasmaba y aplaudía.

Cuando llegué al club, lo atravesé para llegar hasta el bar. Estaba bastante lleno, pero me sentí aliviado al ver que no estaban ni Lim Mor Sai ni su mujer. El matrimonio holandés ocupaba su sitio junto al piano. Pedí una bebida y estuve observándoles un rato; una vez el pianista les dirigió una inclinación de cabeza y empezó a tocar lo que evidentemente era su melodía favorita. El hombre acarició la mano de su esposa y ella le dirigió una tierna mirada. El hombre sonrió y le dijo algo al pianista, pero éste ya se había hartado de ellos. Sin duda, para él no eran más que dos tristes europeos que bebían demasiado y le echaban el aliento por encima del piano todas las noches, distrayéndole con su aburrida adulación de su mundo privado de luces suaves, ricos play-boys y música americana. La verdad es que era todo muy deprimente.

Entonces llegó Rosalie y las cosas me parecieron de pronto diferentes.

Llevaba un vestido de algodón ligero que debía hacerle parecer más europea, pero por alguna extraña razón producía el efecto contrario. En cuanto me vio, sonrió y vino hacia mí, saludando al pasar a alguien que conocía. Su saludo no resultó afectado, ni pretendió simular que no esperaba encontrarme allí. Se alegró de verme y yo me alegré de verla a ella, y como yo estaba bebiendo ginebra, ella pidió lo mismo.

Fue una velada muy agradable. No recuerdo todas las cosas que hablamos, sé que durante un rato hablamos de Mina y Jebb, del departamento de Policía, de trajes, de comidas, de Singapur, de los viajes en avión, y del mercado negro. Pero, después de cenar y de bailar un rato, hablamos de nosotros mismos. Me enteré de que tenía una hermana que trabajaba en una compañía naviera, que su padre había luchado en el ejército holandés, y que había muerto en un campo de concentración japonés, y que su madre prefería vivir con unos parientes que poseían unos terrenos cerca de Kota Baru. Yo le

conté que después de haber pasado un tiempo en el desierto occidental, pasé la mayoría de la guerra construyendo aeropuertos para las fuerzas aéreas, que mi mujer se había ido con un oficial polaco y que mis empresarios de Londres me habían escrito diciéndome que si me gustaría aceptar un trabajo en Brasil.

Lim Mor Sai apareció bastante tarde aquella noche y se dio una vuelta por las mesas tratando de hacerse agradable a los clientes. Cuando se paró en nuestra mesa le dije lo que Jebb me había encargado sobre los puros. Por un momento me pareció que se quedaba desconcertado.

—¿Puros? ¡Ah!, sí, es muy amable por su parte —hizo una pausa —. ¿Puedo preguntarle dónde se aloja, señor Fraser?

—Jebb me dejó su apartamento. ¿Por qué me lo pregunta?

Vaciló y se encogió de hombros, como disculpándose.

—Aquí todo el mundo hace preguntas.

Los hoteles están tan llenos. Tiene suerte.

Se inclinó gentilmente y se fue, pero a mí me dio la impresión de que se había dejado algo por decir. A Rosalie le pasó lo mismo. Le. vi observándole perpleja, después nuestros ojos se encontraron, y ella sonrió como si la hubiera pillado cometiendo una indiscreción. Entonces nos levantamos otra vez para bailar.

Nos fuimos un poco después de las once. Mahmud nos estaba esperando fuera. En un *betjak* caben justas dos personas razonablemente delgadas, así que alejó con la mano a un colega que intentaba acercarse a nosotros. Rosalie dio sus señas y nos dirigimos alegremente hacia allí, con la cadena haciendo un ruido estruendoso al m echar el peso sobre los pedales.

La calle a la que nos dirigimos estaba situada en las afueras del barrio chino; las calles tenían arcos, y entre las tiendas había unas escaleras empinadas que conducían a los pisos superiores. Aproximadamente hacia el centro de la calle, Rosalie dijo a Mahmud que se detuviera. Entonces ella se bajo y subió corriendo por las escaleras. Encendí un cigarrillo. Un poco más abajo, había un viejo sentado en el borde de una acequia moviendo las piernas dentro, peinándose con solemnidad su larga barba gris. En la acera de enfrente había un vigilante Sikh dormido en un *charpoy* atravesado a la puerta de una tienda de muebles. Sólo había una o dos ventanas con luz en toda la calle.

Había tanto silencio que podía oír respirar a Mahmud.

Rosalie permaneció allí unos diez minutos. Cuando volvió traía con ella un pequeño maletín. Le dije a Mahmud que nos llevara a la Casa del Aire.

Allí, los policías de servicio me miraron maquinalmente al pasar y

me saludaron. No prestaron atención a Rosalie. El generador del sótano estaba silencioso, probablemente la emisora de radio estaba cerrada durante la noche. El ascensor funcionaba otra vez y habían dejado las luces dadas en el pasillo del quinto piso. Sin embargo, al otro lado de las puertas giratorias había un pozo de oscuridad y tuve que encender cerillas para iluminar el camino hasta el apartamento. Recordé lo poco atractivo que me había parecido el día anterior.

—No está tan mal como parece —dije.

—Ya lo sé. Mina me lo dijo. Además le ayudé a escoger los muebles.

Cuando me fui del apartamento había dejado cerradas todas las ventanas que daban a la terraza. Ella se sentó mientras yo abría el salón, pero al volver del dormitorio, vi que se había ido a la cocina y estaba mirando en el frigorífico.

—¿Tienes sed? —le pregunté.

—Un poco —golpeó el frigorífico—. ¿Esto funciona?

—¡Oh, sí!

Cogí una bandeja de cubitos de hielo y se la enseñé. Se sonrió y se fue al salón. Sin embargo cuando yo entré con los vasos y el hielo había salido a la terraza.

La observé. Durante unos momentos permaneció completamente quieta, mirándolo todo como si estuviera haciendo un inventario, después pasó lentamente detrás de las persianas *attap* y se puso a inspeccionar el cuarto de baño. En ese momento no podía verla, pero oía el ruido de sus zapatos sobre el cemento. El ruido cesó y luego se volvió a oír más fuerte. La vi dirigirse al dormitorio, cesó el sonido de sus pasos, supe que estaba allí, de pie, observándolo todo y tratando de acostumbrarse a ello. Las bebidas ya estaban preparadas, pero las dejé donde estaban y me tendí en una de las tumbonas. No quería interrumpirla.

Pasó un minuto y luego la oí moverse otra vez.

—¿Steve? —era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

—Estoy aquí.

Salió del dormitorio y sonrió al verme en la tumbona.

—He estado mirándolo todo.

—Sí, ya lo sé.

Le acerqué una bebida. Se bebió aproximadamente la mitad, pero como con reservas, como si estuviera considerando un problema importante.

Le pregunté qué le pasaba.

—Hace mucho calor —me dijo cautelosamente—. Estaba pensando que voy a darme un baño.

—Eso es una buena idea, yo también voy a bañarme. Hazlo tú primero.

Cuando volvió del cuarto de baño, llevaba puesto un *sarong*. Una toalla le cubría púdicamente el pecho, y el pelo negro le caía suelto sobre los hombros. La dejé junto a la barandilla de la terraza mirando hacia abajo, a la plaza.

El agua estaba deliciosamente fresca. Me sequé despacio para no volver a sentir calor otra vez, me enrollé una toalla alrededor de la cintura y volví a salir a la terraza.

Ella ya no estaba allí, y sólo había una luz encendida en el salón. La luz entraba indirectamente, a través de la puerta, en el dormitorio. Allí fue donde la encontré.

Era todavía de noche cuando me desperté, y en el exterior, la terraza estaba inundada por la blanca luz de la luna. Sabía que me había despertado un ruido pero no sabía cuál; miré a Rosalie que estaba dormida en la otra cama, pero ella estaba muy quieta Había una mesilla entre las dos camas y podía ver cómo brillaba la esfera de mi reloj. Eran las tres cincuenta y cinco.

Entonces volví a oír el ruido. Procedía de la terraza. Un hombre dijo algo secamente, y se oyó un ruido como si arrastraran una maleta por el cemento.

Bajé las piernas al suelo y me puse de pie. Mi toalla de baño estaba en el suelo, entre las dos camas, la cogí y me la enrollé en la cintura. Si iba a tener que enfrentarme con un intruso prefería no tener que hacerlo completamente desnudo.

Me incliné sobre Rosalie y la besé. Se estremeció entre sueños. La volví a besar y abrió los ojos. Mantuve la cabeza pegado a ella.

—Despierta, pero habla bajito.

—¿Qué pasa? —dijo todavía medio dormida.

—Escucha, hay alguien intentando entrar en la terraza desde uno de los apartamentos vacíos. Ladrones, supongo. Voy a darles un susto para que se larguen.

Se sentó en la cama.

—¿Tienes un revólver?

—Sí, pero espero no tener que usarlo. Están haciendo mucho ruido. Deben de creer que no hay nadie.

Mi maleta estaba debajo de la cama, saqué el revólver e hice girar el tambor hasta dejar uno de los tres proyectiles preparado para cuando yo apretara el gatillo; me fui hacia la ventana.

Había un pequeño muro con unos pinchos de hierro que separaba esa parte de la terraza de la que pertenecía al apartamento contiguo, que estaba sin terminar. Oí cómo uno de los hombres maldecía al intentar pasar sobre ellos. Pensé que era el momento de actuar. Como le había dicho a Rosalie, sólo quería asustarles. Si alguno de ellos conseguía saltar la pared se encontraría con que no tenía por donde huir.

Salí a la terraza.

Podía ver claramente; la luna estaba detrás de mí iluminando directamente toda la terraza. Había un hombre sobre el muro a horcajadas entre los hierros. Llevaba un casco de militar y un cinturón con bolsas de municiones. Al mirarle se agachó para coger algo que le dieron desde abajo. Cuando se enderezó vi que era una metralleta de marca japonesa. La levantó por un momento, para recobrar el equilibrio, después pasó la otra pierna sobre los pinchos de hierro y saltó.

Cuando cayó en la terraza, volví a meterme en la habitación. Ahora estaba confundido y asustado, pero aún me quedaba algo de sentido común. Me fui derecho hacia la maleta y dejé caer dentro el revólver.

—¿Qué pasa? —murmuró Rosalie.

Le cogí la mano y la estreché fuertemente, indicándole que no hablara. El soldado estaba paseando a lo largo de la terraza, ahora, sin ningún cuidado, pero como si no conociera muy bien el camino. Entonces apareció a la vista, con la metralleta cruzada sobre el pecho como si estuviera patrullando. Rosalie se incorporó violentamente y yo la sujeté con más fuerza. Por un momento el hombre que había fuera permaneció quieto destacándose su silueta a la luz de la luna.

Se dio la vuelta, miró a su alrededor y contempló la ventana del dormitorio. Rosalie empezó a temblar. El soldado dio un paso hacia la ventana.

De repente, llegó un enorme ruido martilleante desde el salón, y me di cuenta que alguien estaba golpeando la puerta exterior del apartamento.

El hombre de la terraza observó el interior y entró por la ventana al salón. La puerta del dormitorio estaba abierta y le vimos cruzar dirigiéndose al recibidor. Un momento después oímos cómo saltaban los goznes de la puerta gracias a unos disparos y el murmullo de unas voces. Se encendieron las luces.

Me levanté. Tenía la bata sobre una silla y se la eché a Rosalie. Entonces me puse el dedo sobre los labios, para indicarle que se estuviera callada, y salí al salón.

Se oían varias voces murmurando en el pasillo. De repente se oyó el ruido de unas pisadas enérgicas que se aproximaban y las voces callaron.

Una voz sundanesa dijo:

—A su servicio, comandante.

Un momento después el comandante Suparto entró en la habitación.

4

No me reconoció de inmediato. Tenía la funda de la pistola desabrochada y se llevó la mano a ella rápidamente. Al mismo tiempo llamó secamente a los soldados que estaban en el pasillo. Cuando levantó la pistola dos de ellos salieron corriendo por la puerta. Llevaban largos cuchillos llamados *parangs* en la mano, y en cuanto me vieron se abalanzaron hacia mí dando un grito.

Yo había abierto la boca para decirle quién era, pero todo fue tan rápido que yo aún estaba luchando con las palabras cuando él les gritó que se detuvieran; estaban a un metro de mí con los cuchillos levantados, y tenían los dientes apretados en una mueca mortal, enloquecida. Un segundo más y él no hubiera podido impedirles que me hicieran pedazos. De esa forma se quedaron de pie, aturdidos; sus rostros volvieron poco a poco a recobrar una especie de normalidad estúpida cuando bajaron las armas.

Suparto vino hacia mí, echándoles a un lado.

—¿Qué es esto? ¿Por qué está usted aquí?

Yo estaba tan nervioso que no se me ocurrió que esa pregunta debía ser yo quien la hiciera. Empecé a explicarle estúpidamente que había oído a alguien saltar a la terraza. Me cortó en seco.

—El dueño de este apartamento está en Makassar.

—Ya lo sé, me lo prestó.

Lanzó un juramento y me observó amargamente durante un momento y entonces les dijo a los soldados que se retiraran.

Se marcharon, torpemente, como si les hubieran regañado. Yo iba recobrando la serenidad y pude darme cuenta de que había algo raro en su uniforme. Llevaba pantalones de faena color caqui, pero no eran del mismo tono que había visto en otras tropas de la ciudad. Los dos llevaban una especie de brazalete amarillo en el brazo derecho. Suparto también.

—¿Está solo?

—No.

—¿Quién está con usted?

—Una mujer.

Pasó rápidamente junto a mí y entró en la habitación.

Rosalie se encontraba en medio de la habitación. Se estaba volviendo las mangas de mi bata; cuando se dio la vuelta para mirarle, dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, pero no hizo más movimientos.

—¿Cómo se llama? —dijo él.

—Rosalie Linden, *tuan*.

El encendió la luz de la habitación y nos miró de hito en hito.

—Como verá, comandante, somos completamente inofensivos —dije.

—Posiblemente, pero su presencia es inoportuna. ¿Están armados?

—Hay .un revólver en esa maleta que está debajo de la cama.

Miró a Rosalie.

—Saque la maleta. No la abra.

Cuando lo hizo, llamó al oficial y le ordenó que cogiera el revólver. Después me miró con los labios apretados.

—Entran por la noche hombres armados en su apartamento y le roban. Sin embargo no dice nada y no protesta. ¿Por qué, señor Fraser?

—Los hombres están uniformados y esto es Selampang, no Londres.

—¿No hace ni siquiera una pregunta?

—Sería inútil hacerla. ¿No le parece?

—¿Quizá cree que ya conoce las respuestas?

Sabía que sería peligroso seguir haciéndome el tonto. Me encogí de hombros.

—Hace menos de cuarenta y ocho horas usted estaba en Tangga, comandante. No ha llegado hasta aquí por vía aérea ni marítima, y esos hombres que hay ahí fuera no son tropas del gobierno. Me imagino, por lo tanto, que son del general Sanusi, y que usted es simpatizante de sus ideas, y de que el día tan esperado ha llegado ya. No hay duda de que han ocupado la estación de radio que hay abajo y que empezarán a emitir en breve la buena nueva a todo el país. Mientras tanto otras tropas estarán ocupando la central de telégrafos, la estación de ferrocarril y la central eléctrica. El principal contingente de sus fuerzas está tomando posiciones en torno al cuartel de la Policía, los depósitos de municiones, las fortificaciones que defienden el puerto exterior y la guarnición... —vacilé. Me había acordado de algo.

—¿Sí, señor Fraser?

Tenía la cara inmóvil.

—La mayoría de la guarnición salió hoy de maniobras.

—Lógicamente el momento ha sido escogido cuidadosamente.

—Naturalmente. Sin embargo, yo soy extranjero y no me interesa esto. Ahora que ya está convencido de que no hay nadie aquí que pueda hacer algo para interferir, supongo que nos dejará irnos a dormir otra vez.

Me observó fríamente.

—Me gusta usted, señor Fraser —dijo al cabo de un rato—. Y siento verle aquí. Por el momento, sin embargo, estoy pensando si

tendré excusa suficiente para dejarle vivo.

—¿Necesita una excusa? No somos ningún peligro para usted, ¡por Dios!

—Como le he dicho su presencia es inoportuna.

—Entonces deje que nos vayamos a algún otro sitio.

—Lamento que eso sea imposible.

No dije nada y miré a Rosalie. Estaba aún de pie junto a la maleta. Fui hacia ella, le pasé el brazo por encima de los hombros y le hice sentarse en el borde de la cama.

Suparto pareció dudar y entonces llamó impaciente a los soldados y señaló en dirección nuestra.

—Estas dos personas —dijo— se van a quedar en esta habitación. Ponga un centinela en la terraza. Pueden ir al baño de uno en uno, pero entrarán por la ventana. Esta puerta permanecerá cerrada. Si alguno de ellos intenta salir sin permiso, tendrán que matarlos a los dos.

El soldado saludó y nos miró sombríamente.

Suparto me observó.

—¿Ha comprendido lo que he dicho?

—Sí, lo he entendido. ¿Puedo hacer una pregunta?

—¿Y bien?

—¿Tenía yo razón? ¿Es esto parte de un golpe de estado?

—El partido de Libertad Nacional de Sonda ha asumido todas las funciones de gobierno y el control de la nación.

—Eso era lo que quería decir.

—El llamado gobierno democrático del traidor colonialista Nasjah ha demostrado no ser digno de la confianza del pueblo —estaba hablando en malayo en ese momento, como si estuviera en un mitin público. Detrás de él los soldados hacían gestos de aprobación—. Los culpables serán castigados. Los infieles serán destruidos. La influencia colonial será eliminada. Los creyentes revivirán la vida normal del Islam. En cuanto termine el estado de emergencia, habrá unas elecciones. Pero el orden debe ser mantenido. Y los elementos hostiles barridos sin piedad.

—¿Somos nosotros elementos hostiles?

—Podría considerarse así —volvió a hablar en inglés—. De momento la decisión es responsabilidad mía. Más tarde, puede que sea diferente. Mis superiores llegarán aquí pronto; son hombres susceptibles. Puede que no admitan la presencia de infieles en un momento semejante. Por su propio interés les aconsejaría que se estuvieran callados y estorbaran lo menos posible.

—Comprendo. Gracias, comandante.

—No puedo prometerle nada.

Con un saludo se volvió y salió de la habitación. Los soldados

cerraron la puerta y le dieron la vuelta a la llave en la cerradura. Un momento después apareció un soldado en la terraza al otro lado de la ventana, miró hacia la habitación, y después se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la persiana *attap* con su ametralladora sobre el regazo.

Miré a Rosalie y ésta sonrió con incertidumbre.

—¿Por qué le caes bien?

—No sé si realmente es así. Que yo sepa no hay ninguna razón para ello. Es el oficial que estaba allá arriba en Tangga, el del jeep.

—¡Oh! A lo mejor si explica lo prudente que has sido, nos permitirán marcharnos.

—No creo, sabemos demasiado.

—¿Qué es lo que sabemos?

—Que este es su cuartel general. El habló de los oficiales que iban a llegar. Supongo que serán el general Sanusi y su gente. Sabían que Jebb estaba fuera. Habían elegido este lugar como cuartel general. Puede que incluso lo arreglaran para que así fuera. Es bastante lógico. No hay muchos edificios en la ciudad tan fuertes como este, y lógicamente Sanusi querría estar junto a la emisora de radio. Me imagino que la utilizará bastante.

—¿Crees que nos matarán?

—No lo sé.

—Yo creo que sí —el tono de su voz era bastante equilibrado y sereno.

—¿Por qué lo crees?

—Matan con mucha facilidad. Los vi actuar durante la guerra de liberación. Hombres como ese comandante sonríen y luego matan. Para ellos es más fácil matar que tener dudas, que estar inseguros.

Se levanto y fue a apagar la luz. Fuera, en la terraza, el centinela volvió la cabeza rápidamente. Rosalie fue a la ventana y corrió una de las cortinas para que el centinela pudiera ver sólo la mitad de la habitación. Este se movió y yo me acerqué para observarle. Estaba esperando a ver si íbamos a correr también la otra cortina. Cuando vio que no lo hacíamos se relajó.

Rosalie había cogido mi bata y la había echado encima de la silla. La intensa luz de la luna era visible incluso a través de las cortinas y podía verla allí, de pie, pasándose las manos por el cuerpo, como si nunca se lo hubiera tocado antes. Entonces se dio cuenta de que la estaba observando y sonrió suavemente.

—Vi a los hombres con los *parangs* y supe que si te mataban a ti, también me matarían a mí; porque no serían capaces de detenerse. Así que estaba dispuesta a morir. Ahora, estoy viva otra vez.

Me acerqué a ella con la intención de darle alguna inútil disculpa

por haberla llevado allí, pero en vez de eso la besé.

Lejos, del otro lado de la ciudad, llegó un repentino traqueteo de ametralladora. El centinela se levantó y fue a asomarse a la barandilla. Nosotros nos quedamos de pie detrás de las cortinas, escuchando. Hubo algunos restallidos de disparos más y una o dos explosiones que debían de ser de morteros. Al cabo de unos diez minutos, el fuego cesó y se produjo un silencio extraño, que fue interrumpido por un murmullo de voces que provenía de la plaza que había abajo, y una serie de ruidos producidos por la rotura de los cristales de las ventanas de la oficina de la terminal aérea. Supuse que estaban fortificando el piso bajo a la espera de un posible contraataque. Una vez un camión tocó la bocina y traqueteó al pasar por el otro lado de la plaza, pero por lo demás, parecía que las calles estaban desiertas. Un poco antes de las cinco se produjo un resplandor en el cielo procedente de un incendio que Rosalie opinaba que podía haber sido en los alrededores del cuartel de la Policía y un poco después una explosión aislada lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar todas las ventanas. Debía de ser algún tipo de carga explosiva.

Cuando terminó el primer tiroteo nos vestimos rápidamente, como si nos hubiéramos quedado dormidos y fuéramos a llegar tarde a una cita. Imagino que era lógica nuestra precipitación; Suparto nos había anunciado que vendrían otros visitantes, pero creo que la verdadera razón era menos racional. Hasta aquel momento, todos los acontecimientos a los que nos habíamos enfrentado habían sido como una pesadilla terrible, pero también algo irreal. El rumor del tiroteo había terminado cruelmente con aquel sentimiento de irrealidad, y nos había dejado a merced de nuestros temores. Nuestro forcejeo veloz para vestirnos era un intento por buscar una protección de otro tipo. Queríamos sentirnos más seguros, y de hecho, sólo sentimos más calor. Después de un rato nos sentamos en una de las camas, fumando, escuchando, sudando y sufriendo las dos enfermedades generales que le afligen a uno cuando se encuentra en un campo de batalla: un nudo de miedo en el estómago y el deseo desesperado de saber qué es lo que pasa realmente.

Sin duda, gracias a la traición de Suparto y de otros como él, el ejército de Sanusi había sido capaz de llevar a cabo su marcha de aproximación en secreto y de preparar un ataque cuando la capital estaba prácticamente desguarnecida. Puesto que tenía a su favor el factor sorpresa, no parecía posible que el general Sanusi tuviera muchas dificultades en los primeros momentos. No habíamos oído nada que indicara que habían encontrado otra cosa que una ligera señal de resistencia y aún así muy poca. Probablemente tenía ya el control absoluto. La verdadera prueba para él llegaría cuando las fuerzas del gobierno contraatacaran, si es que lo hacían; si no tenían

demasiados Supartos en sus filas.

Recordé el retazo de conversación que había oído en el jardín del Club Nueva Armonía —«Tenemos que tenerlos a todos»—, había dicho el general. «Entonces hay que retrasarlo hasta el segundo día», había sido la contestación de Suparto. ¿Qué todos? ¿Los refuerzos? ¿Las armas? ¿Los rehenes? ¿Y qué era lo que había que retrasar? ¿Un movimiento de tropas? ¿El asesinato del presidente? ¿El ofrecimiento de una amnistía? Me preocupaban estas incógnitas como si realmente importara la contestación. Era más agradable meditar en aquellas cosas que pensar que probablemente lo que pudiera pasar el segundo día sólo sería teóricamente interesante para Rosalie y para mí.

Eran casi las seis cuando el cielo se iluminó repentinamente con la luz de la aurora ecuatorial. Durante la última media hora habíamos oído ruidos de actividad en la plaza. Habían pasado algunos coches y nos llegaron toscas palabras de mando. En la habitación contigua también se habían oído murmullos de voces. Era difícil distinguir lo que decían. Captamos algunas frases aisladas..., servicio médico..., desperfectos en las instalaciones..., distribución de arroz..., disparos en el mar..., solución del transporte..., hora del toque de queda... Y entonces alguien conectó la radio de Jebb.

Durante algunos minutos sólo se oyeron los crujidos de la electricidad estática. El aparato estaba junto a la ventana abierta de la habitación y podíamos oírlo perfectamente. Cuando consiguieron sintonizar la emisora, desapareció el ruido y se oyó la señal característica de la emisora *Sonda Soeara*, que se componía de cinco notas musicales emitidas por un xilófono de bambú. A Rosalie aquel sonido pareció darle una sensación de seguridad. A mí, no.

Tanto si los insurgentes habían apresado a los ingenieros y los tenían dominados a punta de fusil, o si confiaban en los simpatizantes que tenían entre el personal técnico, no tenía importancia alguna. El hecho de que ya estuvieran emitiendo era una demostración impresionante de lo bien que funcionaba su gente. Si los demás asuntos marchaban con igual facilidad, la posibilidad de que hubiera rápidamente un cambio de la situación era bastante remota. Me intrigaba lo que le habría podido pasar a Nasjah y a sus seguidores. ¿Habrían podido escapar o les habrían cogido por sorpresa y destrozado en sus propias casas?

A las seis y media cesó el ruido del xilófono y una voz de hombre dio la identificación de la emisora. A continuación anunciaron, por tres veces consecutivas, una declaración del gobierno y la orden de alerta. A las seis cuarenta y cinco la misma voz leyó la declaración.

Comenzó con la enumeración de los «crímenes» cometidos por el gobierno de Nasjah, y luego manifestó que con objeto de salvar a la nación de las aves de rapiña colonialistas que se cebaban en su cuerpo

indefenso el Partido Popular de Liberación Nacional se había hecho cargo de las funciones del gobierno. La banda de Nasjah había huido. Algunos grupos insignificantes de partidarios suyos, incitados por agentes extranjeros, podían llevar a cabo intentos aislados de resistir a la autoridad del nuevo gobierno, pero serían eliminados rápidamente. En la capital se había restablecido el orden y todo estaba en calma. Sin embargo, como precaución frente a cualquier elemento reaccionario y para proteger la vida y las propiedades, había que tomar ciertas medidas de seguridad personales por orden del general Sanusi, jefe del Partido Popular de Liberación Nacional.

Luego siguieron una serie de ordenanzas que venían a suponer una declaración efectiva de la ley marcial, y una serie de instrucciones para intimidar a los gobernadores de las provincias. Finalmente, se informó de que en el curso de las próximas veinticuatro horas, el general Sanusi emitiría desde su cuartel general secreto un mensaje de esperanza y de ánimo dirigido al pueblo leal de Sonda. Mientras tanto, deberían permanecer tranquilos en sus casas. Se considerarían hostiles los grupos de más de tres personas reunidos en la calle y serían tratados como tales. Estas medidas eran claramente rigurosas, pero si había que proteger al pueblo de la reacción de las fuerzas sin Dios, era necesario ser inflexibles. Todas las personas leales y de orden comprenderían esta necesidad. La libertad se obtendría a través del camino de la disciplina.

La voz se calló. Unos segundos después volvió a comenzar la señal de la emisora.

La luz del sol inundaba ahora la terraza. Ayer a esta misma hora yo estaba tumbado, medio despierto, en la cama de invitados del salón, intentando ignorar los ruidos del tráfico que subían de la plaza de abajo. Hoy apenas se oía un ruido. De vez en cuando llegaba un vehículo hasta la puerta de la Casa del Aire, pero fuera de esto, la plaza estaba silenciosa. Como un animal cauteloso, parecía que toda la ciudad se había metido bajo tierra. Seis pisos más abajo, en la calzada, un soldado tosió con fuerza y escupió, y el ruido llamó la atención "del soldado que estaba en la terraza lo suficiente como para hacerle asomarse a la barandilla.

—¡Libertad! —dijo Rosalie amargamente. Empleó la palabra sondanesa *merkeda* y sonó como un juramento.

Ella estaba sentada detrás de la cortina que estaba cerrada; la luz del sol proyectaba el dibujo de la tela sobre su rostro. No podía verle los ojos, pero tenía las manos crispadas en los brazos del sillón y todo su cuerpo estaba en tensión.

Me encogí de hombros. Todos los partidos políticos emplean esa palabra, hice una pausa y después añadí:

—¿Por qué no te acuestas y tratas de descansar un poco?

No me contestó, y al cabo de un momento o dos me acerqué a ella y le puse la mano sobre el hombro. Cuando la toqué, gimió y empezó a llorar desesperadamente. La rodeé con el brazo y esperé. Cuando me pareció que ya había pasado lo peor la conduje hasta la cama y la hice acostarse. Después volví a la silla, me quité la camisa y me puse a pensar qué sería lo que no le gustaba de la libertad. En la habitación de al lado, la señal de identificación cesó de nuevo y la voz empezó a repetir el mensaje anterior.

Estaba casi seguro de que se había dormido, pero cuando el mensaje terminó, la oí suspirar y la miré.

Me estaba observando.

—Quiero decirte algo.

—Duérmete, te sentirás mejor.

Sacudió la cabeza.

—Se trata de mi padre. No te he dicho la verdad. Te dije que había muerto en un campo de concentración japonés, pero no era verdad.

—¿Entonces está vivo?

—No, murió, pero no de esa forma.

Esperé.

Durante un minuto o dos estuvo mirando el techo, luego continuó.

—Mi padre estaba en un campo de Siam. Cuando volvió, nos fuimos de la ciudad a un lugar donde mi padre poseía una pequeña parcela de terreno. Creímos que sería más seguro para nosotros vivir donde hubiera otras familias euroasiáticas, por el odio que nos tenían los *pemoedas*.

—¿*Pemoedas*?

—Era como llamábamos a los soldados jóvenes del ejército de liberación. Querían matar a todo el que no fuera sundanés. Cuando las tropas de Amboína se fueron, no hubo nada que les detuviera. Incluso la Policía les tenía miedo, o quizá ni se preocupaban de ellos.

Se detuvo y luego continuó lentamente.

—Un día, llegaron un montón de ellos en camiones. Llevaban fusiles e hicieron que todo el mundo saliera de sus casas y se reunieran en la plaza, mientras ellos registraban las casas. Dijeron que estaban buscando armas escondidas, pero realmente estaban saqueando las viviendas. Cogieron todo lo que encontraron de valor y lo pusieron en los camiones. Entonces uno de ellos vio a mi padre. Algunos hombres del pueblo le habían puesto entre ellos para que no se fijaran en él, pero este *pemoeda* le vio y les gritó a los demás que había encontrado a un holandés. Los otros llegaron corriendo. Algunos eran chicos de quince o dieciséis años —se detuvo para tomar aliento

—. Se llevaron a mi padre, y le ataron por las muñecas a un gancho que había en la parte trasera de uno de los camiones. Dijeron que estaría allí amarrado hasta que no quedara de él nada más que las manos. Entonces condujeron el camión a toda velocidad arriba y abajo de la carretera y alrededor de la plaza, frente a nosotros. Y mientras que mi padre era torturado hasta la muerte, los *pemoedas* aplaudían y se reían corriendo detrás del camión gritando: «¡*Merkeda*! ¡*Merkeda*!»

Se detuvo, mirando todavía el techo.

—¿Por qué me dijiste que había muerto en un campo de prisioneros? —le pregunté.

—Es que eso es algo que puede comprender todo el mundo. A veces casi me lo creo yo misma. Es más fácil pensar eso.

Cerró los ojos. Cuando me acerqué a ella, unos minutos más tarde, vi que esta vez estaba realmente dormida. La voz de la radio en la habitación de al lado había terminado la segunda lectura de la declaración y el xilófono de bambú empezó a sonar otra vez.

Necesitaba ir al cuarto de baño. Cogí una toalla, fui hacia la ventana y llamé con la mano en el cristal. El centinela se levantó rápidamente y enarboló el fusil.

Le expliqué lo que quería. Dijo algo que no entendí, pero hizo también un gesto de afirmación con la cabeza; así que salí a la terraza. Había dejado mis cosas de afeitar en el servicio, y cuando terminé de arreglarme me sentí menos deprimido. Siempre me habían caído bien esos legendarios constructores de imperios que se vestían de gala para cenar en la jungla. Cuando salí hice algo a lo que no me hubiera atrevido al entrar. Aunque el centinela me estaba observando, me acerqué a la balaustrada de la terraza y me asomé a ver la plaza.

Había más soldados de lo que yo me había imaginado. Más de cien, pensé, organizados en patrullas de unos doce aproximadamente. Se habían levantado burdas barricadas en las cuatro entradas de la plaza y los componentes de las patrullas que las guarnecían estaban sentados en el suelo o cómodamente recostados en las puertas de las casas cercanas. Entre los árboles que bordeaban los jardines habían puesto cuatro ametralladoras cubriendo los accesos y aparcados en el centro, bajo telas de yute, había dos cañones antitanque. Parecían antiguos cañones ingleses. Yo siempre había creído que el ejército de Sanusi no tenía artillería alguna. Probablemente los dos cañones no entraban en esa categoría, pero seguramente la situación habría cambiado. El centinela estaba inquieto, así que me volví al dormitorio, inclinándome cortésmente al pasar frente a él.

Rosalie estaba todavía dormida. Saqué unos pantalones nuevos y una camisa limpia y me cambié. Entonces me puse a pensar en otras cosas.

Me había llevado una botella de agua a la habitación, pero casi se había terminado, y el agua de la cañería del cuarto de baño no se podía beber con seguridad si no se hervía primero. Había dos botellas de agua potable en el frigorífico; pero éste estaba en la cocina y por lo tanto era inaccesible. Y también estaba el tema de la comida. A algunas personas el miedo les da un hambre horrorosa, pero en la mayoría creo que produce el efecto contrario. Esto era lo que me pasaba a mí, pero sabía que si teníamos que sobrevivir durante las próximas horas, llegaría un momento en el que la comida sería realmente necesaria. Sabía también que cuando los hombres que estaban murmurando en la habitación de al lado tuvieran hambre, se comerían rápidamente lo que hubiera en el frigorífico. No estaría mal que intentara apropiarme de algo, tal vez un poco de fruta y unos huevos antes de que eso sucediera.

Fui hasta la ventana, llamé al centinela y le expliqué lo que quería. Me miró con resentimiento. Había empezado a repetirle lo que quería cuando, sin cambiar de expresión, lanzó la boca del fusil directamente contra mi estómago.

Retrocedí tambaleándome, encorvado por el dolor. Entonces se me escurrió un pie en el suelo barnizado de la habitación y caí de rodillas hacia adelante, dando arcadas desesperadamente. El centinela empezó a gritarme. El ruido despertó a Rosalie. Vio al centinela de pie junto a mí con el fusil levantado, y se puso a gritar. Eso hizo que los hombres que había en la habitación contigua salieran a la terraza.

Había dos hombres, ambos eran oficiales. Mientras luchaban por recobrar el aliento, estaba remotamente consciente de la voz del centinela que les repetía las órdenes que había dado Suparto. Cuando Rosalie me ayudó a levantarme, uno de ellos entró en la habitación.

Era un tipo rechoncho, con las piernas torcidas, de piel oscura y tenía una cicatriz en el cuello. Me miró con enfado.

—Han ordenado que se quede aquí —dijo.

Traté de recuperar el aliento suficiente para responderle.

—Sólo he preguntado si podría conseguir algo de comida y agua para beber de la cocina.

—Si intenta escaparse, le dispararemos.

—No lo estaba intentando... —no quise terminar la frase. Podía deducir por su mirada que no había entendido lo que le había dicho. Si se lo traducía al malayo, se daría cuenta de que lo sabía, y se desacreditaría. Era mejor que me callara.

Siguió mirándonos severamente, esperando a que volviéramos a movernos.

—El soldado no me ha entendido —dije cuidadosamente.

El vaciló. Lo había comprendido perfectamente, y estaba buscando, entre las frases que sabía de inglés, la respuesta adecuada.

Noté que Rosalie se estremecía y le agarré fuertemente del brazo para que no hablara. Al final, se encogió de hombros.

—Han ordenado que se queden aquí —repitió, y salió a la terraza.

—¿Qué ha pasado realmente? —preguntó Rosalie.

Se lo conté. No hizo ningún comentario, pero creo que pensaba que yo había sido un estúpido. Yo también opinaba lo mismo. Porque había podido ducharme y afeitarme y el centinela no me había impedido ir hasta la balaustrada para mirar a la plaza, porque había conseguido ponerme ropa limpia y pensar durante unos pocos minutos como un europeo racional, había cometido la equivocación de comportarme como tal. Como resultado había conseguido que el estómago me doliera a rabiar y, peor aún, les había recordado a los hombres que estaban en la otra habitación nuestra existencia, que era lo que Suparto nos había aconsejado, expresamente, que no hiciéramos.

—No podemos seguir sin agua —dije, poniéndome a la defensiva.

—Tenemos agua. Aún queda un poco en la botella.

—No durará mucho.

—Ahora no tengo sed.

—Pero la tendrás después, y también tendrás hambre.

—Tal vez.

—Bueno, pues eso.

—Te aseguro que no moriremos de sed ni de hambre.

No tenía contestación para esto. No lo decía con ironía. Simplemente estaba expresando un punto de vista sundanés. En la abundante Sonda nadie se muere de sed ni de hambre, sólo por enfermedad o de forma violenta. No hay que prepararse para el invierno, ni temer la sequía. Las cosechas no son estacionales tal como nosotros lo entendemos. Si arrojas una semilla en la tierra rica y templada, en poco tiempo tendrás un árbol cargado de fruta. La supervivencia se consigue no preocupándose por el futuro, sino manipulando de la mejor manera el presente inmediato. Al pensar como un europeo y anticiparme a las necesidades corporales en lugar de esperar pasivamente a que ellas se presentaran por sí mismas, había modificado desfavorablemente la situación actual de los individuos afectados.

Me senté en el borde de la cama y me miré la mancha de grasa negra que el fusil había dejado en mi camisa. Rosalie se había ido. Volvió y se sentó junto a mí. Tenía una caja de Kleenex y una lata de gas para mecheros que Jebb había dejado sobre el tocador. Empezó a limpiarme la grasa.

—Me pareció razonable hacerlo —dije.

—Esta gente no es razonable.

—Ahora ya lo sé.

—¿Por qué crees que te conté que los *pemoedas* habían matado a mi padre? Conozco a esta gente. La mayoría de ellos son amables y tranquilos. En los kampogs puedes ver a un muchacho de doce años correr hasta donde está su madre y ponerse a mamar del pecho de ésta si está asustado o herido. Sonríen mucho y parecen felices, aunque también están tristes y asustados. Pero hay algunos como esos locos que tienen un demonio en su interior esperando. Y cuando hay fusiles que disparar y gente que matar, los demonios salen fuera. Yo lo he visto.

—¿Crees que el comandante Suparto tiene un demonio?

—Tal vez. Pero no quiere matarte. No sé por qué. Su consejo era bueno. Si no te ven o no te oyen, no piensan en ti y entonces estás seguro.

No dije nada. En el silencio, el ruido del xilófono de la radio de la habitación de al lado se oía perfectamente de nuevo. Las cinco notas eran emitidas en forma de escala: DO - RE - MI - SOL - LA. ¿Cómo se llamaba? ¿Pentatònica? Ah, sí. Si al menos la tocaran al revés para variar; o tocaran el himno nacional japonés que utilizaba la misma escala. Al fin y al cabo eran los japoneses los que habían creado la señal.

De repente se interrumpió. Yo suponía que volverían a dar el mensaje. Hubo un largo silencio. Los hombres de la habitación de al lado ya no hablaban. El centinela miraba la puerta del salón. Entonces se oyó el zumbido de un gramófono que interpretaba la marcha militar de Sonda. Era diferente del himno nacional republicano, que era una canción occidentalizada compuesta, decían, por un xilofonista holandés que dirigía la orquesta del hotel Oriente. La marcha militar era interpretada por unas voces masculinas acompañadas de tambores, *cimbales* pequeños y un pesado instrumento de cuerda que se tocaba como una cítara. Gedge, a quien le interesaban estos temas, dijo que el himno de guerra no existía originariamente en Sonda, sino que había sido importado de las islas de las Especies. Sin embargo, en Sonda se suponía que evocaba recuerdos de los antiguos sultanes guerreros y de antiguas luchas contra los poderes coloniales. La razón de no haberlo empleado como himno nacional era que, incluso para el oído occidental más benévolo, carecía de una melodía identificable y un himno nacional que solamente se pudiera interpretar en Sonda, habría servido para desacreditar a los representantes de la república en el extranjero.

El ruido duró unos tres o cuatro minutos. Mientras tanto le eché una mirada al centinela que estaba en la terraza. La marcha militar no pareció evocar en él ninguna emoción patriótica. Estaba entretenido intentando encender un cigarrillo muy fino. Sin embargo, cuando la

música se detuvo, levantó la mirada expectante.

Cuando habló el locutor dio por dos veces la identificación de la emisora. Hubo otra pausa, y entonces empezó a hablar otro hombre. Se presentó a sí mismo como el coronel Roda, secretario del Partido de Liberación Nacional y nuevo ministro del Interior. En unos minutos, dijo, íbamos a oír la voz del nuevo Jefe del Gobierno.

El general Sanusi, prosiguió, era un gran patriota, un verdadero hijo del Islam, que había luchado contra los usurpadores colonialistas, en nombre de la república, creyendo que al hacerlo su país estaría libre para seguir su destino como una unidad política, y al mismo tiempo seguiría los cuarenta y dos preceptos de An-Nawawi. Por lo tanto, había intentado servir a la república. Pero los hombres perversos habían impedido que la sirviera como Alá había ordenado que un hombre debe hacerlo, con todo su corazón. Entonces había empezado a hacerse preguntas. Se había basado en el primer precepto que establecía que las acciones debían juzgarse solamente en virtud de sus intenciones. Las intenciones eran claramente malas. Por lo tanto, las acciones también lo eran. Había ido incluso más lejos. Había examinado a los hombres que dirigían la república con los ojos limpios, sin estar nublados por el alcohol; había vuelto al An-Nawawi otra vez para buscar consejo, y allí en el sexto precepto encontró el conocimiento que buscaba. «¿No es un hecho», había escrito el hombre santo, «que hay en el cuerpo un coágulo de sangre y que si éste se encuentra en buenas condiciones, también el cuerpo lo está?». ¡Cierto! ¿Y no está escrito, también, que si el coágulo de sangre está podrido, también lo está todo el cuerpo? ¿No es ese coágulo de sangre el corazón mismo? Sí, en verdad. Por lo tanto, el corazón debe ser purificado. Junto con otros auténticos creyentes se había ido a las montañas para llevar a cabo el acto de purificación que ahora ya se había consumado. Como resultado de esto, había llegado a Sonda un nuevo período de paz, disciplina y felicidad. Ofrezcamos todos nuestras plegarias por el autor de esta buena suerte, el general *Boeng* Kamarudin ben Sanusi.

Hubo una breve pausa, se oyeron unos rápidos murmullos y entonces empezó a hablar Sanusi.

Tenía una voz suave y agradable que empleaba deliberadamente despacio, como si no estuviera muy convencido de la inteligencia de su auditorio.

Empezó por recordar las elevadas metas que habían provocado la fundación de la República, y siguió describiendo la forma cómo el gobierno de Nasjah había traicionado esas esperanzas. El poder sin el auxilio de la Divinidad había llevado a la corrupción. La corrupción había provocado la destrucción del mecanismo democrático establecido por la Constitución. Se había hecho necesario llevar a cabo

una acción inconstitucional para que el país no cayera en la anarquía y se viera dominado, o bien por unos vecinos más poderosos, o por las fuerzas colonialistas que todavía amenazaban a todas las naciones del sureste asiático.

Y cuando se ve amenazada la seguridad de la República, no hay tiempo que perder en consideraciones legales. Si la casa de tu hermano se incendia mientras está trabajando en el campo, no esperas a que vuelva para pedirle permiso para echar agua a las llamas. Si un leopardo hambriento baja a tu pueblo a buscar comida, no reúnes a todo el ayuntamiento para discutir lo que hay que hacer.

Y siguió hablando de esa forma. Era realmente el discurso típico de un dictador militar que se hace con el poder político por la fuerza de las armas y trata de justificarse a sí mismo.

Siguió con el anuncio de la suspensión de la autoridad del parlamento (hasta que se considerara conveniente convocar nuevas elecciones) y el establecimiento de un nuevo Ejército de Seguridad Popular (*Tentara Keamanan Ra'jat*). Se iniciaría de inmediato el reclutamiento para organizarlo. Todos los hombres jóvenes deberían ofrecer sus servicios. Ya habían enriado a Nueva York una delegación del gobierno de Liberación Nacional que estaba esperando órdenes. Hoy les sería ordenado que solicitaran de las Naciones Unidas el reconocimiento del nuevo gobierno. También se solicitaría el reconocimiento inmediato del país amigo, Indonesia, y de otros gobiernos representados en la Conferencia Afro-Asiática de Bandung.

Finalmente, formuló cuidadosamente algunas amenazas encubiertas. El traspaso de poderes que había tenido lugar había sido rápido y completo. Sin embargo, inevitablemente, quedaban algunas áreas en las que, debido a la falta de comunicaciones eficientes, aún no se había establecido el pleno control. Los habitantes de esas zonas eran advertidos para que no apoyaran a elementos políticos descontentos, o a las tropas que aún estaban en armas en contra del gobierno de Liberación Nacional recientemente constituido. Se tomarían represalias contra las poblaciones que cometieran tales delitos contra las nuevas ordenanzas militares y se les impondrían sanciones colectivas. Todas las tropas y la Policía debían demostrar su adhesión al nuevo gobierno inmediatamente. El no hacerlo sería considerado como un acto de hostilidad. Se anunciaría, en breve, una amnistía política, pero no habría compasión con aquellos cuya lealtad fuera sospechosa. Finalmente, terminó diciendo: «El asesinato de un verdadero creyente no será legal a no ser por una de estas tres razones: que sea un adúltero, que cometa una venganza sangrienta o que ofenda a la religión separándose de la comunidad. Recordad esto. Pero si un hombre se muestra leal, entonces, en lo que a mí se refiere, su vida y sus propiedades serán respetadas. Sólo tendrá que rendir

cuentas con Allah Ta’ala. ¡Viva nuestro glorioso país!»

Volvió a sonar la marcha militar. Los hombres que estaban en la habitación contigua comenzaron a hablar excitadamente. Miré la hora. Eran las ocho. Hacía menos de veinticuatro horas que yo había dicho que Sanusi era un hombre que no se arriesgaba. Ahora era el jefe del Estado. Traté de imaginar qué clase de hombre era.

Pero había algo que sí sabía: la voz de Sanusi no era la voz del general que yo había oído hablar con Suparto en el jardín del Club Nueva Armonía hacía dos noches.

5

Diez minutos después de acabarse el discurso hubo cierta agitación en la habitación de al lado y la charla cesó. En la calma que le sucedió oí la voz de Suparto en el pasillo. Entonces sonaron pasos y la puerta del apartamento se cerró. Un minuto o dos después, Suparto y otros dos hombres salieron del salón a la terraza.

Nunca había visto una fotografía de Sanusi, pero me lo habían descrito una vez y no me fue difícil reconocerle. En un país donde la gente madura rápidamente y la media de vida es baja, un hombre de cuarenta y ocho años es casi un viejo, y además suele parecerlo. Pero Sanusi no. El pelo corto que le asomaba por debajo de la gorra negra era gris y sus mejillas parecían cadavéricas, pero su cuerpo era esbelto y musculoso y sé movía con una viveza digna de un joven. Su compañero, que supuse sería el santurrón coronel Roda, era rechoncho en comparación con él, y tenía una larga melena negra que se le escapaba por debajo del gorro. No podía verle la cara. La camisa del uniforme estaba empapada de sudor y llevaba una cartera negra de documentos.

Suparto les siguió hasta la balaustrada y esperó, mientras ellos contemplaban la ciudad. Sanusi estaba fumando un *cherook*, y al cabo de un rato señaló con él hacia la plaza y dijo algo que no oí. No había ninguna insinuación de triunfo en su actitud, ningún indicio de que encontrara agradable contemplar la ciudad que había conquistado. Era, simplemente, un jefe militar echando un vistazo a sus posiciones.

Rosalie estaba preocupada porque yo estaba demasiado cerca de la ventana. El centinela no podía verme porque estaba detrás de la cortina corrida, pero tenía miedo de que los hombres situados más lejos se volvieran de repente y me vieran observándoles. Comprendí que tenía razón y me retiré.

Hice bien en apartarme porque casi inmediatamente empezaron a avanzar por la terraza en dirección nuestra. Vi la sombra del centinela mientras se levantaba.

—Es un ultimátum —decía Roda—. La rendición de las fortificaciones en términos razonables, en el plazo de una hora, o su rendición total. Seguramente, *Boeng*...

—No —era la voz de Sanusi, y cuando habló los pasos cesaron—. Se van a rendir de todos modos cuando estén hambrientos. Pero si se les ponen ahora unas condiciones y las rechazan, tendrá que atacar. Sin duda perderemos hombres y no podemos permitirnos ese lujo. En cualquier caso, esto no me preocupa. Unos pistoleros estúpidos se encierran en unas fortificaciones con unos fusiles que no pueden

dirigir contra nosotros. Vamos a dejarles hasta que se mueran de hambre. Lo importante es descubrir lo que debemos esperar del enemigo que está en

Meja. ¿Hacia dónde se mueven? ¿De qué unidades pueden estar seguros? Estas son las incertidumbres que me preocupan.

Empezaron a dirigirse hacia nosotros otra vez.

—Conocemos las unidades que le son leales, *Boeng* —dijo Suparto.

—Conocemos a los que prometieron lealtad, pero ¿cuántoˆ se comprometerán con nosotros antes de estar seguros del resultado?

—Todos —dijo Roda.

—Si tuviéramos al menos un avión de reconocimiento... —empezó a decir Sanusi y se calló de repente. Estaba a la altura de la ventana del dormitorio y vio al centinela—. ¿Por qué está este hombre aquí? No le necesitamos.

Cogí la mano de Rosalie.

—Está custodiando a dos prisioneros, *Boeng* —dijo Suparto tranquilamente—. Estaban en el apartamento cuando lo requisamos para que usted lo usara.

—¿Prisioneros? ¿Son hostiles?

—No, *Boeng*. Pero no sería prudente soltarles todavía. Su paradero debe mantenerse en secreto por el momento.

—Eso es cierto —dijo Roda—. No debe haber ningún fallo en cuanto a la seguridad. Esto es responsabilidad de Suparto. El enemigo se alegraría de hablar con esta gente.

—¿Quiénes son?

—Uno es un inglés. Era ingeniero consultor arriba, en la presa del río Tangga. Es un buen especialista y es empleado de la Autoridad de Colombo. Creí que usted querría que fuera tratado con consideración.

—Usted dijo dos prisioneros —insistió Roda.

—El otro es una mujer, una indo —empleó el término vulgar para denominar a los euroasiáticos—. Es del Club Nueva Armonía.

Hubo un silencio. La mano de Rosalie permanecía inmóvil en la mía.

—El apartamento —continuó Suparto— es propiedad de un piloto australiano. Se lo ha prestado al inglés. Reconozco que es una situación desagradable.

—Debían haber sido entregados a las tropas para que dispusieran de ellos —dijo Roda airadamente—. Si...

En la habitación de al lado empezó a sonar el teléfono. Uno de los hombres contestó. La llamada era para el general.

Sanusi se volvió para dirigirse al salón.

—El asunto no tiene importancia —dijo—, Podemos discutirlo más adelante.

Minutos después le oímos contestar cortésmente al teléfono. Miré

a Rosalie. Estaba completamente rígida.

—Ya ves —susurró—, ahora soy un peligro para ti.

—Tonterías.

—Siempre ocurre lo mismo cuando hay problemas. Tiene que haber alguien a quien echarle la culpa, a quien odiar. Los chinos son muy poderosos y pueden unirse entre sí. Pero nadie se preocupa de los indos porque somos débiles. Además estoy aquí contigo. Eso puede hacer que deseen acabar con nosotros. Dirán que yo he ensuciado este lugar y para ellos será un placer matar.

Intenté sonreír.

—¡Oh!, por favor, espera un minuto. No creo que la cosa esté tan mal. Lo que dices puede que sea cierto respecto a algunos de ellos, pero Sanusi no es un salvaje.

—Un buen musulmán no habla como él III lo hace.

—No sé, a mí me parece razonable.

—¿Y el coronel Roda?

—Espero que haga lo que le han ordenado y ya has oído a Suparto. No quiere que nos hagan daño. En cualquier caso todos ellos tendrán demasiadas cosas en qué pensar para ocuparse de nosotros. Puede que ni siquiera se queden aquí. Esto sólo es un cuartel general de tipo táctico. Si las cosas siguen como hasta ahora, Sanusi se trasladará pronto al Palacio Presidencial. Después nos reiremos de todo esto.

—Eres muy amable conmigo.

—¿Amable?

—Sabes muy bien que si yo no estuviera aquí, tú no correrías ningún peligro.

Ahora era ella la que sonreía ligeramente mientras me contemplaba. Me levanté impaciente y encendí un cigarrillo de los que tenía de reserva, pero sabía que no la estaba engañando, ni tampoco me engañaba a mí mismo. Había notado el cambio que se produjo en sus voces cuando Suparto les habló de ella. Pará aquellos hombres, con su exagerado orgullo de raza y su odio a los europeos, ella ya se había convertido en una traidora, y el hecho de que estuviera conmigo hacía que la iniquidad de su existencia resultara doblemente obscena. Matarnos a ambos sería como un acto de purificación. Realmente todo dependía de lo necesario que fuera para ellos un acto semejante. Y esto a su vez dependía de los acontecimientos. Creía que tenía razón respecto a una cosa. Si las cosas iban bien, Sanusi se instalaría rápidamente en un lugar más conveniente. Se olvidarían de nosotros. Lo que debíamos de temer era un paso atrás en sus planes.

Me acerque lo más que pude a la ventana. Sanusi estaba todavía al teléfono. De vez en cuando hacía una pregunta. ¿Cuántos? ¿Quién

está al mando? Evidentemente le estaban dando un informe. Probablemente estaría relacionado con las posiciones de las fuerzas enemigas que tanto le preocupaban. Volví a pensar en lo que me había dicho De Vries de que a Sanusi no le gustaba arriesgarse. Debía de haber algo de cierto en ello, después de todo. ¿Sería el general Roda quien había inclinado la balanza a favor del ataque? ¿O habría sido Suparto?

El teléfono de la otra habitación tintineó cuando Sanusi colgó el auricular. En el mismo momento, me di cuenta de que se oía una ligera vibración. Por un momento pensé que sería algo relacionado con la emisora de radio de abajo. De repente el centinela que estaba fuera gritó:

—¡*Kapal terbang*!

Los hombres que estaban en la habitación contigua salieron rápidamente a la terraza. Ahora se podían oír claramente los aviones, y parecía que eran unos cuantos. Se oyeron gritos que provenían de la plaza de abajo. El general Roda empezó a señalar al cielo.

Miré a mi alrededor. Rosalie estaba sentada en el borde de la cama, pasivamente. Me incliné sobre ella, la agarré de un brazo y me tiré con ella al suelo.

Desde donde estábamos tumbados podía ver la terraza a través de la ventana abierta. Allí no había nadie en ese momento. Entonces vi los aviones. Venían por la esquina noroeste de la plaza. Eran tres viejos bombarderos americanos de dos motores, volando en una formación desigual a una altura de unos ochocientos metros. Cuando pasaron por encima de nosotros vi que tenían bombas de repuesto en los bastidores situados debajo de las alas. Toda la fuerza aérea republicana, o, por lo menos, toda la que podía despegar estaba en el aire.

El oficial de las piernas torcidas salió corriendo a la terraza y sé puso a seguir los aviones con la mirada. Rosalie empezó a levantarse, la empujé para que se quedara en el suelo. Era posible que todas las fuerzas aéreas se hubieran puesto de parte de Sanusi, en cuyo caso los aviones irían a aterrizar en el aeropuerto civil junto al hipódromo, pero también era posible que no fuera así. La actitud del hombre de la terraza no parecía indicar que estuvieran esperando un refuerzo tan oportuno. El hecho de que volaran a poca altura y a una velocidad regular, podía significar simplemente que los pilotos no esperaban encontrar defensas antiaéreas y que, por tanto, no tenían de qué preocuparse, y disponían de tiempo para lanzar las bombas cuidadosamente, si es que iba a haber algún bombardeo, naturalmente; si no sería simplemente un gesto de amenaza.

Momentos después supe que no era así. El ruido de los motores que casi había desaparecido, se hizo otra vez más potente, y el oficial

de las piernas torcidas se retiró precipitadamente al cuarto de estar.

Después de la declaración de Sanusi, supuse que era inevitable que el gobierno hiciera algún intento de destruir la emisora de radio para que no pudiera seguir transmitiendo; pero cuando se produjo, no por esperado resultó menos desagradable. En la guerra resulta relativamente fácil ponerse a filosofar acerca de que le bombardeen o tiroteen a uno indiscriminadamente, pero cuando te conviertes, tú o el edificio en que te encuentras, en el objetivo escogido por el fuego enemigo, las cosas son diferentes. No es que haya cambiado el grado de peligro, lo más normal es que no, sino que el problema deja de ser impersonal. El enemigo, de ser un hombre como uno mismo que arroja obedientemente potentes explosivos donde puedan producir más víctimas, pasa a convertirse repentinamente en un maníaco vengativo empeñado en tu destrucción personal. Entonces uno se vuelve rencoroso, y empieza, muy sensatamente, a pensar en la forma de poder matarle a él primero. No hay nada que irrite más que tener que permanecer donde se está, como un objetivo pasivo, inmóvil e impotente, y dejar que te disparen a bocajarro. Esto era lo que sucedía en lo alto del edificio de la radio.

Llegaron uno detrás de otro en línea de ataque y lo suficientemente altos como para evitar los disparos desde tierra. Cuando oí al primero comenzar su recorrido, me di cuenta de que había grandes cristales en las ventanas que estaban a menos de un metro de nuestro rostro y cogí una alfombra del suelo para echarla sobre nuestras cabezas. En ese momento, alguien en la plaza empezó a disparar con una ametralladora.

El ruido del avión aumentó y se produjeron una serie de sonidos silbantes, al tiempo que empezaban a caer las bombas. Entonces vinieron las explosiones. Debió de dejar caer todas las cargas que llevaba, ya que el suelo se estremeció y tembló durante casi diez segundos. Hubo un infierno de cascotes que caían y cristales que estallaban y, finalmente, como en una especie de epílogo, un torrente de tierra y piedras se derramó sobre la terraza.

Una de las bombas había caído en el jardín del cercano Ministerio de Salud Pública, y la tierra y las piedras no eran más que los restos que caían de la explosión, pero, claro, sonaba como si todo el edificio estuviera derrumbándose. Rosalie gritó y llegó un alarido desde la terraza. Eché la alfombra hacia atrás y vi que el centinela seguía en su puesto, debajo de la ventana, agachándose apoyado en la balaustrada bajo el toldo de bambú del tejado, que se había caído. Había resultado herido cuando le cayó encima el tejado, y se estaba frotando el hombro con precaución. Las cortinas se habían desgarrado con la explosión y estaban enganchadas en el marco de la ventana abierta, pero los cristales estaban intactos y el techo también.

Los desperfectos de la explosión se habían producido probablemente en los pisos inferiores. Entonces oí que se acercaba el segundo avión y volví a meterme debajo de la alfombra.

El primer bombardeo había rozado la Casa del Aire, y había sido una suerte que el piloto no tuviera más bombas. Era demasiado certero. La próxima vez acertaría de pleno. El segundo ataque fue más amplio y fue barriendo a lo largo de la calle corriendo paralelo a nuestro lado de la plaza. Hizo mucho ruido y unas cuantas ventanas más saltaron en la parte de atrás del edificio, pero por lo que se refería a nosotros, eso fue todo. El tercer avión fue el que causó más desperfectos en el sexto piso. La mayoría de las bombas cayeron en la plaza, pero una de ellas alcanzó el pórtico del Ministerio de Salud Pública. Sin embargo, no lo supimos hasta más tarde. En aquel momento nos pareció que había sido un ataque directo a nuestro propio edificio. No era una bomba muy grande pero estalló a nivel del segundo piso y la mayoría de la explosión llegó hasta nosotros. El suelo se levantó. Algo me golpeó fuertemente en la espalda. Se oyó un rumor bajo y tenue y después, silencio. Me di cuenta de que sentía como un silbido penetrante en los oídos.

Tenía el brazo echado sobre los hombros de Rosalie y noté que se quería levantar. Iba a echar hacia atrás la alfombra y descubrí que había algo pesado presionando encima de nosotros. Eso me hizo temblar. Intenté arrodillarme y luché por salir de debajo de la alfombra. De repente, noté que me asfixiaba y entonces empecé a toser, pues estaba respirando en una nube de polvo de yeso. Todavía no podía oír bien, pero ya sabía lo que me había golpeado en la espalda. Era un gran trozo del techo.

Tiré de la alfombra para destapar a Rosalie y la ayudé a levantarse. Estaba blanca de polvo y tosía desesperadamente. La llevé hasta el lecho, quité un trozo de escayola que había encima y la hice sentarse. Todavía me dolían los oídos, pero los tímpanos volvían a funcionarme. Podía oír toses y gritos roncos en la habitación de al lado. A través de la nube de polvo, vi que la ventana había saltado y la cortina colgaba hecha jirones. Empecé a toser otra vez y en ese momento oí que los aviones volvían. Uno de ellos abrió fuego con sus ametralladoras y rugió sobre nuestras cabezas.

No creo que Rosalie llegara a oírlo siquiera, en todo caso estaba demasiado aturdida para reaccionar ante el ruido. No hice nada. Supuse que, al ver que su objetivo aún seguía en pie, intentarían destruir las antenas de la radio. Sin embargo, no tenían municiones que pudieran atravesar el cemento reforzado del tejado que teníamos sobre nuestras cabezas y como ya se había derrumbado gran parte del techo y las ventanas habían saltado, ya no podrían hacernos más

daño.

Hicieron seis pasadas en total. Por lo que yo pude oír, sólo consiguieron tocar el tejado dos veces. No hacían su trabajo demasiado bien. Luego, por fin, después de volar en círculo un par de veces para contemplar el resultado de su hazaña, se alejaron volando.

Él yeso había comenzado a posarse. Le di a Rosalie una toalla para que se limpiara la cara y luego me acerqué a la ventana.

Lo primero que vi, tirada en la terraza entre los cristales rotos, fue la ametralladora del centinela. Observé a través de la cortina rasgada tratando de ver a su dueño.

Estaba sentado en el cemento con la cabeza colgando entre las rodillas, y la sangre le brotaba de una profunda herida que tenía en el cuello. Le llamé con decisión. Levantó ligeramente la cabeza y después volvió a inclinarla hacia un lado.

Cogí una sábana de mi cama, revolví en mi maleta hasta que encontré una cuchilla de afeitar y me acerqué a él.

Algo le había golpeado en la cabeza, dejándole casi sin sentido. Le salía sangre por encima del oído derecho. Probablemente la explosión le había lanzado contra la balustrada. El corte del cuello, sin embargo, se lo había hecho cuando saltaron las ventanas. Tenía todavía un trozo de cristal clavado en la herida. Había que hacer algo. Corté la sábana a través del dobladillo con la cuchilla y luego rasgué la tela en tiras. Con una hice una compresa. Lo más suavemente que pude, saqué el cristal de la herida; sangró con más fuerza, pero no demasiado. Coloqué la compresa sobre la herida y empecé a vendarle. No dijo una sola palabra y apenas se movió. Una vez, cuando ya le había quitado el cristal, abrió los ojos y me miró, pero ya no estaba interesado realmente en lo que le estaba pasando.

Oí pasos que caminaban sobre los cristales, rompiéndolos, detrás de mí y me volví.

El oficial de las piernas torcidas se abría paso por la terraza hacia mí. Estaba cubierto de arriba abajo de polvo y le goteaba sangre por la frente.

—Han ordenado que se quede dentro —dijo.

Seguí con el vendaje. Entró en la sala y llamó a dos hombres. Salieron corriendo y les dijo que cuidaran del centinela. Permanecieron junto a mí mientras acababa de atar el vendaje, pero no hicieron nada por detenerme.

Cuando terminé, le levantaron y le ayudaron a meterse dentro. El oficial cogió el fusil.

—Tiene una herida en la cabeza —dije—, deberían prestarle atención médica.

—Entre —puso el fusil a mi altura, pero sin mucha convicción. Era un estúpido, y el hecho de que yo ayudara al centinela le había

dejado desconcertado. Decidí aprovecharme de este hecho.

—¿Se puede ir todavía al cuarto de baño? —pregunté.

Vaciló y luego asintió.

Entré en el dormitorio y le dije a Rosalie que podía ir a lavarse y quitarse el polvo. Estaba todavía atontada, pero la perspectiva de darse un baño le hizo sentirse mejor. Cuando se dirigía a la terraza vi que el oficial de las piernas torcidas había apostado otro centinela. El polvo me había producido una sed inaguantable. Mientras el oficial estaba todavía allí, le pedí una botella de agua y algo de fruta. Hizo como que no se daba cuenta, pero unos minutos después, mientras yo estaba intentando ordenar un poco la habitación, el centinela apareció en la ventana y puso en el suelo una botella de agua y un cacharro lleno de fruta a su lado.

Se lo agradecí. Sonrió y se encogió de hombros, haciendo un gesto como si le cortara a alguien la yugular, y con otra sonrisa, señaló hacia mí. Le devolví la sonrisa y volvió a hacer otra vez la misma pantomima. Entonces, se explicó verbalmente.

—Si le cortan a un hombre la garganta, no puede comer y la comida se le cae.

Vaya un tipo gracioso. Sonreí hasta que me dolieron las mandíbulas.

Cuando volvió Rosalie se quedó impresionada. El hecho de que hubieran reconsiderado mi petición significaba, según ella, que estaban avergonzados de su conducta anterior, lo que a su vez quería decir que no nos odiaban demasiado. No le dije que yo lo había vuelto a pedir y por eso nos habían dado el agua y la fruta. Tampoco le conté la broma del nuevo centinela.

Nos comimos la mitad de la fruta y nos bebimos un tercio del agua. Todavía estaba sucio de yeso. Cuando retiraron el resto de la fruta y el agua para ponerlos a enfriar en la nevera, obtuve permiso para ir al cuarto de baño y lavarme. Entonces descubrí que la cisterna ya no funcionaba. En aquel momento eso carecía de importancia. El aguamanil holandés estaba lleno y había una reserva de agua en el aljibe del tejado, pero observé que no entraba más agua.

Cuando salí del baño, al pasar por la terraza, me sorprendió ver a Rosalie en la ventana hablando con el centinela. Cuando me oyó volver sonrió y se retiró.

Los ojos de Rosalie brillaban de excitación.

—¿Por qué no me dijiste que habías ayudado al hombre que estaba herido?

—me dijo cuando regresé a la habitación.

—No me pareció que fuera importante.

—Ha causado una impresión estupenda. Ese hombre es amigo

tuyo. Me ha dicho que luego nos traerá más fruta.

—¿Quieres decir que finalmente han decidido no matarnos?

—¡Oh, no! Pero ya no nos odian tanto.

—Eso ya es algo, supongo.

—Me ha dicho que están instalando ametralladoras a ambos lados del tejado, por si hay otro ataque aéreo, y también que el ejército de Nasjah está avanzando en dirección a Meja.

—¿Cómo puede saberlo..., me refiero a eso del ejército?

—Oyó a uno de los oficiales cuando hablaba por teléfono. Es curioso —añadió pensativa—. Antes ese hombre no se había molestado ni siquiera en mirarnos, excepto para pensar cómo se sentiría matándonos. Ahora, como has vendado a su amigo, es diferente. Habla con nosotros y nos trae fruta.

—Eso ha sido por el bombardeo y porque está cubierto de polvo, como nosotros. No está acostumbrado a los bombardeos. Está asustado y ahora, como no ha muerto, se siente generoso y amigable y tiene ganas de hablar. Esto no tiene nada que ver con que haya vendado a su amigo. Siempre pasa lo mismo. Además, tú eres una mujer. Eso también es diferente.

Se quedó pensando unos minutos y asintió.

—Sí, lo comprendo, es igual que lo que sentí anoche cuando los hombres con los *parangs* no nos mataron. Quería acostarme contigo en seguida. Si no hubiera sido porque los fusiles empezaron a disparar y me asustaron de otra forma...

La besé y sonrió.

—¿Era así en la guerra? —me preguntó—. Cuando tenías mucho miedo de que te mataran o te hirieran y luego no lo hacían, ¿te entraban después ganas de estar con una mujer?

—Bueno, no había mucho que temer en el edificio del aeropuerto, y cuando estábamos en el desierto no había ninguna mujer para desearla.

—¿Hubieras deseado tener alguna? —insistió.

—¡Oh, sí! No hay nada que te impida desearlo.

—Ahora estás hablando en broma. Creo que es muy bueno que la gente se sienta así.

—Esto tiene una explicación puramente biológica.

—¿Es biología el que yo esté aquí contigo?

—Bueno, no exactamente.

—No, es porque es bueno para el hombre y la mujer sentir placer juntos. Si se agradan mutuamente, claro está...

—Y si no están amenazados por unos hombres con *parangs* y bombardeados y espiados por los centinelas.

Me miró extrañada, pero no volvió la cabeza.

—¿Nos está mirando ahora?

—Con gran interés.

Sin mirar una sola vez en dirección al soldado, se dirigió a la ventana y miró la cortina rasgada.

—Si pudieras bajarlas —dijo—. Uniría los trozos con alfileres. Entonces podríamos ponerlas otra vez como quisiéramos.

Si lo hacemos ahora pensará que es por el sol. Si esperamos a que el sol se quite, sabrá que no queremos que nos vea y se ofenderá.

—Está bien.

En cualquier caso era una buena idea. El centinela había conseguido colocar otra vez el tejadillo de bambú en su sitio. Pero la explosión y los cascotes lo habían roto por algunos puntos y el sol pasaba a través de los agujeros, colándose en la habitación. El más ligero movimiento hacía que el polvo se levantara otra vez, y tan sólo el verlo arremolinánose a la luz de los rayos del sol me daba sed.

Hice grandes gestos expresivos intentando protegerme los ojos de la claridad cuando desenganché las cortinas. El centinela estaba agachado en uno de los espacios de sombra mirando indolentemente, mientras Rosalie, con unos pocos alfileres y una aguja e hilo, que tenía en la maleta, unía los trozos de la cortina. Cuando volví a colgarla pude tapar casi todo el hueco de la ventana.

Desde que se produjo el ataque aéreo, el teléfono de la habitación contigua no había dejado de sonar, pero los que habían hablado sólo eran los oficiales jóvenes. Había llegado a la conclusión de que Sanusi, Roda y Suparto habían abandonado temporalmente el sexto piso para ir a un puesto de mando que fuera menos expuesto. Cuando, al terminar de colgar las cortinas, escuché pasos que se acercaban haciendo crujir los cascotes del suelo de la terraza, supuse que era el oficial de las piernas torcidas que iba al cuarto de baño. Los pasos cesaron, retiraron las cortinas y apareció el comandante Suparto en la habitación.

—¿No son estas reparaciones una pérdida de tiempo, señor Fraser?

—No creo.

En su uniforme no había indicios de polvo, por lo que supuse que había estado en el pasillo cuando se cayó el techo del apartamento.

—Puede que los aviones regresen pronto.

—Tendrían que lanzar un ataque directo para hacer más daño. Y tengo entendido que ustedes están colocando ametralladoras en el tejado. Si no consiguieron destruir el edificio antes, no creo que lo logren ahora cuando estén a merced del fuego.

—Espero que esté en lo cierto, señor Fraser. Ahora, siento molestarle, pero debe venir conmigo.

El nudo que tenía en el estómago se me hizo más grande.

—¿A dónde?
—Ya lo verá.
—¿Los dos?
—Sólo usted.
—¿Volveré aquí?
—No voy a llevarlo a que lo ejecuten, si es lo que insinúa. Si se comporta inteligentemente es posible que le manden otra vez aquí. Ahora, por favor, sígame.

Rosalie no se había movido. No podía hacer nada para tranquilizarla. Le apreté el brazo y seguí a Suparto a la terraza. El volvió a entrar en el salón.

El centinela se me quedó mirando estúpidamente cuando pasé a su lado pisando los cascotes.

El salón estaba hecho una pena. No habían intentado limpiar los cascotes. Dos cuadros estaban tirados por el suelo. Algunas sillas habían desaparecido. Vi tres oficiales. Uno de ellos estaba al teléfono. Suparto se detuvo y se dirigió al oficial de las piernas torcidas.

—Nadie debe entrar en la habitación de al lado a menos que esté dentro el inglés. ¿Lo han entendido?

—Sí, *tuan*.

Me miró con curiosidad.

Suparto me hizo señas con la cabeza.

Salí con él al pasillo, pasamos junto a un centinela y luego bajamos las escaleras hasta el piso de abajo. Había otros dos centinelas de guardia junto a las puertas giratorias. Al acercarse Suparto se retiraron para dejarle pasar.

El techo también había cedido en el corredor que había más allá. Algunas de las puertas de las oficinas que daban a ese pasillo habían sido lanzadas contra las paredes. Justo pasado el descansillo de la escalera principal, había un grupo de oficiales de pie, junto a la puerta de un despacho, oyendo a un capitán que estaba leyendo las órdenes para que requisaran el arroz. Dejaron pasar a Suparto y le siguieron a un despacho, donde había un hombre sentado llenando de proyectiles el cargador de unas ametralladoras, junto a una puerta con un cartel indicativo que decía: CONTROLADOR TECNICO. Suparto llamó a la puerta y entró.

Dentro de la habitación había tres hombres: Sanusi, Roda y un hombre en traje de paisano al que reconocí como el director de un periódico de Selampang subvencionado por el gobierno de Nasjah. Le había conocido cuando visitó Tangga con un grupo de periodistas, pero si se acordaba de mí ahora no le interesaba demostrarlo, ya que no me dirigió más que una mirada indiferente. Sanusi y Roda estaban leyendo la copia de una declaración impresa extendida sobre la mesa. Suparto y yo nos quedamos junto a la puerta, esperando. Cuando

terminaron de leer, estuvieron discutiendo en voz baja entre ellos tres, y después el periodista se llevó la declaración. Sanusi me miró.

—El señor Fraser, *Boeng*.

Suparto me indicó que me aproximara.

Fui hasta la mesa. Sanusi me examinó de arriba abajo mientras me acercaba, pero fue el coronel Roda, que estaba sentado a mi lado de la mesa, el que habló.

—¿Es usted ingeniero?

—Sí.

—¿Del valle de Tangga?

—He trabajado allí como ingeniero consultor durante los últimos tres años.

—Entonces es usted una persona muy preparada y con experiencia, ¿no?

No le entendí bien la primera vez. Hablaba un inglés con acento holandés, pero era su deseo de mostrarse autoritario lo que dificultaba la comprensión. Tenía unos labios gruesos y carnosos, y articulaba rápidamente las palabras como si tuviera la boca llena de piedras.

—¿Cómo dice, coronel?

Me repitió la pregunta en voz alta y articulando las palabras aún más rápidamente, pero esta vez entendí lo que quería decirme.

—Sí, estoy preparado profesionalmente.

—Entonces considérese a las órdenes del gobierno de Liberación Nacional. El hecho de demorarlas o llevarlas a cabo con negligencia será castigado de inmediato con la muerte. Comandante Suparto...

—Un momento, coronel —exclamó Sanusi.

El coronel Roda dejó de hablar inmediatamente, con los ojos hundidos, alertas y respetuosos, en su nido de grasa.

Sanusi me observó en silencio durante varios segundos, después sonrió amablemente.

—El señor Fraser es europeo —dijo—, y los europeos esperan que les paguen bien por prestar sus servicios a los nativos. Debemos fijar un buen precio.

Roda se rió brevemente.

—¿Le pagaban bien en Tangga, señor Fraser?

—Sí, general.

—¿Y, sin embargo, desea abandonarnos?

—A veces un hombre debe regresar a su propio país.

—¿Pero cuál es el país propio de cada uno, señor Fraser? ¿Cómo puede reconocerlo? —continuó sonriendo—. Cuando yo era niño, aquí en Sonda, y jugaba con mi familia en el campo, no conocía mi país. Si estábamos cerca de una carretera y pasaba un holandés o un europeo, mi padre y mi madre tenían que volverse e inclinarse respetuosamente ante él. Nosotros, los niños, también. Era la ley holandesa y, por lo

tanto, el país era holandés. ¿Está casado, señor Fraser?

—No, general.

—La mujer que estaba con usted, ¿es cristiana?

—No lo sé, general.

—Hay tres iglesias cristianas muy bonitas en Selampang. ¿Lo sabía?

—Sí, lo sabía.

—Y también son muy bonitos los lugares de adoración budista y brahmánico. ¿Los ha visto?

—Sí.

—Dígame, ¿dónde están las mezquitas?

Vacilé, Roda se echó a reír otra vez.

—Yo se lo diré —continuó Sanusi—. Una está junto al mercado de ganado y la otra al lado del recinto de la feria china. Son pequeñas y están derruidas y sucias. Son un insulto para el Señor.

Probablemente tenía razón. Pero no entendía lo que eso tenía que ver conmigo.

—Y, sin embargo, el presidente Nasjah lleva el casquete —se tocó el suyo significativamente—. Y también lo llevan los miembros de su gobierno. ¿A qué mezquita van a rezar? ¿A la que está junto al mercado de ganado o a la de la feria china? ¿O hacen sus oraciones en los lavabos del palacio presidencial?

Yo permanecía allí, inmóvil.

—Dijeron que habían ganado su independencia a los holandeses como nación —continuó—. Mienten, fueron las fuerzas japonesas las que destruyeron a los holandeses y las que circunstancialmente nos dieron la independencia. Pero las manos de Nasjah y sus secuaces estaban allí para recibirla, y por eso la gente cree que son grandes hombres. La gente es leal, pero está mal aconsejada. No tenemos grandes hombres. Con los holandeses no se permitía a ningún sundanés llegar en la administración pública más arriba de secretario de tercer grado. Así pues, ahora tenemos una administración dirigida por secretarios de tercer grado y un gobierno de ladrones y de actores mediocres. Estamos corrompidos, y sólo la disciplina puede salvarnos de las consecuencias que esto puede traer. Para usted, para cualquier europeo, esto es ciertamente evidente. Pero no vendrá de fuera. No vendrá de China ni de América. Vendrá de lo que ya está en nosotros: nuestra fe en el Islam. Puede estar seguro de eso. Mientras tanto, necesitamos ayuda. El que debamos pedir ayuda a los europeos y a los infieles es humillante para nosotros, pero no somos orgullosos.

Hizo una pausa. Parecía que esperaban que yo hiciera algún comentario.

—¿Qué es lo que desea que yo haga, general?

—Un servicio insignificante. El comandante Suparto se lo

explicará.

—Una de las bombas que cayó en la plaza, justamente fuera, destruyó la conducción principal de agua —explicó Suparto con naturalidad—. El sótano inferior del edificio se ha inundado y el generador que abastece de energía el transmisor de radio se ha estropeado. Es necesario que sea reparado inmediatamente.

—Pero yo no entiendo nada de generadores.

—Usted es ingeniero —soltó el coronel Roda.

—Pero no un ingeniero en electrónica, coronel.

—¿Es usted técnico? Tiene un título universitario. ¿Y es que no hay generadores en Tangga?

—Sí, pero...

Sanusi levantó la mano.

—El señor Fraser es un técnico y también un hombre de recursos. Eso es suficiente. Nos prestará sus habilidades si le ofrecemos el argumento adecuado, ¿verdad, señor Fraser?

—No es cuestión de argumentos, general.

—¡Ah! Sí que lo es —su sonrisa desapareció—. Esa mujer, Van der Linden, cuya religión usted ignora, ¿le gusta?

—Sí, me gusta.

—Su presencia para nosotros resulta ofensiva. Tal vez si usted hace lo que le pedimos, nos convencerá para que la toleremos.

—He intentado explicarle, general, que no es cuestión de que yo quiera ayudar o no. Es que, sencillamente, ocurre que yo no tengo el conocimiento apropiado. Debe de haber alguien en esta ciudad mejor preparado para ayudarles que yo.

—Viniendo de Tangga, debe saber más que eso, señor Fraser. Obviamente, si aquí hubiera un técnico más preparado para arreglar la avería, le hubiéramos avisado. Pero no hay ninguno a mano, y hay que empezar a trabajar en seguida. Debe ser ingenioso. Y adquirir el conocimiento.

—Con el debido respeto, general, no sabe lo que está diciendo.

Roda se levantó bruscamente, profiriendo una desagradable exclamación, pero no le hice caso.

—Veré lo que puedo hacer para ayudar. Pero, por Dios, dejen en paz a la señorita Linden.

Sanusi me contempló un momento, después se encogió de hombros.

—Ciertamente si lo desea. ¿Qué es lo que quiere a cambio?

No entendí de inmediato lo que pretendía, pero Suparto, que estaba detrás de mí, habló rápidamente.

—El señor Fraser no quiere decir eso, *Boeng*. Si lo hace bien, espera que sea tolerada la presencia de la mujer, como usted sugirió.

—¡Ah, bueno! —Sanusi miró a Roda—. Por un momento, coronel,

temía que lo que le pasara a esa mujer no le interesaba a nuestro ingeniero.

Roda chascó los dedos. Había captado la ironía.

Sanusi me miró.

—¿Nos entendemos mutuamente?

—Sí, general.

—Entonces no hay más que hablar —inclinó la cabeza como despedida—. El Señor le acompañe.

Me fui.

6

Suparto me condujo otra vez a la escalera y empezamos a bajar.

—¿Fue idea suya? —le pregunté.

—No, fue del general.

—¿Está usted de acuerdo con esto?

—No estoy en situación de elegir, pero creo que ha tenido ideas peores.

Le miré, pero no pareció darse cuenta de que había dicho algo raro.

—¿Es muy grande la avería?

—Eso tendrá que descubrirlo usted mismo. Abajo hay dos ingenieros de la emisora. Quizá puedan ayudarle.

—¿Ingenieros de la emisora? ¿Por qué no hacen el trabajo ellos mismos?

—Eso de ingeniero es una forma educada de llamarles. Saben cómo hacer funcionar el transmisor, el botón que tienen que apretar y qué mandos deben girar; pero no son técnicos. No saben más que poner en marcha el generador.

—Pero alguno del equipo debe saber algo más.

—A lo mejor, pero sólo tenemos algunos empleados con nosotros. Los simpatizantes.

—Pero ustedes controlan la ciudad. ¿No pueden hacerse con los otros?

—Los tres mejores técnicos son chinos. Hemos enviado patrullas al distrito chino con instrucciones de buscarlos, y puede que tengan suerte. Pero hoy no, y tal vez mañana tampoco. El general no puede esperar.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa con la radio, que es tan importante? No creía que en esta ciudad hubiera tanta gente con receptores de onda corta.

—No es la gente de la ciudad la que le interesa al general. Es la impresión que cause fuera lo que le preocupa. Hoy mismo, más tarde, tiene intención de transmitir otra vez en inglés. Su discurso estará dirigido a las ciudades en las que una favorable acogida tiene mucha importancia para él en este momento: Yakarta, Singapur, Camberra y Washington. El discurso, un pasaje del cual ya ha oído usted, será hecho público para los corresponsales de la prensa en una conferencia que tendrá lugar más tarde.

—¿Qué quiere decir con eso de que ya he oído parte del discurso?

—Seguramente no creerá usted que semejante elocuencia se consigue sin ensayar. Ciertamente para usted, y para cualquier

europeo, esto es obvio. Vamos, señor Fraser, admítalo. Por lo menos lo habrá sospechado.

Me sonreía vergonzosamente. Era una especie de invitación para compartir una broma y yo desconfié profundamente.

—Tengo otras cosas en qué pensar —repuse evasivo.

—¡Oh, sí! Pero ya ve por qué es tan importante que la radio funcione adecuadamente. Si el general no habla al mundo, el mundo puede pensar que no sabe hablar, que realmente no controla aún la ciudad, y que será mejor reservar sus gestos de amistad hasta que quede claro quién ha ganado. El general le concede mucha importancia al poder de la propaganda radiofónica. Cree que puede tener una importancia política decisiva.

Había un tono evidente de crítica en su voz.

—¿Y usted no?

—Creo que la realidad del poder es importante también.

—Hace usted que el general parezca un poco ingenuo.

—Ingenuo no, señor Fraser, simple, como todos los grandes hombres.

Íbamos abriéndonos camino por las escaleras inundadas de cascotes. Llegamos a la planta baja. En el vestíbulo había soldados apilando sacos de arroz rellenos de tierra para formar un parapeto contra los bombardeos. Las puertas del ascensor estaban abiertas y el cuerpo de un hombre con uniforme de policía yacía atravesado en el umbral, en un revoltijo de sangre coagulada. Le eché un vistazo a la cara mientras bajábamos la escalera. Era uno de los guardianes que había pasado junto a Rosalie y a mí la noche anterior, al entrar en la Casa del Aire.

Suparto se paró y llamó al oficial que estaba a cargo de los sacos. El hombre llegó corriendo y Suparto le ordenó que sacaran aquel cuerpo fuera. Cuando el hombre salió para cumplir la orden, Suparto le miró con desagrado.

—Son unos bestias —dijo.

Empezamos a bajar las escaleras del sótano. De abajo llegaba ruido de voces y olor a fuel-oil y a alcantarilla. A medio camino me detuve en el descansillo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, comandante?

Su cara permaneció impasible.

—¿Sobre qué, señor Fraser?

—Anoche fue usted lo suficientemente amable como para decirme que yo le caía bien. Me he estado preguntando por qué.

Su rostro se relajó.

—¡Ah, ya! Quiere comprobar el valor de mi amistad, hasta qué punto puede confiar en mí y cómo puede emplear esta confianza. Bueno, se lo explicaré. ¿Se acuerda del día que llegué a Tangga con

mis colegas?

—Lo recuerdo muy bien.

—Éramos muy obstinados, presuntuosos y arrogantes. Yo el que más, porque era el que hablaba. Tenía razones, pero —se encogió de hombros— no vamos a hablar de eso ahora. Tenía usted razón para enfadarse y, estaba enfadado conmigo, ¿verdad?

—Un poco.

—Usted lo hizo evidente. Pero lo que me impresionó fue su forma de dejarme ver que estaba enfadado. Usted no se dijo a sí mismo: «Aquí tenemos otro de esos enanos morenos aburridos, esos patéticos advenedizos de uniforme a los que debo intentar tratar con respeto para demostrarles que no les considero como seres humanos inferiores.» No se mostraba condescendiente como el señor Gedge, y no me trató con más tacto del necesario. Me trató francamente, como hubiera hecho con un europeo en las mismas circunstancias, y su actitud no era calculadora. No me trato ni como a un perro ni como a un monito mascota que puede morder. Por eso me gustó usted.

—Bien. Eso es muy amable por su parte, pero no fue para calibrar el valor de su amistad, como usted ha dicho, por lo que he sacado el tema a relucir. Lo que yo quería saber era si usted confiaría en mí.

—¿En qué, señor Fraser?

—Una confidencia. ¿De qué lado está usted realmente, comandante? Con el partido de Liberación Nacional o con el gobierno?

—Naturalmente, señor Fraser, estoy de parte del general. ¿Cómo ha podido dudarlo?

Sonrió con facilidad.

—No lo he hecho, comandante, pero ¿a qué general se refiere?

Por primera vez le vi desconcertado, pero fue para mí un placer muy breve. Apretó los labios y se llevó la mano a la pistola.

—Va a explicarme ese comentario —dijo suavemente.

—Ciertamente. Hace dos noches yo estaba en el jardín del Club Armonía, y vi un jeep. Sabía que venía de Tangga, y sabía que sólo había podido venir por carretera, por tanto...

—¿Qué es lo que oyó? —me preguntó de repente.

—No mucho, pero lo suficiente como para saber que hay dos generales metidos en esto. ¿Quién es el otro?

Ignoró mi pregunta.

—¿A quién se lo ha contado?

—A nadie, no era problema mío.

—Anoche no me dijo nada de esto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Hasta que oí la voz de Sanusi, creí que él era el otro hombre al que usted llamaba «general».

—¿Estaba la señorita Linden con usted?

—Ella sólo vio el jeep, pero no oyó nada.

—¿Puedo creerle?

—Sí.

Suspiró.

—Pero ¿por qué ha arriesgado su vida contándome esto?

—Porque, si puedo, quiero salvar mi vida y la de la señorita Linden. Si lo que me imagino de todo este asunto resulta ser cierto, no creo que ninguno de nosotros tenga muchas posibilidades, ¿no cree?

Me miró a los ojos.

—Aquí nadie tiene muchas posibilidades.

—Al demostrarle que puede confiar en que no le voy a traicionar, he aumentado las posibilidades que tengo.

—¿Cómo?

—Si usted puede ayudarnos, lo hará.

—¿Por qué había de ayudarles? Hace un momento estuve a punto de matarle

—Usted me ayudará porque, si llega ocasión, puede confiar en que yo le ayudaré a usted. También porque es un ser humano.

Me miró tristemente.

—Yo no confiaría tanto en mi humanidad, señor Fraser; aún puede que necesite matarle.

—Si resulta necesario, claro que lo hará. Dije que era usted humano, comandante. No le he acusado de ser un sentimental. Ahora será mejor que me enseñe ese generador.

Bajamos las escaleras.

—Me gustaría saber una cosa, señor Fraser. ¿Es tan ignorante en materia de generadores como dice?

—Tengo ciertos conocimientos teóricos, naturalmente, pero no creo que me sirvan para mucho. Si las bobinas están deterioradas, y probablemente lo estarán, no podré hacer nada.

—Se lo pregunto, porque si el generador no está funcionando de nuevo al atardecer me temo que tomen contra usted medidas disciplinarias rigurosas. Lo sentiría, pero no puedo hacer nada por evitarlo. Y ahora, aquí estamos.

Habíamos llegado a un corto tramo de escaleras de acero que conducían al segundo sótano. Había luces debajo, y al pie de las escaleras se veía el reflejo de un agua negra y grasienta. Se oía chapotear. Los dos últimos escalones estaban sumergidos en el agua. Suparto bajó todo lo que pudo sin llegar a mojarse los pies y llamó secamente.

Se oyeron más chapoteos y aparecieron dos hombres con la ropa sucia que avanzaron dificultosamente hasta el pie de las escaleras.

—¿Ha habido algún cambio? —preguntó Suparto cortésmente.

Uno de ellos se encogió de hombros.

—Ya no entra el agua, pero no podemos hacer funcionar el desagüe.

—Aquí, el *tuan*, es un ingeniero de Tangga, entiende de estas cosas. A partir de ahora obedecerán sus órdenes. Señor Fraser, estos hombres son el ingeniero Osman y el ingeniero Alwi.

Les saludé y bajé hasta el nivel del agua. Desde allí podía ver toda la habitación. Tendría unos nueve metros de longitud por seis de anchura. El aparato generador y dos barriles de fuel de unos dos mil litros ocupaban casi todo el espacio. El motor del aparato estaba fuera del agua, pero el propio generador se encontraba medio sumergido. A un lado había un cuadro de mandos de pizarra.

Miré a Osman.

—¿Ha dicho que hay un desagüe que no funciona?

—Sí, *tuan*. Le hemos metido unas varillas, sigue atascado.

Miré a Suparto.

—¿A qué distancia cayó la bomba?

—En la acera de este lado. ¿Quiere ver el cráter?

—No, ¿pero qué pasó?

—El socavón se llenó de agua de las cañerías rotas antes de que encontráramos alguien que supiera cortar el agua. Entonces descubrimos que el agua se estaba metiendo aquí.

—¿Por dónde entró? ¿Hay alguna grieta en el suelo? ¿Por las paredes? ¿Dónde?

—Salió a través del desagüe —dijo el ingeniero Alwi con los ojos abiertos como platos de admiración—. Salió por ahí, yo lo he visto.

—¿Entonces de qué sirve andar intentando que vuelva a salir por el desagüe? ¿No ve lo que ha pasado? La bomba hundió la tubería de drenaje también y el agua del socavón se metió por ahí. Naturalmente el agua no va a ir hacia arriba. Aquí debemos de encontrarnos debajo del socavón. Lógicamente, el agua no retrocede hacia arriba. Tendremos que bombear para sacarla.

—¿Qué necesita, señor Fraser? —dijo Suparto.

—Una bomba rotativa potente. Un camión de bomberos podría valer, o tal vez una depuradora. Cualquier bomba que sirva para elevar el agua unos seis metros, a una velocidad razonable. No se puede hacer nada mientras no consigamos eso.

Pero Suparto ya estaba corriendo escaleras arriba. Osman y Alwi se quedaron allí parados, mirándose como dos corderitos.

—¿A dónde va el tubo de escape del motor? —pregunté.

—Hay una tubería, *tuan* —dijo Osman—. Va hasta la parte de atrás del edificio.

—Debe de haber un ventilador. ¿Dónde está?

—Está en el rincón, *tuan*.

—¿Por dónde sale al exterior?

—No lo sé, *tuan* —se retorció las manos—. ¿Cómo podría saberlo?

—Está bien, Osman. No se preocupe. Vaya arriba a ver si puede encontrarlo. Me parece que debe salir afuera en un lugar donde podremos alcanzarlo. ¿Comprende? Entonces cuando venga el camión de los bomberos, podremos meter la manguera a través del conducto del ventilador y alcanzar el agua de esa forma. Será más rápido.

—Sí, *tuan*.

Sonreía ansiosamente cuando salió del agua y trepó por las escaleras.

Me quedé con Alwi. Estaba esperando atentamente a que le diera alguna orden. De repente, se me ocurrió que podía inventarme algún trabajo para él que le quitara de en medio durante unos minutos y poder así salir libremente del edificio. No era probable que nadie intentara detenerme. Si alguien lo hacía, podría decir que había ido a inspeccionar el ventilador. Si todo iba bien, podría estar en el Consulado británico en menos de diez minutos. Cierto es que mi pasaporte estaba en la comisaría de Policía a la espera del permiso de salida, pero suponiendo que no me detuviera ninguna patrulla, eso no importaría. Estaría a salvo.

Cuando terminé de soñar me senté en las escaleras y pensé vagamente si Suparto confiaba en que mi resistencia a abandonar a Rosalie evitaría que me escapara, o si habría preferido confiar en métodos más directos.

—Alwi —dije—, deberían haber puesto un guardia en lo alto de las escaleras para evitar que interfieran en nuestro trabajo personas que no estén autorizadas. Vaya a mirar si hay alguno.

Pareció un poco desconcertado, pero fue muy diligente. Encendí mi último cigarrillo. Volvió antes de que hubiera dado dos bocanadas.

—El guardia está en su puesto, *tuan*.

Al fin y al cabo Suparto era realista.

—Muy bien, ahora dígame, ¿estaba funcionando el generador cuando entró el agua?

—Sí, *tuan*. Hubo una pérdida de energía. Mi colega Osman bajó y encontró el agua. El motor se paró cuando él estaba bajando.

—¿Saltó algún plomo?

—No hemos mirado, *tuan*.

Me metí en el agua y caminé hasta el cuadro de mandos. El equipo del generador había sido fabricado por la factoría de motores Krupp en Kiel, pero el cuadro de mandos era japonés. Había un interruptor automático, y éste había saltado. Al cabo de un rato, descubrí que la caja de control del motor estaba unida al interruptor automático. Era probable que el motor no hubiera sufrido desperfectos y que se hubiera parado automáticamente como consecuencia de la falta de fluido eléctrico. No había habido cortocircuito. Tal vez, las

bobinas del generador no se habían quemado y la pérdida de energía se debió simplemente a la falta de aislamiento contra la humedad, pero pasaría bastante tiempo hasta que pudiera saber una cosa u otra con seguridad. Había otra esperanza, pero era muy débil.

—¿Pueden adaptar el equipo a la acometida general?

Alwi me miró con rencor.

—Pero, *tuan*, esto es corriente continua de ciento treinta voltios.

Ahí se acabó el asunto.

Eran las once y media en aquel momento. Al poco rato volvió Osman para decirme que había encontrado la salida de la conducción del ventilador y que estaba lo suficientemente cerca del suelo como para poder servir de entrada para la manguera.

Había un extractor adaptado al extremo del ventilador que estaba en el sótano, así que no perderíamos tiempo cuando llegara la bomba. Les dije que buscaran más herramientas y quitaran el extractor. Cuando estuvo desmontado, nos sentamos en las escaleras a esperar.

Poco antes del mediodía hubo otro bombardeo. Esta vez el objetivo debía de estar situado en las afueras de la ciudad. Probablemente el hecho de que la emisora de radio ya no transmitiera les había dejado satisfechos. Abajo, en el sótano, podíamos notar el impacto de las bombas. Las luces vacilaron una vez y Alwi dijo que estarían atacando la central eléctrica; pero, para mi tranquilidad, no se fue la luz. Unos diez minutos más tarde llegó Suparto, acompañado por un bombero aterrado que llevaba un casco de acero y que me informó que tenía fuera el camión de bombeo.

Mandé a Osman arriba para que les enseñara el hueco del ventilador. A las doce y media empezaron a bombear. Hicieron una pausa cuando Suparto se dio cuenta de que estaban echando otra vez el agua en el socavón que había abierto la bomba, pero después de adaptar otra manguera para llevar el agua hasta un desagüe más alejado, se trabajó sin interrupción. A la una y cuarto el agua del sótano había bajado al nivel del orificio de entrada de la boca de la manguera y ya no se podía bombear más. Quedaban todavía unos tres centímetros de agua en el suelo, pero no afectaba al sitio donde estaba el generador y podíamos dejarla para más tarde.

Suparto parecía satisfecho.

—Debe admitir, señor Fraser, que los métodos del general a veces producen resultados eficaces.

—¿Qué resultados?

—Usted ha hecho progresos.

—No hemos empezado todavía.

Pedí una linterna e inspeccioné cuidadosamente el generador. No descubrí nada que no supiera ya. El aparato estaba diseñado para

producir una corriente alterna de quinientos voltios, y las bobinas estaban empapadas. Sabía de sobra que sólo podía hacer una cosa, secar las bobinas lo mejor que pudiera, volverlas a montar y confiar en Dios para que funcionara.

Suparto estaba de pie junto a mí, observando expectante. Para librarme de él, le expliqué que necesitaría algún tipo de aparato de calor, especialmente por aire, un par de ventiladores eléctricos, una lámina de hierro fina y un aparejo de poleas. Cuando se fue para dar las órdenes, empecé a desmantelar el aparato ayudado por Osman y Alwi.

En una de las vigas del techo había un perno que obviamente había servido para colocar el generador en su sitio cuando lo instalaron. Conseguí pasar una cuerda alrededor del inducido del aparato. Después, mediante la polea enganchada en el perno de arriba, pude sacarlo fuera de su bastidor. Pero el trabajo nos llevó más de una hora. El acoplamiento del generador resultó casi imposible y tuvimos que desmontar más cosas de las que yo había previsto. Además, habíamos retirado el ventilador del respiradero para pasar la manguera, y el calor que hacía allí abajo resultaba insoportable. Cuando estábamos dispuestos a empezar a secar los cables nos encontrábamos demasiado cansados para seguir sin antes descansar un poco.

Suparto nos había traído comida, *nassi goreng* y fruta, y nos sentamos en cuclillas en las escaleras mientras comíamos. Me dio también algunos cigarrillos. Suparto nos observaba atentamente, como un entrenador. Estaba con nosotros, pero no era uno de los nuestros.

—¿Qué hay de la señorita Linden? —le pregunté—. ¿Ha comido?

—Me ocuparé de que le sirvan algo.

—¿Y agua potable y cigarrillos?

—Muy bien —miró el reloj—. Quedan tres horas para el crepúsculo, señor Fraser. Pronto será necesario informar al general.

—No puedo prometerle nada. Ni siquiera sé si va a funcionar hasta que no podamos probarlo.

—Ha convocado una rueda de prensa en el palacio presidencial para las seis. Allí distribuirá copias de su declaración y también del mensaje radiofónico que espera transmitir esta noche. Si la radio no funciona se verá expuesto a una grave humillación.

Tenía muchas contestaciones que darle a lo que estaba diciendo y me hubiera gustado hacerlo, pero Osman y Alwi estaban escuchando. Parecían preocupados también.

—Bueno, será mejor que sigamos trabajando —dije.

El plan que tenía para secar las bobinas era sencillo; tenía que serlo. Lo que hice fue doblar la lámina de metal en dos grandes tubos y enrollar el cable alrededor de cada uno para que mantuvieran la

forma. Calenté los costados de los tubos con los sopletes e hice pasar aire a través de ellos con los ventiladores. Uno lo apunté hacia las bobinas de tierra dentro del bastidor. El otro lo dirigí hacia el inducido que estaba suspendido de la polea del techo. Ninguno de los dos servía para mucho, ya que perdían mucho calor, pero no se me ocurría ningún método mejor.

Había dos lámparas de soldar para cada tubo y una vez que encontramos la posición más adecuada todo lo que teníamos que hacer era ocuparnos de que siguieran funcionando. La atmósfera se hizo en seguida agobiante, pero tuvimos tiempo de volver a colocar el extractor y cuando conseguimos que funcionara, la situación mejoró. Después de un rato, desconecté momentáneamente el ventilador del inducido para tocar las cuerdas situadas alrededor. Observé con satisfacción que salía una bocanada de vapor de las bobinas.

Aproximadamente a las cuatro hubo otro bombardeo y Suparto fue a ver qué estaba pasando. A nosotros nos parecía como si los aviones hubieran vuelto al mismo objetivo de antes, y yo estaba aterrado de que consiguieran cortarnos el suministro de energía necesaria para los ventiladores. Pero esta vez ni siquiera oscilaron las luces. Osman y Alwi dijeron alegremente que era porque los pilotos enemigos eran bastante malos, pero yo no estaba tan seguro. La central eléctrica situada en un lugar aislado, fácil de identificar y sin duda indefensa, era un objetivo mucho más sencillo que la Casa del Aire.

Pensé que si hubieran querido atacar la central eléctrica, incluso aquellos pilotos habrían sido capaces de alcanzarla. Cuando Suparto volvió le noté bastante menos comunicativo; sin embargo, estaba empezando a conocerle, y creí detectar un matiz de satisfacción en su actitud. Para él al menos las cosas debían de estar saliendo de acuerdo con el plan establecido.

A las cinco cortamos los ventiladores y los sopletes y emprendimos la tarea del montaje. Las bobinas estaban secas por fuera pero eso no quería decir nada. Incluso si no estaban estropeadas, podían estar todavía lo suficientemente mojadas por dentro como para romper el aislamiento. Me hubiera gustado calentarlas más, pero Suparto no lo hubiera permitido. Intenté convencerle de que era mejor tener un generador que funcionara a las siete que tener uno que no funcionara a las seis; pero se limitó a encogerse de hombros.

Era evidente por qué lo hacía. Desde su punto de vista no importaba si el generador funcionaba o no; lo único que importaba era que el charlatán ridículo y peligroso Sanusi continuara confiando en él hasta que fuera demasiado tarde para escapar de la trampa que le habían preparado con tanto cuidado. Sanusi me había ordenado que

tuviera el generador arreglado al atardecer. Por mi bien, Suparto esperaba que consiguiera hacerlo con éxito, pero si fracasaba, no tenía intención de compartir la culpa conmigo. Como servidor leal del gobierno de Nasjah, como patriótico agente provocador, su responsabilidad estaba relacionada con el otro general, con el que había estado en el jardín del Club Nueva Armonía: el general que ahora se disponía a cerrar las salidas de la trampa y a liquidar a Sanusi y a su partido de Liberación Nacional de una vez por todas.

El montaje resultó demasiado fácil para mi gusto. Yo quería tener dificultades y retrasos. Quería posponer el momento en que tuviera que poner todo el ingenio a funcionar y supiera, ya con seguridad, que había fracasado. Pero Osman y Alwi trabajaban con febril entusiasmo. Cada cosa se adaptaba en su sitio a la primera; cada tuerca entraba perfectamente en cada perno como si estuviera fabricada con toda precisión. Osman se puso incluso a cantar mientras trabajaba. Cuando le dije que se callara, se rió alegremente sin motivo.

Un poco después de las cinco y media estábamos preparados para hacer una prueba. Yo sostenía la placa del interruptor automático. Cerré el circuito y le dije a Osman que lo pusiera en marcha.

El motor empezó a funcionar en unos diez segundos. Cuando empezó a coger velocidad solté la placa. La dejé caer inmediatamente; el disyuntor se disparó con una detonación y el motor comenzó a fallar hasta que se detuvo.

Se produjo un tremendo silencio. Creí que Osman se iba a echar a llorar. Suparto levantó las cejas.

—¿Bien, señor Fraser?

No le hice caso. Ahora ya no estaba tan preocupado. Sabía que entraba la corriente, porque había visto subir los contadores. Simplemente, no había suficiente para mantener el interruptor automático.

Hice una señal a Osman.

—¡Arráncalo otra vez!

Cuando echó a andar esta vez, mantuve los dedos en la placa y observé los contadores. Había voltaje por todos los sitios y supuse que quedaba todavía mucha humedad en las bobinas, pero ahora existía la probabilidad de que el calor del motor y el que producían las bobinas mismas fueran completando gradualmente el proceso de secado. Si no sucedía así, el aislamiento se rompería desastrosamente. Mantuve la placa del disyuntor. Después de estar funcionando unos veinte minutos, la tensión se estabilizó sensiblemente. Lo dejé cinco minutos más y entonces intenté soltar la placa. Siguió andando.

Osman sonrió.

—¿Está bien? —preguntó Suparto.

—Puede. De momento no está funcionando a plena potencia, pero

creo que mejorará.

—El general estará encantado. Le felicito, señor Fraser.

—Hay que secar el resto del agua. Cuanto más seco esté el ambiente aquí, mejor.

—Se hará, no se preocupe —miró a Osman y a Alwi—. Será mejor que uno de ustedes se quede aquí para supervisar el trabajo. Mandaré que bajen unos hombres.

—Yo me quedaré —dijo Osman—. Alwi debe probar el transmisor.

Me encontraba cubierto de grasa y de suciedad de los pies a la cabeza. Tenía los zapatos llenos de agua, me dolían las articulaciones y me temblaban las piernas. De repente, me sentí tan cansado que me tuve que ir a la escalera y sentarme.

Suparto me siguió.

—¿Está usted enfermo, señor Fraser?

—No, solamente cansado. No dormí mucho anoche, ¿se acuerda?

—Pero no estará demasiado cansado para informar al general, supongo.

—¿No puede informarle usted?

—Será mejor para su amiga y para usted si habla personalmente con él.

—Está bien.

Alwi ya había ido por delante. Suparto y yo subimos la escalera despacio. Cuando llegamos a donde estaba el guardián, Suparto le ordenó que volviera a presentarse a su oficial. El hombre nos siguió hasta el piso bajo, donde Suparto estuvo dando órdenes para que limpiaran el sótano. El ascensor funcionaba otra vez, era de tipo automático. Cuando estuvimos dentro y las puertas se cerraron, le pregunté a Suparto sobre los bombardeos que habíamos oído cuando estábamos abajo.

—¿Intentaban volar la central eléctrica?

—No, la carretera y los puentes del ferrocarril que hay sobre el río, al este de la ciudad.

—¿Los han destruido?

—Los han dañado bastante.

—¿Bastante para qué?

—Lo suficiente, para impedir una retirada a las montañas antes de que la ciudad esté completamente rodeada.

—¿Y él no se da cuenta de esto?

Suparto presionó el botón del quinto piso y el ascensor empezó a subir.

—El general y el coronel Roda dan una interpretación más optimista a los ataques. Los ven como un movimiento para obstaculizar a las tropas del gobierno que se han amotinado, y que

están en camino, para unirse a nosotros aquí en la ciudad.

—Y esa interpretación se la ha sugerido usted, supongo —como no decía nada, le pregunté—: ¿Se han amotinado, de hecho, algunas tropas del gobierno?

—Sospechábamos de la lealtad de una unidad de infantería. Ayer fueron desarmados.

El ascensor se paró y salimos.

El general se estaba preparando para ir a la conferencia de prensa que iba a mantener con los corresponsales extranjeros en el palacio presidencial y tuve que esperar en el despacho de afuera. Mientras estaba allí, un monitor de la emisora que estaba en el rincón empezó a emitir un sonido chirriante, y después se oyó otra vez la sintonía del xilófono. Alwi había conseguido que volviera a funcionar el transmisor.

Cuando el general apareció en la puerta de su despacho, vi por qué me habían hecho esperar. Se había puesto un uniforme limpio y llevaba corbata. Roda y Suparto salieron detrás de él.

Me levanté y el general vino hacia mí. Me saludó cortésmente. Ya tenía el pensamiento puesto en el palacio presidencial.

—El comandante Suparto me ha contado que ha trabajado usted muy duro. Podemos oír por nosotros mismos que ha tenido éxito, ¿eh, coronel?

—Como pensábamos, el *tuan* era demasiado moderno cuando nos habló de sus conocimientos —añadió Roda sonriendo.

Yo le ignoré.

—Me alegro de haberle sido útil, general.

—Sonda necesita buenos ingenieros, especialmente de los de probada lealtad. Tengo la intención de establecer un sistema de instrucción técnica para los jóvenes de nuestro país. Para un hombre como usted, señor Fraser, aquí puede haber excepcionales oportunidades de promoción.

—Es usted muy amable.

—Aquellos que nos sirvan bien serán bien recompensados. No lo olvide, señor Fraser.

—Tengo muchas razones para recordarlo, general.

—Ah, sí. Hicimos un trato. Será mantenido.

Roda sonrió otra vez.

—«Por tanto trata gentilmente al infiel y asegúrale un agradable descanso» —recitó en tono de broma.

Sanusi se estremeció al oír la blasfemia, pero continuó mirándome.

—Mañana a estas horas, señor Fraser, habré trasladado mi cuartel general y las consideraciones de seguridad que nos han obligado a

retenerle aquí habrán terminado. Usted y la mujer quedarán libres. ¿Está usted de acuerdo, comandante?

—Naturalmente, *Boeng* —el rostro de Suparto se mostraba completamente impasible.

—Mientras tanto, el comandante procurará que su encierro aquí no sea muy desagradable.

—Gracias, general.

—Como verá, mantenemos nuestras promesas.

Con la barbilla orgullosamente levantada salió del despacho dando grandes zancadas. Roda me saludó con la cabeza y le siguió.

Suparto me miró.

—¿Lo ve? Ha sido mejor que se presentara usted.

—¿Usted cree? Ya veo por qué le resulta tan fácil despreciarles.

Se encogió de hombros.

—Por lo menos podrá pasar una noche tranquila descansando.

Me condujo hasta la puerta del despacho. Volvimos a recorrer el pasillo, pasamos a través de las puertas giratorias y subimos al apartamento.

El hombre que había junto al teléfono estaba dormido. El oficial de las piernas torcidas le dio una patada que le hizo ponerse de pie al entrar Suparto.

Suparto miró a su alrededor, fue hacia la radio y la enchufó. El locutor había empezado a leer un comunicado emitido por el cuartel general del partido de Liberación Nacional anunciando que se habían restaurado la paz y el orden en todas las provincias. Suparto la desconectó de nuevo.

—Esta mañana —dijo— una bomba del enemigo estropeó el generador de energía de la emisora. A petición de *Boeng* Sanusi, el *tuan* aquí presente ha arreglado el desperfecto y restituido la energía. Nuestro *Boeng* ha felicitado al *tuan* por su lealtad y su habilidad, y ha dado órdenes estrictas de que tanto él como la mujer que está con él, sean tratados con la mayor corrección. Continuarán en el apartamento, pero ya no es necesario que haya un vigilante en la terraza, ¿entendido?

Hubo un murmullo de aprobación. Suparto se acercó al carrito de las bebidas, cogió una botella de whisky y salió a la terraza.

Yo le seguí.

Fuera de la ventana del salón se detuvo y llamó al centinela desde allí. Cuando el hombre llegó le ordenó que se retirara.

—No hará la tontería de escaparse, ¿verdad, señor Fraser?

—Lo único que quiero es descansar.

Me puso la botella en la mano.

—Nosotros no usamos esto —dijo—, tal vez le ayude a dormir.

Se dio la vuelta y entró otra vez.

Caminé por la terraza.

Rosalie había oído nuestras voces y estaba de pie junto a la ventana, esperándome. Al acercarme, dio la luz.

Mi aspecto debió sorprenderle, me sorprendió incluso a mí cuando me miré en el espejo, pero no dijo nada. Estaba esperando a que yo diera el primer paso.

Dejé la botella y la besé. Se abrazó a mí durante un momento, después sonrió.

—He oído lo que ha dicho el comandante, ¿es cierto?

—Más o menos. De todos modos, tenemos una recompensa. Nos van a tratar con consideración. Ya ves, el centinela se ha ido.

—¿Quieres decir que podemos marcharnos?

—Bueno... —vacilé..., Todavía no. Te lo contaré dentro de un minuto. Primero tengo que lavarme.

Me observaba atentamente, y yo supe que no iba a ser capaz de fingir ante ella por mucho tiempo. Me di la vuelta como si me fuera a quitar la camisa y vi que había platos de comida y fruta sobre la mesa.

—No has comido, pedí que te lo trajeran.

—¿Creías que podía comer sin saber lo que te había pasado?

—El arroz estará frío —dije estúpidamente.

No me contestó. Estaba pensando aún qué era lo que no le había dicho. Miré la habitación. No sé cómo había conseguido quitar el polvo y los cascotes y arreglarla un poco. Quería hacer algún comentario sobre aquello, pero no me salían las palabras.

Me senté en el borde de la silla y empecé a desabrocharme la camisa. Cuando lo estaba haciendo, se arrodilló delante de mí y me quitó los zapatos que estaban chorreando. Intenté desabrocharme, pero tenía los dedos doloridos y arañados y uno de los botones se enganchó en un hilo que estaba suelto. En un arranque de ira me lo arranqué. Ella alzó la vista y murmurando una disculpa, empezó a ayudarme. Cada trozo de tela que llevaba olía a sudor, a petróleo y a agua sucia. Cuando estuve desnudo, cogí toda la ropa y la arrojé a la terraza. Ella sonrió.

—Mientras te bañas, te prepararé ropa limpia.

Afortunadamente, todavía había mucha agua en el cuarto de baño. Tuve que enjabonarme varias veces de arriba abajo para poder quitarme el olor a petróleo.

Cuando volvía a la habitación Rosalie había apagado la lámpara del techo, para que no hubiera tanta luz y había encendido la de la mesilla. Me tenía preparada la ropa limpia sobre la cama, y también había puesto un *sarong* cuidadosamente doblado.

—Puedo lavarte alguna ropa, pero no la puedo planchar. Solamente tienes esos pantalones blancos y dos camisas más. Allí hay

algunas cosas de Roy, pero no te valdrán. Quizá sea una locura pensar en estas cosas ahora, pero...

—No. Tienes mucha razón. Además, un *sarong* resultará muy cómodo. En Tangga me lo ponía muchas veces.

—¿No te importa que éste sea mío?

—¿Importarme?, si es una preciosidad.

Me miró críticamente mientras me lo ponía.

—Tal vez otros tipos de tela le sienten mejor a un hombre —dijo al cabo de un rato—, pero no resulta afeminado.

—Bueno, ¿tienes otro para ti?

—¡Oh, sí! Pero mientras tú no estabas aquí y el centinela estaba fuera, era mejor parecer lo más europea posible. Con un batín parezco aún más sundanesa.

—Entonces muéstrate sundanesa.

Sonrió, se dirigió al otro extremo de la habitación y empezó a quitarse el vestido. En la habitación contigua enchufaron la radio.

Abrí la botella de whisky de Jebb que me había dado Suparto y me tomé dos vasos. Me bebí uno de golpe. Después volví a llenar el vaso y me lo llevé conmigo a la cama. El golpe del estómago empezaba a dolerme y me tumbé cuidadosamente. Cuando estaba completamente estirado, sin embargo, empezaron a relajárseme los músculos, el dolor desapareció y una deliciosa somnolencia se apoderó de mí. En la habitación vecina una voz anunciaba en la radio que el general Sanusi dirigiría en breve un mensaje al mundo. Cerré los ojos.

Algo me corría por los dedos de la mano derecha y entreabrí los ojos. Rosalie estaba quitándome el vaso de la mano. El pelo le caía por los hombros. Tenía el *sarong* abrochado en la cintura y llevaba un chal estrecho enrollado sobre el pecho como una campesina. Estaba muy bella. Me quedé quieto observándola mientras colocaba el vaso cuidadosamente en la mesilla de noche. Entonces, me miró y vio que no estaba dormido. Sonrió y se sentó en el borde de la cama. Le tomé la mano.

—Es mejor que te diga una cosa.

—Ya lo sé, pero estás muy cansado. Duerme primero.

—Sanusi dijo que mañana a esta hora habrá trasladado su cuartel general y que quedaremos libres.

—¿No decía la verdad?

—Sí, por supuesto, pero hay cosas que él no sabe.

—Cuéntamelas.

—Le han tendido una trampa; todo era una trampa. La guarnición que dejó la ciudad desprotegida; las promesas de los hombres en los que creía poder confiar de que pondrían a sus tropas de su lado; confirmaciones de que el país estaba esperando su liderazgo; halagos a su vanidad. Las advertencias de que si dudaba estaría perdido.

Cualquier cosa para hacerle bajar de las montañas con todos sus hombres y que los tanques y fusiles del gobierno pudieran entrar y destrozarle. Bueno, pues ha resultado bien. El cree que mañana se trasladará al palacio presidencial. No es así. Estará aquí luchando por su vida, y no creo que tenga ninguna posibilidad de ganar.

Había estado mirándome la mano. Ahora, sus ojos miraron directamente a los míos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Es mejor que te quedes al margen de este asunto.

—¡El comandante Suparto!

Era una afirmación, no una pregunta. Yo no dije nada.

—Todavía pueden huir a las montañas.

—No muchos. Y desde luego creo que ninguno de los que están en este edificio. Saben perfectamente dónde está Sanusi.

—Mañana estaremos otra vez en peligro.

—Me temo que sí.

Me tomó la mano, inclinándose sobre mí, y me la apretó sobre sus pechos de forma que mis dedos tocaron uno de sus pezones. Noté que se le endurecía, y ella sonrió.

—Ya ves, no estoy asustada.

Me oprimió la mano y después se alejó.

—Ahora debes dormir. Creo que yo también me voy a acostar.

Se tumbó en su cama, mirando al techo. Observé su cara durante un rato y después cerré los ojos. Al cabo de un momento le oí decir mi nombre.

—¿Sí, Rosalie?

—Tal vez mañana deberíamos ponernos la ropa limpia.

7

El ataque a la ciudad comenzó justamente antes del amanecer. Al principio pensé que lo que me había despertado eran las voces de los hombres que estaban en el salón. Estaban discutiendo, y había otro hombre hablando por teléfono. Seguía repitiendo la palabra «imposible». La discusión parecía girar en torno a alguien llamado Dahman que había movido sus tropas sin autorización.

Entonces fui consciente de un ruido sordo e irregular que sonaba como si en algún lugar del edificio, debajo de nosotros, el viento estuviera cerrando de golpe una puerta pesada acolchada. Pero no era el viento.

Rosalie estaba mirando hacia la bahía. Cuando me acerqué a ella, dos llamaradas naranjas en forma de cono hirieron la oscuridad. El sonido tardó tres segundos en llegar y al resonar contra las ventanas, hubo dos fogonazos más. Esta vez pude echar una rápida mirada a la forma que se veía detrás de ellas, y supe por qué las fortalezas que controlan el acceso por mar a Selampang no se habían rendido a Sanusi. La marina sundanesa constaba sólo de cinco barcos: una gabarra que actuaba de faro, tres pequeñas embarcaciones de patrulla y el buque insignia que era un viejo destructor que el gobierno le había comprado a los ingleses y al que le había puesto el nombre de Semangat. Lo había visto en Port Kuail. Tenía cuatro cañones de 4,7 pulgadas.

Estaba disparando sobre una zona que había a la izquierda del hipódromo, y se podían ver los fogonazos de los disparos reflejados en el humo de los anteriores, que se disipaba. Rosalie dijo que los cuarteles estaban en aquella dirección.

—¿Qué debemos hacer? —añadió.

—No podemos hacer nada.

Volvimos a entrar y se tumbó junto a mí en mi cama, escuchando. Dos hombres de la habitación de al lado habían salido a la terraza y estaban discutiendo la situación en voz baja.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Rosalie.

—No sé mucho de esto. Imagino que esa gente ha establecido algún tipo de línea de defensa en las afueras. Si es así, el otro bando con sus tanques y sus cañones encontrarán el lugar más débil y se abrirán paso por la fuerza. Este bombardeo naval es solamente un aviso preliminar. Supongo además que lo hacen para impresionar a la población civil. Pero serán los tanques y los camiones los que decidan. A menos que Sanusi tenga tanques y cañones para contraatacar, no podrá hacer nada para detenerles. Estoy seguro de que no tiene

tanques.

—¿Tiene cañones?

—Hay dos cañones antitanques abajo, en la plaza. Supongo que tendrá algunos más repartidos por la ciudad. No sé cómo son de viejos los tanques del gobierno, pero a menos que sean verdaderamente antiguos el disparo de esos cañones no podría hacerles ni una abolladura. Podrían detener un carro blindado ligero, pero una cosa más pesada, no.

—¿Qué pasará entonces?

—Eso depende del ímpetu con que peleen estas gentes.

—Pero tú has dicho que no pueden ganar.

—No creo que puedan. Sólo es cuestión de lo que tarden en vencerles.

Guardó silencio un momento, y luego añadió:

—¿Quieres decir en matarlos a todos?

—En cualquier caso, a la mayoría.

—Se pueden rendir.

—Claro que pueden. Esperemos que lo hagan.

—Sí, esperémoslo.

Debía de haber imaginado por mi tono de voz que yo no creía que fueran a hacerlo. El gobierno, con toda seguridad, no iba a dejar a Sanusi salir de la trampa una vez que le habían metido en ella y Sanusi no iba a ser tan loco que se creyera cualquier promesa que pudieran hacerle. Además cuando se inicia la lucha en las calles y los hombres empezaran a matar a quemarropa sería muy difícil rendirse.

Recordé a un sargento de fusileros que había conocido en Burma. Fue unas semanas antes de que entráramos en Mandalay. Mi compañero había estado abriendo una pista de aterrizaje avanzada y estábamos esperando que nos enviaran a otra misión. Este sargento se había entrenado en el Octavo Ejército, en Italia, y como los dos estábamos en el desierto con Anchinleck, empezamos a hablar. Había tenido la experiencia de luchar en la calle contra los alemanes, y después se hizo instructor de esta especialidad.

Se había convertido para él en una pasión que incluso él mismo reconocía como un poco enfermiza. A pesar de eso, estaba deseando que llegáramos a Meiktila para ensayar sus habilidades con los japoneses.

—«Es un arte el ocupar un edificio —me había explicado entusiasmado—. Es un arte sangriento. Si sabes hacerlo no pueden detenerte. Lo que tienes que hacer, antes que nada, es acercarte lo suficiente; ese es el punto clave. Sin embargo, suele haber muchos sitios para cubrirte: agujeros producidos por las bombas, ruinas y cosas así, pero tienes que tener paciencia. Arrástrate, ábrete camino excavando, si tienes que hacerlo, pero no empieces hasta que no estés

a menos de treinta metros de una ventana. Entonces corre como un loco. Primero lanza una granada de cuatro segundos y luego síguela. Para cuando consigas entrar ya se estarán mojando encima, si les ha quedado algo para mojarse. Después recorres toda la casa. Rápido como el rayo. Todas las habitaciones. Primero una granada y luego tú. No importa lo que haya, ni tampoco quien esté allí. Luego, péinalo todo con tu ametralladora. Si es una casa endeble, provoca una explosión en el techo y cógeles agachándose. Pero no te pares ni un segundo. Sé tan rápido como el rayo. Primero una granada y luego tú, con tu vieja ametralladora, disparando alegremente. No te asustes por nada. Ellos están más asustados que tú, porque tú eres el que atacas. Ciégalos y luego golpéalos con cualquier cosa. Y cuando te quedes sin municiones, sigue atacando mientras ellos estén aturdidos. ¡Con un cuchillo, con una pala, lo que sea! Sigue, no hay nada que pueda detenerte, amigo. Yo lo he visto, lo he hecho, lo sé.»

No me cabía duda de que lo sabía.

Nos acercamos otra vez a la ventana.

Una cortina de humo se cernía sobre la zona donde estaban los cuarteles. El destructor había dejado de disparar y estaba allí parado, inocentemente, en la superficie suave y espumosa de la bahía. Hubo dos explosiones de fuego automático ligero y una o dos explosiones que podían ser de cañones antiaéreos que habían entrado en acción. En la habitación conectaron la radio. La emisora estaba transmitiendo una grabación del discurso sobre política exterior que Sanusi había dado la noche anterior, traducido al, indostaní. Caí en la cuenta de que la emisora debía de haber estado transmitiéndolo durante toda la noche en varios idiomas, y me pregunté qué potencia de salida le estaría sacando Osman al generador. Abajo, en la plaza, se oyó el ruido de unos camiones que se ponían en marcha y se iban.

—Tengo hambre —dijo Rosalie.

—Y yo.

Nos repartimos el arroz que estaba frío y después tomamos un poco de fruta. Mientras estábamos comiendo, los cañones del destructor volvieron a abrir fuego, pero esta vez no les dimos importancia. Creí que podía adivinar lo que estaba pasando. Con la oscuridad no habían apuntado bien al disparar. Como resultado, cuando los tanques y la infantería habían avanzado, se encontraron con más oposición de la que habían esperado. Los cañones habían sido requeridos para contrarrestar algún ataque adecuadamente observado antes de que se reanudara el ataque. Le conté a Rosalie esto que yo imaginaba como si se tratara de un hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Así es como pasan estas cosas. Pronto, el general emitirá un

comunicado. Dirá que se ha rechazado un ataque al anillo de defensa exterior en el que el enemigo ha sufrido grandes bajas a cambio de casi ninguna por parte de la defensa. Pero también anunciará una retirada táctica a unas posiciones más fuertes, previamente preparadas para reforzar el frente.

—¿Eso qué quiere decir?

—Son los términos de la retirada. Y creo que pronto oiremos hablar mucho de esto.

Los dos oímos los aviones al mismo tiempo. Cuando estábamos tirándonos al suelo, uno de los hombres que estaban en la terraza empezó a gritar órdenes a los de las ametralladoras situados en el tejado. Empecé a echar la alfombra por encima de nuestras cabezas y entonces me acordé de que ya no quedaban cristales en las ventanas y que no teníamos por tanto que preocuparnos de eso. Así que tiré la alfombra y abrí las cortinas.

—Allí —dijo Rosalie.

Entonces los vi. Eran tres aviones de los que nos habían bombardeado el día anterior, pero ahora volaban a una altura de casi dos mil metros. Se oyó un ruido como el do un taladro mecánico sobre nuestras cabezas cuando las ametralladores del tejado empezaron a disparar y cayeron algunos trozos más de yeso del techo, casi directamente encima de nosotros. Cuando el artillero giraba, una nube de cartuchos vacíos que salían despedidos caían zumbando en la terraza. Los artilleros debían saber que a esa distancia no podían alcanzar ni una casa, pero siguieron disparando igual.

Algo empezó a caer desde los aviones. Al principio parecían cargas incendiarias. Después, los puntos negros del cielo parecieron separarse y dejaron de caer, y entonces me di cuenta de que lo que arrojaban eran octavillas. Los hombres de la otra habitación se dieron cuenta al mismo tiempo y salieron corriendo a la terraza. Se quedaron mirando hacia arriba y gritando nerviosamente.

La aviación sundanesa no debía de ser muy buena bombardeando sus objetivos, pero con los panfletos era muy certera. Un minuto después del lanzamiento, el cielo que cubría la plaza Van Riebeek se llenó de ellos. Caían revoloteando en perfecta formación. De repente, los hombres que estaban en la terraza empezaron a correr de un lado a otro, saltando arriba y abajo, dando manotazos en el aire cuando la primera de las octavillas estuvo a su alcance. Era un espectáculo fantástico. Dos de ellos, que querían coger la misma hojita, se dieron un cabezazo cuando el papel se precipitó caprichosamente sobre el borde de la balaustrada. Hubo agudos gritos de protesta y Rosalie empezó a reírse sin control.

Estábamos todavía en el suelo y ella se tiró precipitadamente sobre la cama para acallar la risa. Yo me quedé junto a la ventana y

unos segundos después aproximadamente una docena de octavillas cayeron en la terraza. Una de ellas quedó a un metro de mí. Cuando vi que los hombres no las cogían todas me incliné y la cogí.

Tenía el mismo mensaje escrito por las dos caras, en malayo y en inglés. Rosalie ya se había tranquilizado y se lo llevé para enseñárselo.

No era muy largo. Estaba dirigida: A todos los ciudadanos leales de la República de Sonda, y decía así:

> *Durante las pasadas treinta y seis horas una organización criminal terrorista, que se denomina a sí misma partido Popular de Liberación Nacional, dirigido por un ex-oficial llamado Kamarudin b. Sanusi, aprovechando la ausencia del ejército de la República que había salido de maniobras, ha ocupado determinados edificios públicos de Selampang y otras ciudades de las provincias del sur, incluyendo oficinas de los periódicos y el edificio utilizado por Radio Sonda. Las declaraciones que los terroristas han hecho por radio y en ciertos periódicos, indican que tienen la intención de intentar, en contra de lo que está previsto en la Constitución de la República, derrocar por la presión al gobierno electo de la República. En nombre del poder que me otorga mi autoridad como Presidente de la República, he declarado, por lo tanto, estado de emergencia, y el citado Kamarudin b. Sanusi y sus partidarios han sido declarados enemigos de la República.*
>
> *En virtud de la ley de Seguridad pública de 1948, cualquier persona que preste su ayuda a un enemigo declarado de la República, o permita que otras' personas presten ayuda, puede ser condenada a la pena de muerte. El ejército de la República procederá ahora a administrar justicia. El inocente que no tiene nada que temer, dará la bienvenida a sus defensores. También es posible que haya personas que se arrepientan ahora de haber tomado parte en los desórdenes que han tenido lugar. Siempre que se rindan inmediatamente a las tropas que avanzan y le presten toda su ayuda, estas personas serán tratadas indulgentemente. Esto también puede aplicarse a los miembros del llamado TKK o ejército de seguridad popular. El hecho de desobedecer de inmediato todas las órdenes promulgadas personalmente por el oficial que dirige el ejército de la República, general Ishak o en su nombre, se considerará como un delito que será castigado con la muerte. Luchamos por la Libertad y la Constitución.*

A continuación aparecía la firma del presidente Nasjah y la fecha. Me manché los dedos con la tinta. Seguramente lo habían imprimido en Meja durante las últimas doce horas, pero alguien había tenido la

previsión de sacar copias de la firma y tenerlas preparadas con antelación. Cuando trataba con sus enemigos, por lo menos, el gobierno era eficaz.

Resalté el hecho ante Rosalie. Esta se encogió de hombros.

—No hay duda de que hay otros como el comandante Suparto. Dicen que ese cerdo de Ishak es muy inteligente.

—¿Qué crees que nos harán antes de matarnos? —lo dijo muy tranquilamente, pero había algo en el tono de su voz, que debía haberme advertido que tenía que tener cuidado. Pero no fue así, sin embargo. Yo me puse a releer la octavilla.

—¿A nosotros? —dije vagamente.

—Naturalmente. Dicen que ahora somos criminales.

—¿Qué quieres decir?

Señaló la octavilla.

—Tú les has ayudado con la radio y yo estoy contigo. Hemos tomado parte. No podremos rendirnos. Tal vez será mejor que nos maten aquí.

—Esperemos que no nos maten en absoluto.

—¿Esperar? Eso tiene gracia.

—No podemos hacer mucho más.

—Podemos suicidarnos.

Minutos antes, ella se había estado riendo porque algunos hombres estaban saltando y haciendo el ridículo. El cambio fue tan brusco que sonreí. Pero aquella sonrisa fue un fallo.

—¿Tienes miedo?

De repente la vi respirar agitadamente, y sus ojos brillaron llenos de odio.

—Sería muy fácil. Podemos saltar desde la terraza. Será rápido y no resultará doloroso. Pero si tienes miedo, lo haré yo sola.

Se levantó y la agarré del brazo.

—Rosalie, escúchame.

—¿Qué puede importar que una sucia euroasiática muera?

Entonces empezó a hablar en holandés y no pude entender gran cosa de lo que decía.

—Escucha Rosalie.

Me golpeó en la cara y volvió a intentar escaparse. La cogí por los brazos, la zarandeé y la obligué a echarse en la cama.

—¡Para, por Dios!

Me escupió. Después, durante un minuto, forcejeó conmigo como una loca; una loca con los ojos cerrados que me maldecía sin parar en holandés. Cuando, por fin, se calmó creí que se había desmayado o que era un truco para que la soltara, pero no era nada de eso. Al cabo de un rato, contuvo el aliento en un sollozo y empezó a llorar desesperadamente. Le quité las manos de encima y me senté en la otra

cama a esperar.

La octavilla yacía, arrugada, en el lecho junto a mí. Después de un rato, la cogí y volví a leerla. Para mí no era nada más que una proclamación de la ley marcial, pero a ella debió de haberle recordado el olor de la muerte. La rompí en pedacitos y deseé poder hacer lo mismo con el recuerdo del sargento experto en la lucha callejera.

Ahora ya estaba tranquila. Fui a buscarle un vaso de agua. Se había echado el pelo por la cara y no podía verle el rostro. Cuando me cogió el vaso, me volví y empecé a retirar los trocitos de yeso recién caídos del techo.

El ruido de la batalla había cambiado notablemente. El ataque aún venía del oeste, pero se podía distinguir el ruido de los cañones por separado. De vez en cuando se oía el estallido seco de un cañón antiaéreo. El destructor estaba otra vez silencioso. No se podía ver nada nuevo. El humo de los edificios en llamas se extendía por toda la zona. Pensé en la gente que se amontonaba en las cabañas de las orillas del canal y que estaban cerca del fuego, y me pregunté qué les estaría pasando. ¿Saldrían gritando, intentando llegar al centro de la ciudad o se esconderían amontonados temblando dentro de sus casas, esperando a que el terror no se fijara en ellos? Esperaba que hubieran hecho esto último. Los tanques y los camiones permanecerían en las carreteras cubiertas de grava lo más que pudieran y los defensores escogerían edificios sólidos desde donde poder contraatacar mejor que desde las orillas del canal. Tal vez, después, cuando los defensores abrieran brecha y empezara el proceso de acabar con el enemigo, sería más aconsejable unirse a la matanza y demostrar así su lealtad a los vencedores, pero, por el momento presente, era más seguro permanecer pasivo.

Oí a Rosalie dejar el vaso vacío y dirigirse al espejo. Terminé de recoger el yeso y la miré. Se estaba cepillando el pelo. Me vio en el espejo, mirándola, y dejó de cepillarse. Fui hacia ella y le puse las manos en los hombros. Se volvió para mirarme.

—¿Supongo que ahora debes odiarme?

—No.

—¿No estarás fingiendo porque te doy pena?

—No.

—Si te enfadaras conmigo y me pegaras por lo que dije, me sentiría más segura.

—La mayoría de las cosas que dijiste, no las entendí.

—No eran muy correctas.

—Ya lo sé. Dijiste algo sobre mi piel.

Se puso colorada.

—¿Entendiste eso? Lo siento. Lo dije para humillarte.

—¿Te da asco la piel europea?

—A veces —me miró desafiante—. Ya lo ves. No estoy fingiendo. Y a veces mi propia piel me da asco, porque es muy oscura. La de mi padre era más clara, mucho más clara que la tuya. Tú eres casi tan moreno como yo. Me gusta oler y tocar tu cuerpo y sentir su fuerza. No pienso: «Es europeo, y yo soy indo.» Sólo pienso: «Es bueno ser mujer con un hombre como éste.» Pero a veces es diferente. Ya sabes cómo piensan de mí estos hombres. Así pienso también yo de mí misma. Una parte de mi ser es europeo. A veces la odio y me gustaría matarla.

—¿Qué te hizo sentirte así, precisamente ahora? ¿Fueron las octavillas? No cambian nada, ¿sabes?

—Tal vez, no. No lo sé. Pero me reí de esos oficiales bailando como niños pequeños cuando alguien les echa unas monedas y se les olvida que están asustados. Entonces, cuando me enseñaste lo que ponía en el papel fue peor de lo que había sido antes. Era como estar esperando que vinieran los *pemoedas*, y deseaba que muriéramos los dos —me miró con ansiedad—. ¿Lo entiendes?

—No del todo. Tal vez tendría que ser indo para entenderlo por completo.

Ella asintió.

—Sí, puede que sea así. Es curioso oírte emplear esa palabra.

—Tú la empleaste.

—¿Y no me odias por lo que te dije?

—No.

—Rodéame con tus brazos.

Unos minutos más tarde, dijo:

—Realmente no me importa tener que morir, pero me asusta que me hagan daño.

—Ya lo sé, a mí también. Y a los hombres que están en la otra habitación. Los que manejan los cañones también están asustados. Todos lo están. Los indos, los sundaneses, los europeos, todo el mundo. No te pasa nada especial.

—Eso no es muy correcto.

—No tengo que ser correcto contigo. Es parte de nuestro trato.

Entonces sonrió.

—¿Lo recuerdas? Era muy práctico.

—Desde luego. Y morir no formaba parte del acuerdo. Si uno de los dos resulta muerto o herido por haber estado aquí, eso es otra cuestión, pero no vamos a matarnos nosotros mismos.

—No es gran cosa suicidarse —estaba todavía sonriendo.

—Para mí sí lo es. Pase lo que pase, no vuelvas a pensar eso otra vez, ¿de acuerdo?

La sonrisa desapareció de su rostro y me miró con curiosidad.

—¿Te importa realmente?

—Sí, me importa.

Al cabo de un rato asintió.

—Entonces mientras estés tú aquí, no volveré a pensarlo.

Se recogió el pelo hacia arriba y retorciéndoselo se hizo un moño en lo alto de la cabeza.

—Aún queda agua en el cuarto de baño. Tal vez deberíamos usarla mientras podamos.

Fue un cambio de tema tan brusco que me hizo reír.

Frunció el entrecejo.

—No será divertido si no podemos bañarnos.

—Tienes razón, no lo será.

—¿Quieres ir tú primero?

Todavía estaba molesta porque me había reído de ella.

—No, ve tú delante. Si usas demasiada agua te pegaré.

Sonrió. Le había gastado una pequeña broma y gracias a eso había recobrado la calma. Todo iba bien.

—¿Puedo ponerme tu albornoz?

—Claro.

Cuando se hubo ido me tomé una rodaja de papaya, encendí un cigarrillo y salí a la terraza. El oficial de las piernas torcidas estaba de pie, al fondo, mirando tristemente la nube de humo. Me saludó cortésmente cuando me vio y yo le devolví el saludo. No hablamos nada.

El tiroteo había remitido considerablemente y sólo se oían algunas ráfagas aisladas. Era como si ambos contendientes estuvieran manteniendo una aburrida discusión, pero no se decidieran a terminarla. Aquel pensamiento me reconfortó. Desgraciadamente no podía también ocultarme a mí mismo que los ruidos que sonaban parecían estar mucho más cerca que una hora antes.

Abajo en la plaza salpicada de octavillas se desarrollaba una actividad febril. Estaban cavando trincheras y colocando dos cañones antiaéreos en los pozos llenos de sacos terreros, para que pudieran cubrir los dos accesos occidentales de la plaza. Uno de los socavones de las bombas estaba siendo empleado como cuartel general y el otro como depósito temporal de municiones. Los ruidos que llegaban del vecino Ministerio de Salud Pública indicaban que también se estaban preparando para defenderse. Inmediatamente debajo, junto al cráter que había inundado la habitación del generador, algunos hombres estaban descargando morteros de tres pulgadas de un camión. Había otros hombres sentados en el suelo poniéndoles las espoletas a las granadas.

Por lo que pude ver, sólo había un pequeño grupo de hombres en

toda la plaza que hubieran podido resultar de interés para el capitán de un carro blindado. Estaban agachados debajo de los árboles tranquilamente tomando arroz de sus tazones con los dedos. Cuidadosamente apostados en un montículo, junto a ellos, había dos bazucas americanos.

Alguien entró en el salón. Con el rabillo del ojo vi al oficial de las piernas torcidas dar media vuelta y entrar rápidamente. Un momento después reconocí la voz de Suparto. Justamente en aquel momento el fuego era intenso y abajo en la calle había un camión que resollaba y petardeaba mientras el conductor aceleraba. Volví a la habitación para intentar oír lo que estaban diciendo a través de la puerta.

Desde allí no se oía gran cosa. Podría decir, por el tono de su voz, que estaba dando órdenes, pero eso era todo. Se produjo una pausa, y escuché pasos en la terraza. Tuve el tiempo justo para retirarme de la puerta antes de que Suparto entrara por la ventana.

Me saludó y echó un vistazo rápido a la habitación.

—Se está bañando —dije.

Asintió con la cabeza.

—Me alegro. No dispongo de mucho tiempo y lo que tengo que decirle es algo privado.

—Pueden oírle en la otra habitación.

—No hay nadie en la otra habitación. De momento Sanusi va a trasladar en breve su cuartel general.

Se sentó fatigosamente y estiró las piernas. Los huesos de sus mejillas sobresalían agudamente y tenía la piel del color del pergamino. Caí en la cuenta de que debía de llevar tres días sin dormir. Sin embargo, su uniforme estaba impecable, como siempre.

—¿Puedo saber qué está pasando ahí abajo?

—En cuanto se presente la ocasión habrá una declaración oficial. El coronel Roda la está redactando en este mismo momento.

—Déjese de bromas, comandante, por favor.

Sonrió.

—Le pido disculpas, me estaba dejando llevar. Sólo pensar en el coronel Roda, que me desagrada enormemente, intentando valientemente disimular una situación que es ya desesperada, me resulta francamente divertido.

—¿Está seguro de que no hay nadie ahí que pueda escucharle?

—Veo que está nervioso esta mañana, señor Fraser.

—Sí.

—Bueno, admito que esta espera es desagradable. Por lo que yo sé, la situación actual es la que sigue. Las tropas del general Ishak se abrieron paso sin dificultad a través de las posiciones exteriores de defensa. Sin embargo, algunas tropas rebeldes fueron dirigidas con más habilidad de la que esperábamos. En vez de esperar a que las

absorbieran, avanzaron. Como resultado, el general Ishak no encontró oposición y tuvo que buscar otro objetivo.

—Usted ha dicho que la situación era ya desesperada.

—Efectivamente. Los rebeldes han retrasado la derrota durante unas horas. Eso es todo. Ahora ya no pueden escapar.

—¿El general Sanusi sabe eso?

—Todavía no —hizo una pausa—. De eso era de lo que quería hablarle, señor Fraser. En el curso de las próximas horas el general Sanusi va a descubrir algunos hechos muy desagradables, y llegará el momento en que se dará cuenta de lo que ha pasado. Es un hombre equivocado, pero no está loco. Verá los rostros de los que le rodean, y pensará a quién tiene que agradecer la derrota. Buscará en los dos últimos años e intentará recordar todo lo que se ha hecho y lo relacionará con la situación actual. ¿Comprende?

—Sí, lo comprendo.

—Como le he dicho, no es un loco, y puede ocurrir que llegue a la conclusión correcta. Si lo hace y yo estoy allí, me mirará a la cara. En ese caso, no dudo que podría matarle antes de que él me matara a mí, pero seguramente a mí me matarían un momento después. ¿Lo sigue entendiendo?

—Creo que sí. Usted ya ha cumplido su trabajo y va a quitarse de en medio.

Me observó cuidadosamente. Por primera vez me dio pena de él. Era un hombre valiente que había corrido tremendos riesgos para servir al gobierno de su país, y aunque yo no conocía sus motivos, me resultaba difícil creer que la ambición personal ocupara un lugar sobresaliente entre ellos. Incluso era posible que fuera un patriota. Pero patriota o no, no era lo suficientemente insensible como para disfrutar aquel momento de triunfo. Era comprensible que sospechara de mi ironía.

—¿Está usted sorprendido, señor Fraser?

—¿Por qué iba a estarlo? Usted ha arriesgado su vida porque lo creía necesario. ¿Por qué iba a seguir haciéndolo si ya no lo es?

—Estas cosas no pueden decidirse siempre con tanta lógica. Le pido que me crea cuando le digo que no soy un traidor por naturaleza.

—Estoy seguro de ello. Dije que usted era un ser humano. Pero, déjeme preguntarle, ¿por qué corre este riesgo? Supongamos que Sanusi triunfa. ¿Sería tan desastroso? El gobierno actual puede gozar de su lealtad, pero creo que no gozará de su aprobación.

—¿Aprobación?, señor Fraser. Detesto a la banda de Nasjah tanto como al coronel Roda. Sanusi tiene razón en cuanto a algunas cosas. Nosotros no nos ganamos la independencia de los holandeses. Las circunstancias la pusieron en manos incompetentes. Pero no tenemos manos competentes. Por lo tanto, la revolución es inútil. Lo que esta

nación necesita es tiempo para aprender a gobernar. Mientras tanto tenemos que escoger el mal menor. El gobierno de Nasjah está corrompido y es incompetente, y por eso los extranjeros se ríen de nosotros. Pero ya ha oído a Sanusi. El no es un hombre diabólico. Como comandante militar es excelente. Como ministro de Información podría desempeñar un servicio útil. Pero ¿qué tiene que ofrecer como líder de la nación? ¿Más mezquitas para Selampang? Excelente. Pero, ¿qué más? Solamente la disciplina sugerida por hombres como Roda, hombres hambrientos de poder. Prefiero a la banda de Nasjah. Son débiles, pero con ellos, por lo menos, el mecanismo de representación del gobierno está asegurado y puede realizarse un cambio progresivo. Al final, si los americanos y ustedes los ingleses no se meten por medio, conseguiremos un desarrollo sano y fuerte. Pero necesitamos tiempo y paciencia.

—Puede que no sean los ingleses ni los americanos los que se inmiscuyan.

—¿El comunismo quiere decir? Esa es una pesadilla para ustedes, pero no para nosotros. Ah, sí, ya lo sé. Usted ha visto la propaganda por las cabañas. Pero eso es lo único que se ve, y también es lo único que hay. Si yo pudiera creer que entre toda la gente corriente de Sonda había hombres lo suficientemente capaces y decididos como para crear una eficaz organización política de distrito de cualquier tipo, sería feliz.

—Entonces le deseo suerte, comandante. ¿Cómo se va a marchar?

Se levantó.

—Les diré que he decidido llevar a cabo una salida de reconocimiento de la situación en la ciudad. Las tropas de Sanusi están retrocediendo hacia el centro. Hay una gran confusión por todas partes. No me será difícil atravesar las líneas. Y me están esperando.

—Ya veo. Ha tenido un buen detalle viniendo a contármelo.

—Esa no es la única razón por la que he venido. Naturalmente informaré al comandante de las fuerzas asaltantes de su presencia aquí, para que advierta a las tropas que es usted amigo.

—Gracias.

Me miró incómodo.

—No puedo prometerle que esto le sirva de ayuda.

—No, ya lo comprendo.

—También tengo que darle un consejo. Probablemente este edificio será bombardeado. Nuestros artilleros navales no son muy hábiles, pero es posible que atinen alguna vez con sus disparos. A menos que se vea obligado a ello, no baje de este piso. Al final estará aquí más seguro. No necesito decirle que, si le es posible, procure evitar a Roda. Los hombres que están desesperados siempre son peligrosos.

—Sí.

—¿Tiene aquí agua y comida suficiente?

—¿Suficiente para cuánto tiempo?

—Hasta esta noche.

—Creo que nos vendría bien un poco más de agua para beber.

—Venga conmigo.

Le seguí a la terraza y a través del salón, hasta la cocina.

Quedaban tres botellas de agua en el frigorífico.

—¿Tendrán bastante con una botella?

—Creo que sí.

—Bueno, otra cosa más. Sería mejor que se vistiera a la europea.

—He guardado algunas ropas limpias especialmente para esta ocasión, comandante, pero hace un día muy caluroso. ¿Cree que debo ponerme corbata?

Me dedicó una sonrisa glacial.

—El sentido del humor es algo excelente en tiempos como estos. Ayuda a un hombre a tomarse las cosas con filosofía —fuera se oían voces a lo largo del pasillo—. Entre, señor Fraser —añadió, y después se volvió y salió rápidamente. Cuando volví, pasando por el salón, pude oír su voz en el pasillo.

—Todo está dispuesto, *Boeng*. ¿Debo ordenar que le traigan el café?

Rosalie acababa de volver. Nos había oído hablar en la cocina y estaba deseosa de saber lo que pasaba.

Le conté brevemente la mayor parte de lo que sabía.

—¿Y acabará todo esta noche? —me preguntó.

—Eso parece.

Nos miramos en silencio durante un momento, entonces respiró profundamente e inclinó la cabeza.

—Entonces...

—Sí —tomé mi toalla—. Creo que es hora de que vaya a afeitarme.

8

El bombardeo del área que rodeaba la plaza empezó a la una.

Desde tres horas antes, las tropas insurgentes se habían retirado de las posiciones de vanguardia y ocupado la manzana de edificios que incluía la Casa del Aire y el Ministerio de Salud Pública. Al volver del baño, me asomé a la balaustrada y vi cómo sacaban otros dos cañones antiaéreos a través de la puerta de las oficinas de la terminal aérea de abajo, y un camión lleno de heridos que iba en dirección de Telegraf Road. Los únicos civiles que se veían eran niños. Algunos permanecían de pie, aterrorizados y en silencio, observando a las tropas; otros, estaban jugando descaradamente, a las guerras alrededor de un agujero producido por una bomba y saltando dentro y fuera de las trincheras.

Un poco después de las once, se oyeron violentas explosiones. Parecían venir de una distancia de un kilómetro y medio en dirección norte. Inmediatamente después del primero, el teléfono de la habitación contigua empezó a sonar. Durante la media hora que siguió, casi no hubo un solo momento en que Sanusi o Roda no estuvieran al teléfono, pero la mayoría del tiempo había tanto ruido fuera que, aunque podía captar algunas palabras y frases extrañas, no podía darle sentido a lo que decían. De vez en cuando Sanusi y Roda salían a la terraza y discutían en torno a un mapa. Si estaban empezando a llegar malas noticias era evidente que no querían que su personal se enterara de muchos detalles. En medio de la conferencia, llamaron a Roda por teléfono otra vez, pero Sanusi se quedó en la terraza, manoseando el mapa, intranquilo, y mirando a la plaza. Al cabo de unos minutos Roda volvió y mantuvieron otra discusión secreta. Al parecer tomaron alguna decisión, porque al final Sanusi asintió y ambos se volvieron y entraron en la habitación. Unos minutos después pusieron la radio, y supuse que habían dejado a su estado mayor ocupado de sus propios asuntos.

El comunicado oficial estaba siendo transmitido a intervalos de quince minutos y una parte de él era muy parecida a la que yo me había inventado aquella misma mañana para hacernos reír. Sir embargo, el resto no era tan divertido. Las personas que habían intentado impedir los movimientos del ejército de Liberación Nacional habían sido fusiladas. Otras veinte habían sido arrestadas como sospechosas de haber cometido actos de sabotaje y estaban siendo interrogadas. También se advertía que las personas que no obedecieran las órdenes de inmediato o se resistieran a ayudar al partido de Liberación Nacional en su lucha contra los colonialistas

reaccionarios que estaban intentando destruir la voluntad del pueblo, serían expuestos a un juicio sumarísimo y serían encarcelados, confiscándoseles todos sus bienes.

Rosalie empezó a preocuparse por su hermana y por Mina. La lucha parecía trasladarse hacia el sector donde vivían, y ella tenía miedo de que, si intentaban huir, se metieran en problemas peores cuando las fuerzas del gobierno empezaran a acercarse desde el este. Hablamos de esto durante un rato, pero no hice ningún esfuerzo para tranquilizarla. No era sólo porque sabía que sería inútil lo que le pudiera decir, sino porque esperaba que cuanto más preocupada estuviera por su hermana y por Mina, menos pensaría en sí misma.

Un poco después del mediodía hubo dos explosiones extraordinariamente violentas que hicieron caer algunos fragmentos más de yeso, y a los pocos minutos vimos dos columnas de humo que se extendían sobre los depósitos que había en dirección a la ciudad vieja. Rosalie dijo que una de las compañías petrolíferas tenía sus depósitos de gasolina en esa zona, pero me parecía que el humo era el resultado de las cargas de demolición. Pensé que tal vez los defensores estaban intentando ahora retrasar los movimientos de acoso y cerco del gobierno volando los puentes de los canales, y me pregunté si ya sabían que eran enemigos y no amigos los que estaban esperando al otro lado.

No tuve que esperar mucho tiempo para conocer la respuesta. Durante la mañana había encontrado un paquete de naipes en un cajón, donde Jebb tenía sus cosas, y desde entonces, a ratos, me había dedicado a enseñarle a Rosalie a jugar al gin rummy. Acabábamos de sentarnos para terminar una partida interrumpida cuando se oyó movimiento en la habitación contigua y apagaron la radio. Sanusi y Roda habían vuelto.

Durante unos minutos se produjo un tranquilo murmullo de voces, acentuado por secos monosílabos pronunciados por Roda. De repente, oí las sillas arañando el suelo de baldosas y se cerró una puerta. Entonces sonaron pasos en la terraza, descorrieron la cortina y el capitán de estado mayor, al que yo había visto el día anterior en el piso de abajo, nos observó con fijeza.

Alcé la vista y me llamó.

—Venga.

—¿A dónde?

—A ver al *Boeng*.

El corazón me latía con más fuerza de la que yo hubiera querido, pero por el bien de Rosalie, dejé las cartas con un suspiro de irritación y una palabra de disculpa antes de levantarme.

—¡Usted, venga! —repitió en tono beligerante.

—Ya voy.

Salí a la terraza y se hizo a un lado para dejarme pasar con la mano en la pistola. No le presté atención y seguí hacia las ventanas del cuarto de estar. No tenían cristales y, por tanto, podía ver claramente a los cuatro hombres presentes. Además de Sanusi y de Roda, había un comandante y un teniente coronel, los dos estaban cubiertos de polvo y llevaban cascos de acero.

Igual que antes, fue Roda quien tomó la iniciativa. Me dijo que entrara. El capitán me siguió y permaneció detrás de mí. Sanusi estaba sentado en un extremo de una de las tumbonas, mirando al suelo. No se dio por aludido.

Roda miró a los otros dos.

—Fue este *tuan* el que arregló el generador de energía de la radio, que ayer fue estropeado por una bomba. Era un ingeniero en Tangga.

El teniente coronel asintió, distraído.

El comandante me miraba. El sudor había fijado el polvo de sus rostros y tenían los ojos hinchados por la fatiga.

Roda se levantó.

—Señor Fraser, va a responder a algunas preguntas. Conocemos ya algunas contestaciones, de forma que sabremos si dice la verdad o no. Así pues, tenga cuidado.

No dije nada y esperé.

—¿Ha visto hoy al comandante Suparto?

—Claro que le he visto.

—¿Cuándo?

—Creo que fue un poco antes de que el general y usted subieran, aquí. Aproximadamente una hora después de que llegaran los aviones que arrojaban las octavillas.

—¿Dónde le ha visto?

—Aquí, naturalmente.

—¿De qué hablaron?

—Me dijo que el general iba a volver a este apartamento y que debía respetar su deseo de intimidad, manteniéndome fuera de la terraza de ahí fuera.

—¿Qué más?

—Nada más, creo. ¡Ah, sí!, dijo que iba a salir a hacer un reconocimiento por la ciudad.

Roda se echó a reír brevemente. Dentro de la habitación reinaba el silencio. No muy lejos, un cañón antiaéreo disparaba produciendo un ruido como el que hace una pesada puerta de dos hojas que se cierra de golpe en un temporal.

Sanusi levantó la cabeza.

—¿No hablaron nada más, señor Fraser?

—No, general.

—¿Por qué iba él a contarle a usted a dónde iba?
—No tengo ni idea, general.
—Usted conoció al comandante Suparto cuando él estaba en Tangga. ¿Era usted amigo suyo allí?
—No especialmente. Estaba empleado por la empresa como coordinador. Sus obligaciones eran muy diferentes a las mías.
—¿Qué opinión tenían del comandante Suparto en Tangga?
—Muy buena. De hecho… —me callé sin terminar.
—Siga, señor Fraser, diga lo que tenga que decir.
—Sólo iba a decir que el comandante Suparto era excepcional. El gobierno nos envió un montón de oficiales sin empleo a trabajar allí con nosotros. El comandante Suparto era el único que realmente tenía alguna habilidad verdadera.
Se produjo otro breve silencio. Sanusi miró a Roda. Roda le miró a su vez amargamente durante un momento y entonces volvió la vista hacia los otros dos.
—¿Han oído? —dijo en malayo—. ¿Recuerdan la reunión de Kail? Entonces se lo pregunté: ¿por qué le enviaron a Tangga, donde le resultaba tan fácil ponerse en contacto con nosotros? Ha sido una suerte, dijeron todos ustedes. Una suerte y algo más. Demostraba que no tenían la menor sospecha de que era uno de los nuestros —lanzó una mirada de indignación por la habitación—. Bueno, ahora ya lo saben. Ahora lo saben…
—Ya está bien —dijo de repente Sanusi con impaciencia—. Se han cometido muchos errores. Yo creía que aún no estábamos preparados. Yo era partidario de esperar un año más, para dejarles que acabaran de destruirse a sí mismos, antes de que nosotros nos moviéramos. Me sometí a la opinión del comité.
—Que era una opinión proporcionada por un traidor, *Boeng*.
—No se lo estoy reprochando. Somos hombres y no dioses, Ahmad. No podemos leer en el alma —Sanusi se levantó y fue hasta la mesa.
Debían de creer tal vez que, como estaban hablando en malayo, yo no les comprendería o q lo mejor se habían olvidado de mí. Yo me limité a permanecer allí, de pie. Le miraron como si estuvieran esperando a un oráculo, mientras extendía un mapa y se inclinaba sobre él.
—Aquí están las posibilidades —dijo al fin—. Podemos intentar abandonar la ciudad y regresar a nuestra base.
Roda se encogió de hombros.
—Eso es lo que ellos esperan ansiosamente, que lo intentemos.
Sanusi le miró fríamente.
—Tendremos en cuenta todas las posibilidades, Ahmad. Le pediremos su consejo más tarde. La segunda posibilidad que tenemos

es intentar mantener el centro de la ciudad.

Se detuvo y esta vez Roda permaneció callado.

—La tercera posibilidad es que negociemos con ellos —miró al teniente coronel—. ¿Qué dice, Aroff? ¿Cuál es su opinión?

Aroff se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—En cuanto a la primera posibilidad, estoy de acuerdo con Ahmad —habló con voz ronca y continuó aclarándose la garganta—. En cuanto a la segunda, no me opongo a morir. En lo referente a la tercera, no creo que podamos negociar otra cosa que la rendición, y eso para nosotros sólo significa morir de una manera distinta. Creo que es mejor morir como hombres que hacerlo vergonzosamente en el patio de una prisión.

—¿Comandante Dahman?

—Opino lo mismo, *Boeng.*

—¿Ahmad?

Roda se les quedó mirando beligerante.

—¿Acaso somos perros acosados? ¿Qué quiere decir todo esto de morir?

Aroff se irguió.

—¿Puede usted proporcionarnos fusiles, Ahmad? ¿Puede darnos tanques? ¿Puede en esta hora final convencer a los hombres que han luchado con nosotros de que abandonen al general Ishak? Si es así, podremos hablar de vivir.

—No somos perros acosados —interrumpió Sanusi—, pero tampoco somos niños. ¿Cuál es su opinión, Ahmad?

—Debemos negociar, *Boeng*. Piénselo. Aquí estamos en una posición firme. Ellos tienen tanques, sí, y tienen también fusiles, pero no se pueden mantener alejados y matarnos a todos con explosivos de alta potencia. En Monte Cassino, unos pocos alemanes resistieron a todo un cuerpo del ejército. En Stalingrado, fueron los alemanes los que pararon el golpe, no los rusos. Sí, ya sé que nosotros somos diferentes. Estamos separados de nuestros refuerzos. La munición no nos va a durar siempre. Pero si quieren matarnos, esta será una operación cara para ellos. Preferirán negociar.

—Desde luego que negociarán para que nos rindamos —replicó mordazmente Aroff—. Pero ¿qué condiciones nos pondrán?

—Lina amnistía al cabo de dos años. Las condiciones del acuerdo tendrán un observador neutral como testigo. Tal vez el embajador indonesio.

—Estarían locos si aceptaran.

—¿Por qué? Tenemos seguidores en la ciudad. Si nos matan, no se sentirán seguros. Además, imagínese la buena impresión que causarían en el extranjero.

Aroff se volvió protestando hacia Sanusi.

—*Boeng*. Esto es una locura.

Sanusi empezó a decir algo y Roda también. En ese momento se oyó como una embestida rápida. Después el suelo saltó. Una onda expansiva que pesaba como un saco lleno de tierra me golpeó en el pecho, y trepidó en mi cabeza con el latigazo violento de una explosión de T. N. T.

Por un momento permanecí allí mirando estúpidamente a los otros hombres que había en la habitación y que a su vez también me miraban estúpidamente. Después me volví y salí disparado hacia la terraza. La bomba había estallado contra el alféizar de una ventana del piso de abajo. Las emanaciones de gas y de humo fluían hacia arriba sobre la balaustrada. Cuando empecé a toser, el capitán de estado mayor pasó a mi lado y me empujó, al tiempo que pronunciaba una desagradable exclamación, pero yo estaba demasiado sordo para escucharle y me fui a asomar a la balaustrada. Entonces los vapores de la emanación también le alcanzaron a él y se dio media vuelta. Me volví a mirar a la habitación. Roda tenía el dorso de la mano sujetándose la frente, como si estuviera aturdidido. Sanusi le decía algo a gritos. Me deslicé por la terraza hasta llegar a la habitación.

Rosalie estaba sentada en mi cama tapándose la cara con las manos, temblando violentamente. Tampoco yo me encontraba demasiado bien. Si aquello era una muestra de los bombardeos que debíamos esperar de las unidades navales, no íbamos a durar mucho.

La rodeé con mis brazos y levantó la cara para mirarme. El silbido de la segunda bomba alcanzó su culminación y los dos nos agachamos involuntariamente. El estallido que siguió hizo que el vaso que había en la mesa tintineara contra la botella de agua situada junto a él, pero eso fue todo. Había sido a unos trescientos metros.

Repetí el viejo axioma de que «Si puedes oírlo acercarse, es que no te va a dar».

Hasta ahora aquella frase no le había tranquilizado a nadie y tampoco la tranquilizó a ella. El destructor estaba disparando sus cuatro cañones por separado, así que el bombardeo era regular, pero pronto me di cuenta de que el primer acierto había sido por carambola.

Cuando después de veinte minutos cesó el bombardeo, no habían conseguido lanzar ninguna otra bomba en un radio de cincuenta metros alrededor de la Casa del Aire. Tal vez tampoco lo habían intentado. Sin embargo, para Rosalie, cada descarga iba dirigida no solamente contra el edificio en el que estábamos, sino contra nuestra propia habitación. Giré una de las camas para que nos sirviera de protección por si había un estallido en la terraza, y nos tumbamos en el suelo detrás, pero no creí que ella se sintiese más protegida.

Sin embargo, cuando llegó la calma, la hice salir a la terraza

conmigo para ver qué desperfectos se habían producido. Había algunos socavones en la plaza y un pequeño edificio del lado más alejado de la misma estaba ardiendo, pero eso fue todo lo que pudimos ver. De hecho, toda la zona de edificios que estaban inmediatamente detrás de nosotros había recibido de lleno el embate del bombardeo, pero no había razón para decírselo a ella. Los desperfectos de nuestro propio edificio tampoco estaban a la vista. Como ella había esperado encontrar toda la plaza en ruinas, aquello la produjo una satisfactoria sensación de sorpresa. Nos acercamos al extremo de la terraza donde estaba el baño y no vimos ni rastro de los hombres que estaban en el salón. Supuse que habían terminado el consejo de guerra en el otro lado del edificio. Rosalie había oído algo de lo que se había dicho mientras yo permanecí allí, y entonces yo le conté el resto. La posibilidad de que hubiera una negociación le tranquilizó bastante. No le dije lo que yo opinaba de aquello. Cuando volvimos a la habitación, pude convencerla para que tomara algo de fruta y empezamos otra partida de gin-rummy.

Acababan de dar las tres cuando el capitán de estado mayor vino otra vez a buscarme.

Desde las dos, los ruidos de la lucha callejera se habían ido aproximando firmemente, y habíamos tenido otro bombardeo de unos veinte minutos, lanzado por el destructor. Este había sido mejor y peor que el anterior; peor porque los se habían acercado ligeramente y habían conseguido lanzar todas las bombas alrededor de la plaza misma, y mejor porque Rosalie, convencida de que sus temores anteriores habían sido bastante infundados, sugirió que siguiéramos jugando al gin-rummy en el suelo. Tenía que admitir que ahora eran mis manos las que temblaban y no las suyas, y era ella la que estaba preocupada por mí cuando una explosión cercana me hizo estremecer y tirar las cartas, pero en general la situación actual había mejorado en relación con la anterior.

El capitán de estado mayor se portó más educadamente en esta ocasión. Me explicó que el coronel Roda quería verme, pero dijo que no sabía por qué. La radio de la habitación contigua estaba silenciosa, y con el ánimo por los suelos, pensé que, tal vez, el generador se había vuelto a estropear. El capitán se encogió de hombros cuando se lo pregunté y repuso que no sabía nada. Le dije a Rosalie que si tenía que estar fuera durante algún tiempo, intentaría mandarle un mensaje y después salí con él.

Me condujo a un despacho que estaba en el tercer piso en la parte trasera del edificio. La bomba que había estallado en el quinto piso había destruido tres oficinas y derribado parte de la pared del corredor, pero no había muertos, ni ningún destrozo importante en la

estructura. Sin embargo, se había producido un cortocircuito y Alwi estaba intentando arreglar el desperfecto. Le pregunté por el generador, pero dijo que estaba funcionando perfectamente. Cuando llegué al despacho del coronel Roda, me sentía preocupado y extrañado al mismo tiempo.

El despacho donde me introdujo el capitán parecía una sala de conferencias después de una reunión de directores. El aire estaba lleno del humo de los cigarrillos, había un montón de tazas de café sucias y papeles garabateados y arrugados. Habían estado allí siete hombres, pero ahora sólo quedaban dos, Roda y Aroff. Este último se había aseado y llevaba una gorra negra en lugar del casco de acero, pero parecía aún más fatigado que antes. El rostro de Roda era del color del cemento. Al parecer no habían tenido una reunión muy positiva.

Estaban sentados en un extremo de la mesa, leyendo un documento y comparándolo con lo que evidentemente era el borrador de lo que había sido escrito a máquina. Ante mi extrañeza, Roda me señaló una silla con la mano. Me senté lo más alejado que pude de ellos y esperé. Cuando terminaron, Roda miró interrogativamente a Aroff; éste le hizo una señal de aprobación, pero con el gesto del hombre que ha accedido a algo en contra de su voluntad. Roda apretó los labios y se volvió hacia mí.

—Señor Fraser, hemos enviado a buscarle porque creemos que puede estar dispuesto a ayudarnos.

—¿Ah, sí?

—El general y yo quedamos muy impresionados por su cooperación en el tema del generador. En circunstancias de la mayor dificultad y sin la ayuda ni el equipo apropiados, usted empleó su habilidad y sus conocimientos con un resultado tan favorable que conseguimos destruir todos los intentos del enemigo de silenciar Radio Sonda.

Aquello era increíble. Durante un alocado momento pensé que iba a ponerme una condecoración. Tal vez la orden de *Boeng* Sanusi (de segunda clase). Le devolví la sonrisa cautelosamente. Me fijé en que Aroff se estaba mirando las uñas, con aire ausente, como si lo que se estaba diciendo no tuviera nada que ver con él.

—Siendo esto así —continuó Roda afablemente—, creemos que sería razonable suponer que, como amigo inglés de Sonda, se mostrará favorable a la política y las aspiraciones del partido de Liberación Nacional y su líder.

Podía pensar en muchas respuestas para aquello, pero en aquel momento tenía curiosidad por saber lo que querían.

Moví la cabeza pensativamente.

—Como extranjero que soy, naturalmente, sería una impertinencia por mi parte expresar mi opinión sobre sus asuntos

políticos.

—Sin embargo, señor Fraser, creemos que no es insensible a los principios que representamos. Por esta razón le pedimos que confíe en nosotros.

—Ya veo —no veía nada, pero era evidente que esperaban que dijera algo.

—Bien, como sabe las fuerzas de Nasjah han contraatacado. En este momento se está llevando a cabo una batalla en las calles de nuestra ciudad. Pero debo decirle, señor Fraser, que si no fuera por las actividades de ciertos agentes enemigos y por la actitud inconstitucional de la banda de Nasjah, que está arrestando a muchos de nuestros partidarios acusándoles de falsos cargos, esta batalla no se habría producido. Deberíamos tener el control absoluto. Según están las cosas, Sonda se enfrenta no solamente a una guerra civil, sino también a la destrucción de extensas áreas de nuestra capital. Señor Fraser, somos patriotas, no salvajes. Sonda no puede soportar una guerra civil. No podemos permitir que Selampang sufra innecesariamente. El general Sanusi, por lo tanto, ha tomado la iniciativa de proponer al general Ishak un armisticio entre iguales, durante el cual pueden tener lugar negociaciones para evacuar a todas las fuerzas armadas de la ciudad y nombrar a una comisión mixta de conciliación bajo una supervisión neutral.

No era una mala jugada. Si no hubiera hablado con Suparto me lo hubiera tragado durante algún tiempo. Eché una mirada a Araff. Había sacado una navaja y se estaba limpiando las uñas. Miré otra vez a Roda.

—Le deseo toda clase de éxitos, coronel. Pero no creo que pueda ayudarles.

—Le explicaré, señor Fraser. Hemos estado en comunicación telefónica con el cuartel general del general Ishak y hemos acordado ciertas condiciones para llevar a cabo una reunión preliminar para tratar en ella los términos del alto el fuego. Esta reunión tendrá lugar bajo bandera blanca, frente al cuartel de la Policía, a las cuatro. Es decir, dentro de media hora —se detuvo y se revolvió incómodo en su asiento.

—¿Sí, coronel?

—Hemos solicitado la presencia de observadores extranjeros independientes, de forma que si se hace alguna promesa o se firma algún tratado, sea oportunamente testificado. Hubiera sido apropiado que fueran representantes consulares o diplomáticos, pero no llegamos a un acuerdo. El enemigo se negó a permitir que representantes extranjeros acreditados participaran en lo que ellos califican como asunto de política interna. Intentaban hacernos creer que sería contrario al protocolo y una usurpación de nuestra soberanía nacional.

De hecho, naturalmente, tienen miedo a desacreditarse. Sin embargo, nos hemos puesto de acuerdo en que estén presentes dos representantes extranjeros que no sean diplomáticos, uno por cada parte, siempre que no sean representantes de ningún periódico ni de nacionalidad holandesa. Nos gustaría que asistiera usted por nuestra parte, señor Fraser.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Seguramente habrá alguien más adecuado en la zona que ustedes controlan, algún hombre de negocios que reúna todas las condiciones que han acordado.

—Puede que lo haya, señor Fraser, pero no sabemos dónde encontrarle en este momento. No tenemos mucho tiempo.

—Francamente, no sé por qué necesitan ustedes a nadie en absoluto.

Lo dije por simple malicia, porque sí sabía la razón. No tenían nada que ofrecer a cambio de las condiciones que exigían; sólo esperaban que les saliera bien la jugada y estaban haciendo todo lo posible para conseguir que las negociaciones parecieran serias y respetables. Si los oponentes tuvieran la mínima duda sobre sí mismos, seguramente sería posible que la presencia de observadores neutrales pudiera influir en su decisión.

—Estamos de acuerdo en el procedimiento —dijo fríamente. Estaba harto de discusión, y su mirada empezaba a indicar el hecho de que me cortaría el cuello antes que pedir mi cooperación.

—Muy bien, ¿qué tengo que hacer?

—El coronel Aroff será nuestro delegado. Usted le acompañará.

—¿Cuáles son mis obligaciones?

—Primero, tomar nota de lo que se dice —vaciló—. Naturalmente, si usted viera que la otra parte no enfoca la situación correctamente, usted tendría derecho a consultar con su observador, y tal vez a protestar —sus ojos sostuvieron mi mirada—. Supongo que será usted consciente, señor Fraser, de que en interés de todos sería conveniente que se llegara a un acuerdo aceptable.

Puso demasiado énfasis en la palabra «todos». En ese momento lo comprendí.

—¿Puedo saber cuáles son los términos que ustedes aceptarían?

—El coronel Aroff ya tiene instrucciones. Se las explicará a usted por el camino. Deben irse ahora.

El coronel Aroff dejó la navaja, se guardó en el bolsillo el documento que habían estado estudiando y se levantó. Entonces, con una inclinación de cabeza dirigida a mí, salió de la habitación. Ni siquiera miró a Roda.

El capitán de estado mayor estaba esperando en el pasillo y cuando salí detrás de Aroff se unió a la comitiva. Me di cuenta de que

llevaba en la mano algo parecido a un portafolios alargado. Seguimos a Aroff escaleras abajo hasta la entrada que estaba 464 protegida con sacos. Allí había un centinela que nos pidió los pases para permitirnos abandonar el edificio. Como Suparto se había marchado, la puerta de servicio estaba cerrada. El capitán tenía los pases y salimos.

Fuera, en la calle, nos estaba esperando un jeep que reconocí. Era el que había utilizado Suparto en Tangga. Un soldado estaba sentado en el asiento del conductor. Aroff se detuvo y miró al objeto que llevaba en la mano.

—¿Es esa la bandera blanca?

—Sí, coronel *tuan*.

—No debe ser vista aquí. ¿Sabe conducir?

—No, coronel *tuan*.

Aroff pareció disgustado.

—Yo tampoco sé.

—Conduciré yo si quiere, coronel.

Por primera vez me miró directamente. Después de pensarlo un momento, asintió, y le dijo al capitán de estado mayor que fuera a despedir al conductor.

—Cuando las gentes ven una bandera blanca —me dijo—, empiezan a pensar en la tranquilidad. Después de eso es difícil hacerles luchar. El conductor habría vuelto aquí y se lo habría contado a todos.

Cuando íbamos hacia el jeep estalló una bomba lanzada por el destructor entre los árboles del otro lado de la plaza, y lanzó un montón de ramas rotas por el aire. Me acordé que no había intentado mandarle un mensaje a Rosalie, pero ya era demasiado tarde para hacerlo. Otra bomba cayó cerca de una de las posiciones de los cañones. Como ya podía oír normalmente, escuché gritar a un hombre que debía de estar herido.

—Es un derroche de munición —subrayó Aroff inflexible—. Han hecho casi doscientas descargas, ¿y qué han conseguido con ello? Seis hombres muertos y veinte heridos. Es absurdo.

Absurdo o no, también habían organizado un buen lío en algunos edificios de la plaza y sus alrededores. Una de las calles por las que intenté pasar con el coche estaba completamente bloqueada por los cascotes caídos, y tuve que dar un rodeo. No fue fácil. El área que ahora defendía Sanusi no alcanzaba mucho más de medio kilómetro de anchura en algunos sitios, y tuvimos que retroceder dos veces de calles que estaban bajo el fuego enemigo. En varios sitios habían volcado autobuses y camiones y grupos de civiles, tanto hombres como mujeres, eran obligados por patrullas de soldados a atravesar los vehículos en la calzada para que obstaculizaran el paso de los tanques. Una vez vi la cara de un niño en una ventana, pero estaba demasiado

ocupado conduciendo para andar mirando a mi alrededor.

Los cuarteles de la Policía estaban en el lado opuesto de la central de teléfonos, en una carretera larga y estrecha que empezaba en algún lugar del sector chino y terminaba en el aeropuerto. Aproximadamente a unos doscientos metros de los cuarteles llegamos a un cruce de canales, donde había un cine en una esquina, y una barricada de coches volcados y atravesados en la calzada. Vimos un cañón antiaéreo detrás de uno de los coches, y un par de ametralladoras en los profundos desagües a ambos lados de la carretera. Cuando me dirigía a la barricada, un oficial que parecía que acababa de ser ascendido salió de un portal y vino corriendo hacia nosotros.

Aroff le devolvió el saludo mecánicamente.

—¿Le han comunicado las órdenes, teniente?

Aroff miró las paredes ametralladas del almacén chino que corría a lo largo de uno de los lados de la carretera.

—¿Hasta cuándo han estado bajo el fuego enemigo?

—Hasta hace diez minutos, coronel *tuan*.

Señaló con orgullo los cartuchos vacíos que había en el suelo, detrás del cañón antiaéreo.

—Y ellos no se han salido con la suya. Al carro blindado que enviaron no le ha gustado nuestro cañón.

—¿Han destruido ustedes el carro blindado?

—Ah, no, *tuan* —sonrió tolerantemente, como si le hubiera preguntado una tontería—. Pero no han vuelto a por más. Ahora se han traído un tanque.

—¿Dónde está el resto de nuestros hombres?

—En el tejado del almacén chino, *tuan*.

Aroff miró el reloj.

—Nos quedan cinco minutos, señor Fraser. Tenemos que discutir la situación.

Bajó del jeep de un salto y le seguí cuando se dirigía a la barricada. El capitán pareció que iba a seguirnos, entonces lo pensó mejor y se puso a hablar con el teniente.

Aroff miró por el hueco que había entre los dos carros volcados que los fusileros habían utilizado como tronera y me indicó que hiciera yo lo mismo. Los soldados que estaban sentados a la sombra de uno de los camiones levantaron la mirada lentamente.

Excepto por un perro que yacía muerto, justo al otro lado del canal, el tramo de carretera que había entre la barricada y el cuartel estaba vacío. La única señal de vida visible en las casas de apartamentos destartaladas que la bordeaban era una cuerda con ropa tendida que colgaba entre dos ventanas. Fuera del cuartel de la Policía, en el centro de la calzada, y con la mira dirigida hacia

nosotros, había un tanque.

Aroff me estaba mirando cuando me incorporé.

—¿Ha sido usted soldado, señor Fraser?

—Estuve en el ejército británico.

—¿Como oficial?

—Sí, de ingenieros. ¿Por qué?

Me apartó de allí y volvimos caminando a lo largo de la carretera durante unos cuantos metros. Cuando estábamos fuera del alcance del oído de los fusileros, se detuvo.

—Si ese tanque que hay ahí se decidiera a seguir adelante por la carretera, señor Fraser. ¿Qué cree que pasaría?

—¿Qué quiere decir?

—¿Ve algo aquí que pueda detenerlos?

—Nada. El disparo de los dos antiaéreos rebotará en él. Empujará violentamente lo que bloquea la carretera, lo quitará de en medio y seguirá andando. A menos que ustedes hayan puesto una mina antitanque debajo del cruce.

—No tenemos minas.

—¿Y no tienen otras armas antitanques?

—Aquí ninguna.

—Entonces no hay nada que pueda detenerlo.

—Exactamente —sacó el documento de su bolsillo y me lo ofreció —. ¿Quiere leer esto?

—Creo que el coronel Roda me explicó claramente su contenido.

—Entonces nos entendemos mutuamente. De hecho lo único que les puedo ofrecer es un pequeño ahorro de esfuerzo. Lo demás son sólo palabras y ellos lo sabrán.

—¿Qué quiere que haga yo, coronel?

Se encogió de hombros.

—¿Le interesa a usted lo que nos pase a nosotros?

—Si hay alguna posibilidad de un alto el fuego, naturalmente haré todo lo que pueda por ayudar.

—Entonces sólo le pediré una cosa, señor Fraser.

—¿Sí?

—El general Ishak es un militar. Si tiene usted que referirse a Roda, por favor, no le llame coronel Roda. En el ejército del general Ishak era capitán.

—¿Y el general Sanusi?

—Coronel Sanusi sería más discreto.

—¿Y en cuanto a usted, coronel?

Sonrió ligeramente.

—Yo no recibí ningún nombramiento. Pero no creo que el general Ishak considere eso como un punto a mi favor. Hablaremos, como es lógico, en malayo.

Volvió a mirar el reloj, después se volvió y se dirigió al jeep.

El capitán de estado mayor se adelantó. Cuando Aroff hizo un gesto con la cabeza, cogió la bandera blanca de paz, la sacó de su funda, la extendió y la fijó en el parabrisas del jeep. Vi cómo los artilleros la miraban incrédulos. Entonces el teniente gritó una orden y se pusieron de pie. A otra orden quitaron el cañón separándolo de la calzada. Los de la ametralladora les ayudaron a arrastrar uno de los coches un metro escaso para que quedara sitio y pudiera pasar el jeep por en medio.

Aroff no se fijó en esos preparativos. Se había subido al jeep y estaba allí sentado impasible debajo de la bandera. Fui a instalarme a su lado, en el asiento del conductor mientras el capitán se montaba en la parte trasera. Permanecimos allí sentados durante unos minutos. Aroff volvió a mirar su reloj y me hizo una señal con la cabeza.

Conduje por el hueco a través de la barricada y continué por la carretera.

—Lentamente, señor Fraser —dijo Aroff—, y manténgase en el centro.

No necesitó decirlo. En el momento en que pasamos la barricada, me sentí terriblemente indefenso. Estaba completamente seguro de que aquel tanque abriría fuego sobre nosotros. La bandera blanca ondeando en su mástil sobre nuestras cabezas me parecía una protección completamente inadecuada. Sólo con que a un idiota se le ocurriera apretar el gatillo alegremente, bastaría para que todos los cañones de Selampang dispararan contra nosotros. No llevaba sombrero, y ya tenía bastante calor. Al conducir, el sudor empezó a escurrírseme por los ojos.

Los primeros cien metros fueron los peores. Después, pude ver el morro del cañón del tanque descendiendo gradualmente a la vez que el artillero nos tenía en la mira y supe que, a menos que condujéramos de repente directamente hacia él, arrojando granadas antitanque, no iba a dispararnos. También pude ver a un grupo de oficiales de pie junto a la puerta del cuartel de la Policía, esperando.

Cuando estábamos a diez metros del tanque un teniente con el uniforme del gobierno salió de detrás de él y levantó la mano. Me detuve con una sacudida que hizo que el capitán de estado mayor diera un bandazo contra el respaldo de mi asiento.

Aroff bajó muy erguido y se quedó de pie junto al jeep. Cuando el capitán y yo nos unimos a él, el teniente avanzó y se detuvo frente a nosotros.

—Síganme, por favor —dijo cortésmente.

Se volvió y le seguimos más allá del tanque y de la puerta de entrada. El grupo de oficiales ya no estaba allí. Sólo había dos

centinelas que nos observaron con curiosidad. El teniente se abrió camino hasta el patio del cuartel y los dos centinelas se acercaron y se pusieron detrás de nosotros.

En el centro había una enorme palmera y habían colocado una mesa y una silla a la sombra del árbol. El general Ishak se sentó a la mesa. De pie, detrás de él, había cuatro oficiales y un civil. No había visto nunca a Ishak antes. Era un hombre delgado, de aspecto amargado, mirada colérica y con uno de esos bigotes sundaneses que parecía que se lo acababa de colocar con pegamento. Sin embargo en aquel momento era más interesante para mí el hecho de que, justamente detrás de él, todavía macilento pero vigoroso y aseado, vestido con un uniforme auténtico, estaba el comandante Suparto. Cuando nos acercamos a la mesa, vi que sus ojos pestañeaban al mirarme, pero no dio señales de reconocerme.

Aroff se detuvo y saludó al general.

Ishak no le devolvió el saludo. Durante un momento se miraron uno al otro, en silencio. Yo estaba de pie un poco detrás de Aroff y vi cómo se le crispaban los músculos de las mandíbulas. Ishak me miró.

—¿Quién es éste? —preguntó. Reconocí la voz, era fría y desagradable, sonaba como si estuviera intentando hablar y tragar a la vez. Había oído esa voz antes esa misma semana.

—El señor Fraser es un ingeniero que trabajaba en el proyecto del valle de Tangga, general. Está aquí voluntariamente, como observador.

—Muy bien —miró al civil que estaba junto a Suparto—. Este es el señor Petersen, de la Agencia Malaya de Caucho.

—¿Es holandés? —preguntó secamente Aroff.

—Danés —dijo el señor Petersen. Era un hombre corpulento, con la cara regordeta. Tendría cincuenta y tantos años, llevaba un traje con corbata incluida y daba la impresión de que de un momento a otro iba a desvanecerse debido al calor. Le saludé y me sonrió nervioso.

Ishak bostezó.

—Aunque no es fácil comprender por qué deben estar presentes dos observadores extranjeros en una simple operación de tipo político —dijo, y miró a Aroff—, este encuentro se ha celebrado a petición de Sanusi. Sólo puede desear rendirse. Me queda, por tanto, informarles del lugar y el tiempo. ¿Están de acuerdo?

—No, general. Lo que yo traigo son instrucciones para discutir los términos de un armisticio.

—¿Qué armisticio? ¿Qué condiciones?

Aroff rebuscó en su bolsillo y sacó el documento.

—Aquí tengo las proposiciones.

Ishak tomó el documento, le echó un vistazo de forma impasible y

después se lo pasó al coronel, que sería seguramente el jefe de su estado mayor, y que estaba de pie detrás de él. Suparto lo leyó por encima del hombro del coronel. Cuando terminaron, el coronel se lo devolvió a Ishak. Este último volvió a echarle un vistazo y entonces miró a Aroff.

—Antes de convertirse en un traidor, Aroff, usted era un hombre inteligente —rompió el documento en dos y arrojó los trozos sobre la mesa—. ¿Qué le ha pasado?

—Estoy aquí para discutir unos términos, general.

Aroff controlaba cuidadosamente su voz.

Ishak arrojó el papel roto lejos de él.

—Esta discusión ha terminado. Si no quiere ofrecernos ninguna explicación personal, entonces no perderemos más tiempo.

Aroff no se movió.

—El documento, general, estaba previsto como base para las negociaciones. Puede ser modificado.

Ishak movió la cabeza.

—No puede ser modificado. Usted no está aquí para discutir o negociar términos. Si no ha venido a ofrecer su rendición entonces estamos perdiendo el tiempo —se levantó—. Tiene cinco minutos para volver a sus líneas.

Aroff vaciló, después claudicó.

—¿En qué términos aceptaría una rendición, general?

—Se lo diré. Sus jefes dicen que quieren evitar sufrimientos inútiles y daños en las propiedades. Yo también. En ese punto estoy de acuerdo. Muy bien. Aceptaré la rendición de todos los miembros de su ejército rebelde. Que se desarmen a sí mismos, se agrupen en partidas separadas de no más de veinticinco y vayan bajo la bandera de la rendición a la plaza que hay frente a la estación del ferrocarril. Cada grupo debe designar un jefe que llevará la bandera blanca, y todos los hombres deben llevar consigo toda la comida que tengan. Todas las armas y municiones deberán dejarse bajo custodia en la plaza Van Rieebeck hasta que nuestras tropas lleguen allí.

—¿Qué tratamiento recibirán los que se rindan?

—De momento serán considerados como si fueran prisioneros de guerra extranjeros, de acuerdo con los términos de la Convención de Ginebra. Más tarde, sin duda al cabo de un año, tal vez será concedida una amnistía. Eso es todo, creo. ¿Le parecen duros estos términos, Aroff?

Aroff negó con la cabeza.

Ishak sonrió desagradablemente.

—Después de lo que ha pasado, me parecen absurdamente indulgentes. ¡Utilizo expresiones de los políticos, Aroff! Debería usted reírse.

Aroff suspiró.

—Usted fue lo bastante amable como para decir que yo era un hombre inteligente, general. Tendría usted más dignidad si me tratara como tal.

—¿Qué más quiere, Aroff? ¿El perdón total?

—La lista de excepciones, general. La lista de aquellos a los que no se les permitirá rendirse.

—Ah, sí, los rebeldes —levantó la mano y Suparto le entregó un papel—. Veamos. Sanusi, Roda, Aroff, Dahman... Siento decirle que está usted en la lista. ¿Quiere que siga leyendo?

—Si la ha elaborado el comandante Suparto, estoy seguro de que estará completa—. Aroff miró directamente a Suparto, y me alegré de no poder verle los ojos.

Suparto le devolvió la mirada impasible.

Ishak le entregó a Aroff el documento.

—Sus jefes querían ver esto. Tienen media hora para informarnos si aceptan nuestros términos.

—¿Términos, general? —preguntó Aroff amargamente—. Seguramente querrá decir esta sentencia de muerte.

—No, Aroff —los ojos de Ishak se achicaron—. Esa sentencia ya ha sido dictada. Ya no se trata de si van a morir todos o no, sino solamente de cómo van a morir y cuántos de sus hombres morirán con ustedes. Ahora vamos a ver qué valor concede su jefe a las vidas de sus hombres —se volvió hacia Suparto—. Ordene que se vayan.

Ishak empezó a caminar hacia la entrada del cuartel. Suparto le siguió rápidamente y le dijo algo. Ishak se detuvo. Le vi volverse a mirarme y entonces hizo una señal de aprobación a Suparto antes de seguir andando.

Suparto se dirigió a Aroff.

—El señor Fraser es extranjero y no es combatiente. ¿Es necesario que regrese con usted?

Aroff se encogió de hombros.

—No sé, supongo que no.

—Es muy necesario —dije.

Los dos se quedaron mirándome.

Suparto se estremeció.

—¿Por qué?

—Roda me dijo bien claro que consideraría a la señorita Linden como rehén.

—Eso es absurdo.

—Ayer no lo consideró absurdo, comandante, debería saberlo.

—Ahora la situación es diferente.

—Para la señorita Linden, no. Está todavía allí arriba, en el apartamento. Le agradezco mucho su sugerencia, pero creo que debo

volver.

Suspiró irritado.

—Esto es una locura, señor Fraser. Esa mujer no es su esposa.

—Tal vez el señor Fraser sienta escrúpulos de traicionar a aquellos que confían en él —dijo Aroff.

Suparto no se inmutó, su rostro era una máscara. Por un momento se quedó mirando a Aroff. Entonces le hizo una señal al teniente que estaba esperando para conducirnos hasta el jeep.

Aroff estaba sonriendo cuando se dio media vuelta.

El jeep había estado al sol y quemaba al tocarlo. Maniobré con dificultad para dar la vuelta entre las profundas acequias. Además el capitán de estado mayor estorbaba mis movimientos, pues iba apoyado en el respaldo de mi asiento suplicándole a Aroff.

—La lista, coronel, ¿puedo ver la lista?

—Ahora, no.

—Un hombre tiene derecho a saber si va a morir.

—Todos los hombres tienen que morir, capitán.

—Si pudiera ver la lista.

—No mientras nos estén mirando. ¿Es que no tiene dignidad?

—Por el amor de Alá, dígamelo.

—¿Es usted un renegado? ¿Tuvo usted anteriormente algún cargo en la República?

—Usted sabe que sí, coronel.

—Entonces estará en la lista.

Por fin conseguí darle la vuelta al jeep y conducirlo de regreso al cuartel. Detrás de mí, el capitán empezó a llorar.

Desde aquel lado del cruce de los canales podía ver la fachada del cine. Sobre el pórtico había un anuncio muy grande. La semana próxima iban a poner Sansón y Dalila.

Cuando llegamos otra vez a la plaza, el bombardeo se detuvo. El Ministerio de Salud Pública había recibido un impacto directo sobre el tejado, y el humo se elevaba desde los cascotes humeantes que había abajo.

Delante de la Casa del Aire se veía un montón de escombros que parecían haber caído de uno de los pisos superiores. Por toda la plaza aún había hombres cavando. Se escuchaba el insistente rumor de los disparos de las ametralladoras. Parecía que llegaban de algún sitio a una distancia de sólo una o dos calles.

Rosalie había permanecido sola durante casi una hora y estaba preocupado por ella. Lo único que Aroff había hablado desde que volvimos a cruzar el canal había sido para decirme que me parara para que el desdichado capitán pudiera quitar la bandera blanca... Cuando bajaron del jeep me lo llevé a un lado.

—No creo que le sirva de mucha ayuda con Roda. ¿No le parece, coronel?

Lo pensó durante un momento y luego dijo:

—No, este capitán le acompañará. Le diré a Roda que se lo he ordenado yo.

—¿Hay alguna razón por la que la señorita Linden y yo debamos permanecer aquí?

—Ninguna, excepto que necesitará el permiso de Roda para irse. En este momento no creo que sea conveniente preguntárselo.

—Comprendo lo que quiere decir.

—Además, ¿a dónde iban a ir? Las calles son más peligrosas para ustedes que este lugar, y por otro lado, ¿quién les iba a recibir en su casa en un momento semejante?

—A lo mejor se rinden.

Movió la cabeza.

—Nunca lo consentirán. Soñarán con algún escape peligroso. Ishak lo sabe. Sólo nos está humillando. Quiere destruirnos a todos.

—Si dependiera de usted, coronel, ¿lo aceptaría?

Se encogió de hombros fatigosamente.

—Si dependiera de mí, nunca hubiera intentado negociar. No le tengo tanto miedo a la muerte. Ahora nos hemos desacreditado y moriremos avergonzados.

Vaciló un poco y después hizo un gesto de despedida.

—Ha sido un placer gozar de su compañía, señor Fraser.

El capitán de estado mayor me dejó a la puerta del apartamento y volvió rápidamente abajo. Seguramente para contribuir con su pánico a la discusión sobre los términos de la rendición.

La puerta que comunicaba el vestíbulo con el salón estaba cerrada. Si había algunos oficiales dentro no quería entrar inesperadamente. Llamé a la puerta, no obtuve ninguna contestación; pero al abrirla me quedé impresionado.

Cuando me marché el toldo de la terraza estaba colocado firmemente en su lugar. Ahora ya no había toldo y las persianas estaban aplastadas. Una de las tumbonas estaba tirada sobre la balaustrada.

Salí corriendo a la terraza.

La bomba había caído en la terraza de uno de los apartamentos sin terminar, a unos diez metros más allá del muro de separación con los pinchos de hierro, y había derruido un trozo completo de la balaustrada. El muro de separación estaba colgando como una puerta desencajada y la explosión había arrancado el tejado del cuarto de baño.

Cuando vi aquello salí disparado hacia el dormitorio llamando a gritos a Rosalie. Tropecé con una de las persianas. Entonces la vi venir

corriendo hacia mí por la terraza y fui a su encuentro.

Durante unos minutos permaneció abrazada a mí, llorando. Sólo había sido por el alivio que sentía, me explicó después de un rato. El alivio de ver que había regresado. Realmente no se había asustado mucho cuando estalló la bomba; había sido todo tan repentino. Yo había tenido razón cuando le hablé de las bombas y del ruido que hacían. A ésta no la había oído venir. Durante todo el rato había estado sosteniendo el jarro del agua en la mano. Entonces, me explicó que la cisterna del cuarto de baño se cayó al levantarse el tejado y que había estado intentando trasvasar al aguamanil el agua que quedaba antes de que se escapara toda.

La acompañé a ver el destrozo. Si la cisterna hubiera estado llena se hubiera estrellado rompiéndose contra el suelo. Tal como estaba, las tuberías la habían sostenido, aunque una de ellas se había partido y el agua caía por ella. Cogí una jarra de la cocina y entre los dos conseguimos pasar la mayor parte del agua al aguamanil. Mientras hacíamos esto le conté el ofrecimiento de rendición y lo que había dicho el coronel Aroff.

Tomó la noticia con calma.

—El general Ishak es un cerdo —fue su comentario.

—¿Le conoces?

—Todo el mundo lo sabe. Mina conoce algunos escándalos muy divertidos sobre él. Se acuesta con hombres jóvenes, ¿sabes? Dicen que ni siquiera así puede hacer nada. Cuando hablaste con el comandante Suparto, ¿te dijo algo sobre nosotros?

—Solamente hablé con él una o dos palabras.

—¿Crees que intentará ayudarnos?

—Si puede, lo hará.

Se quedó callada. La cisterna que estaba justamente sobre nuestras cabezas estaba vibrando debido a la explosión de un cañón antiaéreo que disparaba por algún sitio, cerca de la carretera. Me di cuenta de que estaba escuchando el ruido atentamente y empezando a imaginarse la violencia que aquello representaba. Ahora ya tenía una medida de comparación.

—Creo que es el momento de tomar una copa —dije.

9

El primer tanque llegó a la plaza Van Reebeck poco antes del atardecer.

No hacía falta tener muchos conocimientos militares para descubrir el plan de ataque del general Ishak. La zona nueva del puerto al sur del río había sido ocupada sigilosamente por las tropas del gobierno después del bombardeo de la carretera y de los puentes del ferrocarril la tarde anterior. Lo único que tenían que tomar por la fuerza era el semicírculo de la ciudad que estaba al norte del río y cuyo centro era la plaza Van Riebeeck. El anillo de defensa exterior de los rebeldes se basaba en tres puntos fuertes: la red de canales del viejo puerto, los cuarteles de la guarnición y la fábrica de caucho en las afueras. Había decidido abrirse paso un poco más al sur de los cuarteles protegido por un bombardeo de cobertura procedente del destructor. Luego se había desplegado en abanico, a derecha e izquierda, arrollando a su paso los puestos de defensa exteriores. Finalmente volvería a girar hacia el este y enviaría tres columnas que convergerían en el cuartel general de los rebeldes. A la vista de la superioridad de las fuerzas de que disponía, no había posibilidad de que el plan fracasara. Lo único que había que hacer era esperar para ver lo que tardaba en realizarse con éxito.

La reducción de las defensas exteriores estaba casi completa a medio día, aunque no había resultado tan fácil como Ishak esperaba. En algunos puntos, los defensores habían sido lo suficientemente ágiles como para colarse a través de sus pesados movimientos envolventes y volver a establecerse en nuevas posiciones; pero al final fueron acorralados y lo único que consiguieron ganar con sus esfuerzos fue un poco de tiempo que no les sirvió de nada. A eso de las tres ya se había llevado a cabo el giro hacia el este, y las columnas acorazadas se habían abierto camino hacia el centro. Su velocidad únicamente dependía de la de la infantería que iba detrás limpiando el terreno.

Poco después de las cinco hubo un tremendo tiroteo: ametralladoras, morteros y cañones. El ruido era ensordecedor. El sol ya estaba bajo y se podían ver columnas de humo que se elevaban sobre los tejados a una distancia de unos cuatrocientos metros. Donde la carretera desembocaba en la plaza se produjo una repentina agitación. Algunos hombres salían corriendo de la plaza y otros entraban corriendo en ella. Entonces uno de los cañones que estaban fuera de la plaza empezó a disparar. Oí que Rosalie gemía asustada y se volvía. Estaba agachada detrás de la. balaustrada con los dedos en

los oídos.

Cuando volví a mirar a la plaza ya no había hombres corriendo. Uno de ellos estaba tirado boca abajo en medio de la calle. Los demás se habían puesto a cubierto apoyados contra las paredes del edificio que sobresalían en el rincón. El cañón disparaba rápidamente, escupiendo desde su profundo alojamiento, levantando una nube de polvo amarillo que se unía al alboroto de las ametralladoras. Después, durante un instante, hubo una pausa en el estruendo, y a través de ella pude oír el silbido chirriante de las llantas de oruga de un tanque.

El cañón asomó la nariz por la carretera, y durante un momento pareció dudar como si fuera un toro atontado, pestañeando ante el sol del ruedo. Tenía una mancha negra abajo, en uno de los lados, que parecía haber sido producida por una bomba incendiaria. El cañón disparó dos veces y vi un rayo de plata aparecer en la torre blindada. Parecía que todas las armas automáticas de la plaza estuvieran disparando en aquel momento y el sonido de la propia ametralladora del tanque se perdía en aquella barahúnda. Pero era el cañón del tanque el que resultaba más efectivo. El polvo envolvía completamente al cañón y de repente ya no hubo más disparos. Vi a uno de los artilleros que empezó a salir de la torreta y después un segundo estallido acabó con él. Otras dos explosiones más arrasaron a la dotación de las ametralladoras.

El tanque cabeceó hacia adelante y giró a la izquierda. Ahora podía controlar la plaza, y estaba dispuesto a demostrárselo a cualquiera que estuviera lo suficientemente loco para discutírselo. Aparentemente nadie lo estaba. La dotación de los otros dos cañones que estaban fuera de la plaza luchaba por esconderse entre los árboles, y los demás artilleros que quedaban y que, un momento antes, habían estado disparando tan fieramente contra la coraza metálica del tanque, estaban ahora discretamente agachados en sus troneras. El tanque empezó a avanzar siguiendo un lado de la plaza. Algún optimista empezó a lanzar bombas de mortero cerca de él y entonces, de repente, la situación cambió. Se produjo un ruido como si una enorme bolsa de papel hubiera estallado. Inmediatamente por encima de él se produjo un crujido chirriante. En ese mismo momento el tanque dio un cuarto de vuelta y se detuvo en medio de una nube de polvo.

El que lo dirigía conocía su trabajo. A los pocos segundos estaba echando humo, pero no antes de que otra bomba del lanzagranadas hubiera enviado fragmentos de las llantas destrozadas chillando a través de las copas de los árboles. Al tiempo que el humo caía otra vez al otro lado del tanque, vi la torreta girando rápidamente, y supe que el que lo dirigía había descubierto la posición de los lanzagranadas. Si los hombres no los manejaban rápidamente, se convertirían en blancos

sentados en cuanto el humo se disipara; pero permanecían allí inocentes, quietos, expectantes, esperando a tener otra oportunidad de derribar el tanque.

Rosalie me tocó el brazo. Me volví y vi que Roda había entrado en el salón. Volvimos a entrar rápidamente en el dormitorio.

Al cabo de un momento, Sanusi salió a la terraza y miró a la plaza. Roda estaba hablando con alguien en la habitación contigua, pero era imposible oír la conversación que mantenían. Cuando la otra persona se fue, Roda se reunió con Sanusi ante la balaustrada.

Al parecer no se ponían de acuerdo en alguna cosa. Roda estaba intentando convencer a Sanusi de algo y Sanusi parecía escucharle, pero de repente se daba la vuelta y Roda tenía que ir detrás de él y empezar a explicarle todo otra vez. Una vez, Sanusi se volvió bruscamente y le hizo una pregunta. Roda llevaba con él su cartera de documentos y en/respuesta la levantó y le dio unos golpecitos.

Abajo en la plaza, la torreta del tanque empezó a disparar de repente y el edificio se estremeció como si algo se partiera en su interior. Rosalie me miró expectante. Le dije que creía que el tanque estaba disparando al sitio donde estaban escondidos los que manipulaban el lanzagranadas y que probablemente el disparo había rebotado en el edificio, más abajo. Hizo un gesto de comprensión como si me hubiera estado disculpando por el ruido provocado por un vecino desconsiderado. Otro tanque había entrado ahora en la plaza. Podía oír su chirrido a lo largo de la carretera en dirección opuesta al primero, y las ráfagas de su cañón.

Entonces el sol se ocultó y durante un minuto no llegó ningún ruido desde la plaza, a excepción del chirrido de las orugas de los tanques. Sin embargo, a lo largo de Telegraf Road el fuego se intensificó y pude oír el golpeteo de las granadas. La infantería estaba avanzando, limpiando las casas que los tanques habían dejado atrás. Una y otra vez las nubes de humo se iluminaban momentáneamente por el destello de las explosiones de abajo.

Un zapato crujió afuera en la terraza.

—Señor Fraser —era la voz de Roda.

Fui hacia la ventana. No había luz en el apartamento y aún no había salido la luna. Estaba a una distancia de unos dos metros y medio y de momento no le había visto.

—¿Sí, coronel?

—Venga aquí, por favor.

Fui hacia donde estaba, en la terraza. Algo más lejos, Sanusi se movió y apoyó los codos en la barandilla.

Roda bajó la voz.

—Tengo que hablarle confidencialmente, señor Fraser.

—¿Sí?

—Es necesario que el general y yo salgamos del cuartel general.

—¿Sí?

—Hemos hecho aquí todo lo que hemos podido. Es mejor vivir para una causa que morir por ella inútilmente. Ahora tenemos la oportunidad de escoger. He convencido a nuestro *Boeng* de que nuestro deber es vivir.

—Ya.

—Ha sido una decisión difícil, como comprenderá.

—Ya lo veo.

—Más difícil de lo que usted cree.

—Sin duda —estaba intentando comprender el objeto de estas confidencias.

—Para dos hombres aún es posible la retirada de este cuartel general. Si intentaran más, fracasarían todos. Tiene que permanecer en secreto.

—Naturalmente —por lo menos aquello podría comprenderlo.

—Es como cuando Napoleón se retiró de Egipto.

Por un momento creí que estaba gastándome una broma de mal gusto. Pero no, tenía los labios apretados solemnemente. Se veía a sí mismo como el Marmont de esta situación.

Dije que sí entre dientes.

—Le digo esto, señor Fraser, porque es una cuestión en la que usted puede ayudarnos.

—¿Yo?

—Si queremos tener éxito en nuestra huida no podremos salir de uniforme.

—Eso es comprensible.

—Es por las camisas. Los pantalones no llamarán la atención. Sólo necesitamos camisas de calle. Creo que usted tiene algunas.

—¿Camisas? —me le quedé mirando estúpidamente.

—Con dos será suficiente. ¿Tiene alguna limpia?

—Sí, claro —también me dieron ganas de reír.

—Entonces podrá entregárnoslas.

—¿Ahora?

—Én seguida, por favor.

Me di la vuelta y volví al dormitorio. Allí intenté dar la luz, pero no había. Rosalie me observaba incrédula, mientras encendía una cerilla y empecé a rebuscar por los cajones. Sabía que no tenía nada más que una camisa limpia. Esta vez tendría que aprovecharme de Jebb. Encontré el cajón de casualidad; cogí las dos camisas más viejas que había y las llevé a la terraza. Roda hizo un gesto de aprobación. ,

—Me temo que le estará un poco grande, coronel.

—No tiene importancia.

Las dobló ávidamente y las guardó en su cartera de documentos.

—Son un poco claras, pero...

—¡Coronel! —era la voz de Sanusi.

Roda se volvió inquisitivamente.

Sanusi se había separado de la balaustrada y estaba de pie, en el centro de la terraza. Me pareció que le había visto una pistola en la mano, pero estaba muy oscuro para distinguir bien. En el mismo momento sonaron pisadas en el cuarto de estar y Aroff y Dahman salieron a la terraza.

—*Boeng* —comenzó Aroff—, ¿nos ha mandado llamar?

—Sí —repuso Sanusi, y entonces disparó.

El primer disparo le dio a Roda en el estómago. Por un momento se quedó inmóvil; luego se le cayó el portafolios y dio un paso hacia adelante.

La segunda bala le dio en el hombro derecho y cayó de rodillas retorciéndose. Empezó a decir algo, pero Sanusi no le prestó atención.

A Aroff y a Dahman les dijo:

—Les he hecho venir para que fueran testigos de una ejecución.

Entonces se acercó a Roda y volvió a dispararle en la nuca.

Roda resbaló y cayó boca abajo.

Aroff y Dahman no se movieron cuando Sanusi se volvió hacia ellos. A través de la plaza uno de los tanques empezó a disparar su torreta blindada.

—¿Qué delito ha cometido, *Boeng*? —dijo Aroff.

—Estaba intentando desertar. Encontrarán aquí la evidencia.

Enchufó con una linterna el portafolios.

—¡Ábralo!

Aroff se acercó al portafolios y lo abrió. Las camisas se cayeron. Me miró.

—Sí, eran del inglés —dijo Sanusi—. Dejo este asunto en sus manos. Todos los oficiales de las fuerzas de defensa deben ser informados de la ejecución y de sus motivos. El cuerpo debe ser expuesto donde puedan verlo. En cuanto al público emitiré una simple declaración informándoles de que, en vista de las obligaciones y de los deberes militares del coronel Roda, me ha hecho cargo por el momento de la secretaría del partido. No debe filtrarse ninguna insinuación de división en nuestras filas. Tengo que tener en cuenta también la opinión mundial. La firmeza en estos asuntos no siempre es comprendida.

Hizo esta afirmación con la fría autoridad del líder que está seguro de que dispone de un gran poder y del hábito de emplearlo con voluntad y mesura. Parecía no darse cuenta en absoluto de su absurda incongruencia. Vi a Aroff mirarle severamente.

—Todavía esperamos noticias de Yakarta —añadió Sanusi—. Creo

que ha llegado el momento de hablar con el presidente Sukarno personalmente —con una inclinación de cabeza, se volvió y cruzó el salón.

Aroff miró a Dahman, que se encogió de hombros ligeramente, y luego a mí.

—¿Qué ha pasado, señor Fraser?

Se lo expliqué, y no hizo ningún comentario. Cuando acabé miré a Dahman.

—Bueno, comandante, ¿qué opina usted? —preguntó indicando con la cabeza el cuerpo de Roda—. Tal vez tenía razón.

Si son dos hombres, uno podría tener suerte.

Dahman sonrió tristemente.

—¿Y el otro? He visto la forma que tiene Ishak de matar a un renegado. Preferiría pegarme un tiro ahora mismo que arriesgarme a eso.

—¿Es usted un cobarde, Dahman?

—En algunas cosas, coronel.

—Yo también —me devolvió las camisas—. ¿Ha visto, señor Fraser? No nos sirven tampoco.

El destello de un disparo iluminó su rostro durante un instante, mientras miraba al otro lado de la plaza.

—Llegarán pronto con su artillería —señaló—. Entonces ya no tendremos más dudas que nos preocupen.

Se dio la vuelta para salir, pero se paró en la ventana del salón y miró hacia atrás.

—Señor Fraser, si Roda tenía algo más que le pertenezca, algo que pueda usted necesitar, cójalo en seguida.

Me quedé allí de pie mirándole desconcertado mientras salía al pasillo. Entonces vi a Rosalie cerca de mí.

—Steve, se refiere a la pistola.

—¿Estás segura? —todavía estaba intentando no vomitar.

—Sí, quiere decir que cojas la pistola.

—Está bien.

La funda del arma estaba lo suficientemente ladeada como para que pudiera sacarla sin mancharme de sangre, pero la cartuchera estaba al otro lado del cinturón, y supe que tendría que dar la vuelta al cuerpo para cogerla. Se oyó un ruido de pasos en el pasillo, escondí la pistola en un cajón y puse las camisas encima.

Para los guardias fue fácil mover el cuerpo. Lo hicieron rodar para ponerlo en una estera que habían cogido del salón y se lo llevaron arrastrando. Al salir iban riéndose de la gordura de Roda. Parecían estar de muy buen humor. Al menos, en cierto modo, los oficiales de Sanusi habían triunfado: habían conseguido ocultar la situación a los desventurados soldados rasos.

Cuando se fueron saqué una linterna de mi maleta y examiné la pistola. Tenía el cargador lleno y había un cartucho en la recámara. Rosalie me miró intensamente y cuando la descargué, para comprobar cómo funcionaba, me pregunté si ella sabría manejarla.

Evidentemente la posesión de la pistola le agradaba mucho más que a mí. Recordé cómo, cuando la desperté la primera noche pensando que eran ladrones los que entraban en el apartamento, su primera reacción había sido preguntarme si tenía un arma,

Cuando le enseñé cómo se cargaba y se disparaba y le expliqué el funcionamiento del dispositivo de seguridad, pensé que debía intentar moderar el entusiasmo que sentía por aquel artefacto.

—Las pistolas realmente no sirven para mucho más que para asustar a la gente —dije.

—El coronel Roda no estaría de acuerdo contigo.

—El hecho de tener una pistola puede ser más peligroso que estar desarmado. Un soldado puede que no mate a un civil indefenso, pero si ve a alguien frente a él con una pistola en la mano, disparará antes de arriesgarse.

—Creo que es mejor tenerla.

—Siempre que no haya que usarla, está bien.

—Tú tenías un revólver.

—Hubo una época, allí arriba en Tangga, en que había un montón de serpientes que se metían en nuestras habitaciones. Por eso tenía un revólver. Pero la única vez que intenté usarlo, fallé, y después de eso tuve una escopeta. Me la dejé allí.

—¿Entonces la pistola no sirve? —hablaba con amarga desilusión.

—Es una pistola excelente y, como tú dices, es mejor tenerla que no tenerla, pero lo que necesitamos en este momento es algún sitio a donde ir cuando empiece la lucha.

—¿Cuando empiece? Entonces, eso que está pasando ahí fuera, ¿qué es?

Efectivamente, se estaba desarrollando una encarnizada lucha entre una ametralladora y un mortero alrededor de la escuela de Arquitectura, en el lado opuesto de la plaza. Algunas tropas de Sanusi se habían atrincherado en terrenos de la escuela y ahora la infantería del gobierno tendría que sacarlos de sus escondrijos.

—Quiero decir que cuando empiece aquí no les va a resultar fácil tomar este edificio. Tendrán que hacerlo piso por piso. No quiero estar presente cuando empiecen a lanzar bombas a diestro y siniestro.

—¿Pero dónde podemos ir?

—En el tejado estaremos más seguros. No está tan cerrado. Quiero mirar a ver si encuentro por dónde se puede subir. ¿Vas a venir conmigo o prefieres quedarte aquí?

—Iré contigo.

Colgué la pistola por el círculo del gatillo de un clavo que había en la parte de atrás del armario y salimos a la terraza.

Había un coche ardiendo al final de Telegraf Road, y el tanque inmóvil estaba disparando para intentar romper la barrera de sacos terreros en una de las tiendas de la esquina. El humo, el resplandor y el fuego hacían que todo pareciera como una secuencia de una película de guerra inverosímil. El resplandor, sin embargo, resultaba útil.

Fuimos por la terraza, pasamos el baño hasta el muro de separación que había sido derribado por el estallido de una bomba. Había un hueco entre la pared y la balaustrada y no fue difícil pasar a través de él. Después tuvimos que andar con cuidado. Esta terraza no se ensanchaba hacia afuera, como la de Jebb, y los cascotes se amontonaban contra la balaustrada. Algo más lejos, la barandilla se había roto y caído a la acera y no se podía pasar, pero atravesando por lo que debían de haber sido el dormitorio y el salón, se salía otra vez a la terraza más allá de la parte obstruida. No había más muros de separación, y desde allí ya fue fácil seguir. Sabía que en algún sitio de aquel piso tenía que haber una escalera que llevara al tejado. Lo que quería, encontrar era una forma de llegar a ella sin ser vistos y sin pasar junto al centinela que estaba apostado en el descansillo. Fuimos casi todo el camino por las terrazas de los apartamentos que estaban sin terminar y pudimos llegar a la escalera sin atravesar ningún lugar que fuera visible para el centinela.

El tejado era bastante plano y tenía un parapeto de medio metro de altura todo alrededor. A intervalos, a lo largo del parapeto, se habían levantado bloques de cemento para sostener los mástiles de los cables de la radio. También se veían los depósitos de agua normales y las salidas de los respiraderos.

El ruido de la batalla de la escuela de Arquitectura se había desvanecido y apenas iniciado el camino hacia el parapeto, una brillante ráfaga llegó desde algún sitio del otro lado de la plaza. Sentí un dolor terrible en los oídos y todo el edificio saltó como si hubiera sido dinamitado. Durante un instante absurdo, incluso pensé que así había ocurrido. Entonces se produjo otro resplandor y volvió a pasar lo mismo. El general Ishak había puesto en acción sus tanques.

Bajamos corriendo las escaleras y volvimos al apartamento. No había necesidad de correr. Creo que fue sólo el deseo, impulsado por el pánico, de estar en un ambiente que nos resultaba familiar. Cuando pasábamos a lo largo de las terrazas, vi que había dos tanques más en la plaza y que estaban recorriendo el perímetro de la misma buscando posiciones desde donde pudieran cubrir los disparos de las tropas de asalto.

Los cañones disparaban a intervalos de veinte segundos produciendo enormes destrozos. A esa distancia no podían fallar. Cuando llegaron los primeros impactos se oyeron gritos y lamentos abajo. Ahora habían cesado. Al cabo de unos cinco minutos los cañones cambiaron sus objetivos. Uno de ellos empezó a tirar a corta distancia contra las ventanas del primer piso. Los otros empezaron a machacar el Ministerio de Salud Pública.

Cuando volvimos no había nadie en el apartamento, pero supuse que no tardaría en iniciarse un movimiento general de huida hacia arriba desde los pisos inferiores. Le dije a Rosalie que pusiera las cosas de valor que tuviera en su bolso. Me metí en los bolsillos el dinero, el billete del avión y los pocos papeles personales. Tomé la pistola y una botella de agua y los escondí en la terraza donde pudiera cogerlos fácilmente cuando saliéramos.

Ahora el ruido era terrible y todo el lugar se estremecía continuamente. Rosalie parecía estar más aturdida por el estruendo que asustada. Una vez que tomó lo que quería llevarse con ella, yo le hice beber un vaso de whisky, y entonces era mi mano la que temblaba. Había decidido que el momento de huir sería cuando empezara el asalto. A partir de entonces había pocas posibilidades de que nadie se ocupara de dónde estábamos nosotros; cada cual se preocuparía de sí mismo.

Mi problema era que no podía ver lo que estaba pasando. Una vez o dos, una ametralladora que había en la plaza había rociado con sus disparos las ventanas del piso de abajo, y supe que si intentaba asomarme por la balaustrada, era casi seguro que me verían y me dispararían.

Por lo tanto, tenía que quedarme allí bebiendo whisky, escuchando y tratando de imaginar lo que estaba pasando.

Aproximadamente a las siete y media se produjo un repentino silencio y desde la plaza llegó una serie de golpes secos que sonaron como si alguien estuviera disparando fuegos artificiales. Unos minutos después se produjo un griterío confuso en el piso de abajo. Dejé el vaso y salí a la terraza. Cuando estaba saliendo se produjeron algunos disparos más. El ministerio de al lado estaba ardiendo y el humo que producía se elevaba, mezclándose con el hedor de las bombas que subía de abajo. Me escocían los ojos. Entonces noté olor y un repentino dolor en el entrecejo. Me volví rápidamente y entré en la habitación.

—Vámonos ahora —dije.

—¿Qué pasa?

—Gas lacrimógeno. Si respiramos demasiado no podremos ver para subir al tejado.

Cuando estábamos luchando para poder pasar a la terraza, los

ojos empezaron a llorarnos, pero conseguí coger la pistola y la botella de agua. Una vez que hubimos pasado los escombros ya no tuvimos que tener tanto cuidado con ver por dónde íbamos.

Ahora no necesitaba mirar para saber lo que estaba pasando abajo. Los cañones más grandes estaban callados, pero había un rumor intermitente que provenía seguramente del estallido de las granadas. Había otros ruidos también: los gritos y lamentos, roncos e inhumanos, que salen de las gargantas de los hombres que están luchando cuerpo a cuerpo.

En el momento en que el gas lacrimógeno había cegado a los defensores, un grupo de tropas de asalto, con máscaras de gas, irrumpió en la terminal aérea. Ahora llevaban granadas, pistolas y *parangs*.

Iban matando a todos los que quedaban en el piso bajo y en los sótanos. Otros grupos estarían asaltando la parte trasera del edificio. La tarea de acabar con los de los pisos superiores empezaría pronto. Primero echarían más gas lacrimógeno y después subirían escaleras arriba. *Rápidos como el rayo. Por todas las habitaciones. Primero una granada y luego tú mismo. No importa lo que haya dentro. No importa quién esté allí. Entonces peinas todo con tu ametralladora*.

Ya había decidido a qué parte del terrado iríamos. No había ningún refugio que valiera la pena y si la defensa iba a durar tanto como para que tuviéramos que resistir, lo único que podríamos hacer sería tirarnos al suelo, boca abajo, y esperar que no nos pasara nada. Lo más importante para nosotros era estar cerca del apartamento. Si Suparto recordaba la promesa que nos había hecho de advertir a las tropas de asalto de nuestra presencia queríamos estar allí cuando llegaran. El lugar que yo había escogido, por lo tanto, era el trozo del parapeto que estaba inmediatamente encima de la terraza del apartamento.

Lo encontramos en seguida. La ametralladora antiaérea que había inundado la terraza de cartuchos vacíos estaba allí montada y aquella parte del tejado estaba salpicada de huecos. Había mucho gas lacrimógeno, pero la mayoría parecía venir de abajo, a través de los ventiladores, y cuando conseguimos ponernos en sentido contrario a la dirección en que venía, el aire estaba más puro. Si me inclinaba hacia adelante podía ver la terraza situada debajo. Allí no había nadie y en mi opinión el apartamento estaba todavía vacío. Nos sentamos al lado del parapeto para frotarnos los ojos y sonarnos la nariz e intentar no oír la matanza que se estaba llevando a cabo debajo de nosotros.

Llevábamos allí unos veinte minutos cuando se oyó el ruido de gente entrando precipitadamente en el salón que estaba inmediatamente debajo. Un minuto después, Sanusi y el comandante

Dahman salieron a la terraza, tosiendo y luchando por respirar. Pude oír a otros lamentándose, dando arcadas y traspiés detrás de ellos.

Fue Dahman el que consiguió hablar antes.

—Aquí no, *Boeng* —dijo con voz ronca.

—¿Dónde está Aroff?

—Aroff ha muerto, *Boeng*. Ya le ha visto.

—Sí. Me voy a quedar aquí.

—Le cogerán vivo.

—No, no lo harán.

Hubo una conmoción en el pasillo. Un hombre gritaba algo sobre la rendición.

—Queda usted al mando, Dahman.

—Volveré a buscarle si puedo, *Boeng*. Pero no podemos morir como mujeres pidiendo clemencia. Debemos contraatacar.

Empezó a toser otra vez, mientras volvía a entrar en el salón, pero un poco después le oí dando una orden con voz entrecortada para que se reunieran en las escaleras. Me incliné hacia adelante y miré a la terraza con precaución.

Sanusi se dirigía silenciosamente hacia la balaustrada. Tenía una metralleta en la mano. Al final de la terraza se paró y miró alrededor, respirando profundamente y limpiándose la cara con el dorso de la mano. Entonces se arrodilló, puso la metralleta en el suelo a su lado y empezó a decir sus oraciones.

Rezó los *Rakats* y después empezó a entonar un pasaje del Corán.

—«¿Pero quién te va a decir quién es el vigilante nocturno? Es una estrella de penetrante fulgor. Realmente todas las almas tienen un guardián sobre ellas. Dejemos que el hombre reflexione de qué ha sido creado. Fue creado de los gérmenes vertidos entre el lomo y las costillas. Alá, el que todo lo ve, que todo lo sabe, y el más piadoso, puede muy bien devolverle la vida el día en que se descubran todos los secretos y él no tendrá ningún otro poder ni mediador.»

Miré a Rosalie, me tomó la mano y la apretó contra su rostro.

Estaba todavía allí, arrodillado, cuando se produjeron una serie de explosiones violentas que parecían venir precisamente de debajo de nosotros y en algún sitio, no muy lejos, un hombre empezó a gritar. Entonces el lamento quedó ahogado por un estallido de fuego automático, al tiempo que las tropas de asalto alcanzaban la cima de la escalera.

Vi a Sanusi coger la ametralladora, levantarse y dirigirse hacia la ventana. En ese mismo momento estalló una granada en el salón.

La explosión le lanzó a través de la terraza como si fuera un saco vacío, pero se levantó en un momento, y al hacerlo apretó el gatillo de su metralleta. Desde dentro alguien disparó a su vez, y durante unos segundos el aire se deshizo en pedazos. Vi la granada que aterrizó en

la terraza, junto a las ventanas del dormitorio, justo a tiempo para tirarme detrás del parapeto. Entonces sonó un impacto ensordecedor, otro estallido de fuego automático y luego el silencio. Cuando me atreví a mirar hacia abajo otra vez, había tres hombres con cascos de acero saliendo despacio de la terraza.

Dos de ellos miraron cautelosamente a su alrededor y empezaron a dirigirse al baño, con las armas preparadas. El tercer hombre se acercó al cuerpo de Sanusi y le enfocó con una linterna. Entonces se volvió y miró a la ventana de la habitación.

—Señor Fraser.

—Estamos aquí arriba, comandante —dije.

La luna había salido. Abajo en la plaza los muertos aún estaban siendo apilados en camiones y retirados para que, por la mañana, cuando el Ministerio de Instrucción Pública emitiera una declaración minimizando la importancia de todo el suceso, ningún escéptico periodista extranjero pudiera rebatir la lista de bajas. Los pocos heridos supervivientes ya estaban en la enfermería de los cuarteles de la guarnición, y, por lo tanto, inaccesibles. El tanque inutilizado había sido colocado en un transporte y retirado. Los otros tanques se habían marchado junto con el cañón antiaéreo autopropulsado. La plaza estaba vigilada por dos pequeños carros blindados. De vez en cuando se oía un leve rumor de tiros que venía de los suburbios de la ciudad, donde los que pretendían escapar y los rezagados eran rodeados y asesinados. El edificio de al lado había ardido casi en su totalidad.

Habían quedado algunos huevos en la cocina y un hornillo. Mientras yo sostenía la linterna Rosalie preparó una tortilla. Recuperé un par de sillas rotas del caos que había en el salón y comimos fuera, en la terraza. No resultaba cómodo, y aún subía humo, pero teníamos hambre y no nos importó. Nos estábamos comiendo la fruta que quedaba cuando volvió el comandante Suparto.

Le ofrecí fruta, pero la rechazó.

—No, gracias, señor Fraser. Tengo que presentarme al general Ishak y he de partir inmediatamente.

—Ya lo veo. Bueno, ¿qué noticias hay?

—No creo que la señorita Linden deba preocuparse por la seguridad de su hermana. Me han dicho que en esa parte de la ciudad ha habido muy pocos daños. Aparte de eso, me temo que las noticias que tengo que darle no son muy buenas.

Por el momento les está prohibido a las personas civiles andar por las calles. Si insiste en marcharse, le proporcionaré una escolta, pero no le aconsejo que lo haga. Están registrando los hoteles buscando partidarios de los rebeldes y se han llevado a cabo muchos arrestos. Se han irritado los ánimos y el asunto se nos ha ido un poco de las

manos. Sería más conveniente para usted quedarse aquí.

—¡Oh!

—Comprendo su repugnancia a quedarse ni un minuto más de lo preciso, pero por su propio interés será mejor que lo haga.

—Sí, está bien.

—Hay tropas en este edificio. Hay mucho que hacer, pero no les molestarán. He dado órdenes estrictas. Tal vez, por la mañana.

—Sí, naturalmente. Ha sido muy considerado por su parte venir a decírnoslo personalmente.

Vaciló. Era evidente que estaba terriblemente cansado, pero también se le notaba preocupado, incluso avergonzado. Me preguntaba por qué sería.

—Señor Fraser —dijo—. Puede que no tenga oportunidad de volver a verle.

—Siento oírle decir eso.

—Usted supongo que dejará pronto Selampang.

—Si la Policía no ha perdido mi pasaporte con todo este jaleo...

—Si tuviera usted dificultades, Lim Mor Sai se lo arreglará todo. Si le menciona que yo le he sugerido que lo haga.

—Gracias, había olvidado que era amigo suyo. ¿Volverá a Tangga?

—No, creo que ahora tendré otras obligaciones.

Su rostro se había vuelto impasible y yo sabía lo que le preocupaba. Iba a ser promocionado para desempeñar algún puesto en el gobierno y tenía remordimientos. La alusión despreciativa de Aroff sobre su traición le había dolido, y yo había estado presente y lo había oído. Debía pensar que en mi interior yo le despreciaba. Me hubiera gustado encontrar algún medio de decirle que no era así, pero sabía que no había forma de hacerlo que no fuera humillante para ambos.

—Gedge lo sentirá cuando se entere —dije—, y también lo sentirá el jefe de transportes.

Sonrió amargamente.

—Como el señor Gedge perderá también a los otros coordinadores, tal vez se sentirá compensado. Y ahora lo siento, pero tengo que irme.

—Comandante, me gustaría poder empezar agradeciéndole...

Me interrumpió apresuradamente.

—Por favor, señor Fraser, no me dé las gracias. Los dos somos civilizados y, ¿cómo dice usted?, humanos. Sí. Le desearé, igual que lo hice el otro día en Tangga, un viaje seguro y un futuro feliz.

—Gracias.

Se inclinó cortésmente ante Rosalie y se fue. Atravesó el salón, hasta la puerta del pasillo. Le seguí. Cuando abrió la puerta, extendí la mano.

—Adiós, comandante.

Su apretón de manos fue débil. Era una ligera concesión a las costumbres europeas.

—Adiós, señor' Fraser.

Se fue. Había otro oficial esperándole en el pasillo.

Cerré la puerta y eché el cerrojo. Entonces volví a través del salón y me quedé un momento contemplando el desorden, la destrucción y la suciedad que había en la terraza. Donde Roda y Sanusi habían caído muertos quedaban dos grandes manchas negras coaguladas que brillaban a la luz de la luna.

Pasé por encima y me acerqué a Rosalie.

—¿Te molesta mucho que tengamos que permanecer aquí?

—Ahora que ya no estoy tan preocupada por mi hermana, no me importa.

—¿Tienes hambre todavía?

—Ya no.

—¿Quieres un trago?

Sacudió la cabeza.

—¿Crees que podríamos bañarnos?

—Debe de haber agua suficiente para ti.

—Y para los dos si la usamos con cuidado. Te lo enseñaré.

—Está bien.

Así que nos bañamos. Nos echamos agua con cuidado, nos jabonamos y después nos aclaramos el uno al otro. Poco a poco, mientras estábamos allí de pie, en la cálida oscuridad, nuestros cuerpos empezaron a revivir. No dijimos nada. No nos tocamos. No veíamos. Pero los dos supimos, de repente, que al otro le estaba pasando lo mismo. Durante unos segundos permanecimos allí sin movernos. Extendí las manos y la toqué. Respiró profundamente, y entonces su cuerpo se apretó con desesperada urgencia contra el mío.

La levanté y la llevé por la terraza. Por algún sitio de aquella destrucción había una cama. Después, cuando nuestros cuerpos hubieron celebrado su regreso a la vida y desapareció el olor a muerto, nos dormimos.

10

A la mañana siguiente poco después de las ocho y media, me despertó alguien que estaba llamando a la puerta del apartamento. Cuando encontré la bata, habían dejado de llamar, pero se oían voces en el pasillo. Una de ellas era de mujer y estaba enfadada. Cuando abrí la puerta, la señora Choong estaba agitando las llaves de la puerta ante las narices de un soldado que se había acercado para preguntarle qué estaba haciendo allí.

Lanzó un grito de triunfo cuando me vio. No sólo no le habían dejado entrar a trabajar los dos últimos días los soldados que había en la calle, sino que ahora, cuando los soldados la dejaban pasar, había otros esperando para acusarla de saqueo. Sus piernas temblaban de indignación. Cuando le dije al soldado que se fuera, se puso a insultarle a gritos.

Entonces entró y vio el apartamento.

Durante algunos segundos se quedó allí, de pie, contemplándolo. Después se abrió paso dificultosamente hasta el salón.

A la luz del día estaba horrible. El bombardeo lo había dejado hecho un desastre, pero era un desastre tolerable; en dos días un decorador podría arreglarlo todo. Las granadas y el fuego de las metralletas habían arrasado el lugar. Los muebles estaban destrozados y hechos astillas. No había quedado nada intacto, y una habitación agradable estaba convertida en un destrozo horrible.

Para mi espanto vi que empezaban a caer las lágrimas por el rostro regordete de la señora Choong.

—¡Soldados! —dijo amargamente, y entonces me miró—. ¿El dormitorio también?

—Sí, me temo que también está bastante mal, señora Choong.

—¡Pobre Jebb! Pero usted, señor, ¿ha estado usted aquí?

—La mayoría del tiempo. Anoche, cuando llegó el ataque, la señorita Linden y yo nos subimos al tejado.

—¿La señorita Linden? ¿La amiga de Mina?

—Sí.

—¡Ah! —se limpió las lágrimas—. ¿Quiere desayunar?

—Creo que no queda nada de comida.

—Yo traigo —levantó el bolso que llevaba—. Le prometí que la traería. ¿La señorita Linden también querrá desayunar?

—Sí, por favor, señora Choong. No hay luz. Hemos usado el hornillo de petróleo.

Pero ella ya estaba en la cocina. La oí lanzando juramentos ante el jaleo que se encontró allí.

Después de desayunar, Rosalie y yo nos lavamos lo mejor que pudimos con el resto del agua que quedaba en el baño y nos preparamos para irnos. Habíamos quedado en vernos más tarde en el Club Armonía. Mientras, ella se iría a casa y yo acudiría a la Policía para ver qué pasaba con mi pasaporte. Tenía que comprarme también alguna ropa limpia. La señora Choong se llevó la sucia para lavarla.

No dejaban entrar a nadie en la emisora de radio sin un pase nuevo que yo no tenía, así que tuvimos que bajar por la escalera de servicio para salir a la plaza. La carretera estaba cerrada todavía al tráfico rodado, pero habían vuelto los *betjaks* y Mahmud estaba allí haciéndonos señas hábilmente, como si hubiéramos estado todos juntos en una fiesta alocada y ahora tuviéramos una resaca colectiva. Había mucha gente por allí, mirando asombrada los edificios destrozados o discutiendo excitadamente; intercambiando sus experiencias. Los niños lo estaban pasando estupendamente jugando en los agujeros hechos por las bombas.

Mientras pedaleaba, Mahmud iba hablando continuamente sobre lo que había pasado donde él vivía, pero no creo que ninguno de los dos escuchara una palabra de lo que decía. Estábamos disfrutando de nuestra libertad.

Cuando llegamos a la casa de apartamentos de Rosalie, esperé fuera hasta que ella se convenció de que todo estaba bien. Proseguí el camino y me fui a la sastrería. Tenían unos pantalones color caqui de otro encargo y me dijeron que me los podrían arreglar en una hora, y me indicaron dónde podría encontrar una camisa hecha. Después de comprarla me dirigí al cuartel general de la Policía.

Cuando estábamos llegando vi que había una gran multitud reunida al final de la calle donde me dirigía. En seguida me di cuenta de que no podría pasar a través de aquella multitud y esperé mientras Mahmud se acercaba andando para ver qué pasaba. Estuvo allí unos cinco minutos y cuando volvió parecía preocupado. Me explicó que habían puesto más barricadas de alambre de espino, y las tropas impedían entrar o salir a la gente que no tuviera un pase especial. La muchedumbre estaba formada casi completamente por gente que tenía familiares que habían sido arrestados durante la noche. Muchos de los que estaban arrestados, añadió con melancólica satisfacción, eran policías, pero había otros cuyo único crimen era que no se habían negado a darles agua y alimentos a las fuerzas rebeldes; o eso era lo que decían sus familiares.

Fui a las oficinas de De Vries, pero estaban cerradas. Entonces intenté ir al bar del Oriente, pero estaba también cerrado. Cuando me alejaba vi a un hombre que conocía de vista y que dijo que se rumoreaba que tanto el director del hotel Oriente que era holandés, como De Vries habían sido detenidos. Volví a la sastrería mientras

terminaban de arreglarme los pantalones. Entonces le dije a Mahmud que me llevara al Club Armonía.

Eran un poco después de las once y el club no abría hasta las doce, pero el portero estaba allí y buscó a la señora Lim.

Estaba sólo ligeramente sobria, y era evidente que no recordaba nada de mí, pero hizo lo que pudo.

—¡Hola, amor! Qué alegría me da verte aquí.

—¡Hola, señora Lim! Estoy buscando a su marido.

—¡Oh!, se ha ido a la ciudad. No sé a dónde. Ha sido horrible, ¿verdad? ¿Dónde has estado todo el tiempo? ¿En el Oriente?

—Roy Jebb me prestó su apartamento.

—Querido Roy, ¿ha vuelto ya?

—Tiene que volver hoy —notaba que estaba luchando con su memoria para poder explicarse el hecho de que yo conociera a Jebb.

—¿Y quiere usted ver a Mor Sai?

—Eso es. El comandante Suparto me indicó que su marido podría aconsejarme sobre una cuestión de negocios.

El nombre de Suparto la sacudió y de repente se puso en guardia.

—¿El comandante qué?

—Suparto.

—No he oído hablar nunca de él. Pero Mor Sai estará pronto aquí. Será mejor que pase y espere.

—Gracias, mientras estoy esperando, ¿hay algún sitio en el club donde pueda bañarme y cambiarme de ropa?

—¡Oh, sí! Charlie le llevará. Espero que después quiera tomar un trago. Le veré en el bar más tarde, amor.

Era Lim el que me estaba esperando en el bar cuando llegué. Me saludó cortésmente y nos dimos la mano.

—¿Una copa, señor Fraser? ¿Brandy seco?

—Gracias.

No había ningún camarero. Pasó por detrás de la barra y llenó dos vasos, uno para él.

—Me he enterado que lo ha pasado mal durante estos disturbios, señor Fraser.

—¿Se lo ha dicho la señora Lim? Debía de tener peor aspecto del que creía.

—No fue mi mujer quien me lo dijo —empujó el vaso hacia mí a través del mostrador y levantó el suyo—. A su salud, señor Fraser.

—A la suya, señor Lim.

Me tomé un sorbo de mi copa. El hizo lo mismo, y luego lo dejó y se metió la mano en el bolsillo.

—Creo que era esto para lo que quería verme —dijo, y puso mi pasaporte en el mostrador, delante de mí.

Lo miré con incertidumbre, entonces lo cogí y miré las hojas para ver si estaba el visado.

—El permiso de salida está en orden —dijo— y los certificados de aduanas y de cambio de divisas están grapados en la parte de atrás.

—Es extraordinario, señor Lim.

—Oh, no. Nuestro amigo me dijo que usted se había dejado el pasaporte en la Policía. Yo sabía que no podría recuperarlo, y que vendría a verme. Así, para ahorrarle un viaje, lo he traído conmigo.

—Lo hace parecer todo muy fácil. Le estoy profundamente agradecido.

—¿Ha podido arreglar algo del pasaje de avión?

—Nada, las oficinas de las líneas aéreas estaban cerradas. Alguien me ha dicho que De Vries estaba arrestado. ¿Es verdad?

—Le soltarán más tarde, tal vez. Pero los aviones pueden volar sin su ayuda. Naturalmente, los vuelos programados han sido suspendidos, pero los aeropuertos ya han sido informados de que está todo arreglado. Vendrá un avión de Yakarta a primera hora de la tarde. Saldrá otra vez a las cinco y treinta. Creo que se podrá conseguir un pasaje para usted.

Sonreí.

—Parece que el comandante tiene prisa por deshacerse de mí.

Los ojos que había detrás de las gafas sin montura me observaron atentamente durante un momento. Entonces se encogió de hombros.

—¿Por qué no, señor Fraser? Cuanto más tiempo esté aquí, hay más posibilidades de que hable con alguien, un periodista o con algún amigo que puede hablar a su vez.

—Puedo hablar igual en Yakarta.

—El comandante cree que no. Tiene mucha confianza en usted. También cree que usted no quiere causarle problemas a la señorita Linden. No, señor Fraser, no nos entienda mal. No está siendo amenazado, ni ella tampoco. A ella no le costará trabajo ser discreta. Simplemente le pedimos que permanezca así por el momento. Luego, dentro de una semana o dos, nadie se preocupará de esto.

—Bueno, ella estará aquí pronto. Ya se lo haré saber. Pudo haberme avisado la otra noche. ¿Por qué no lo hizo?

—Sólo soy un agente, no un jefe, señor Fraser. En una situación tan delicada no tenía libertad para atender mis deseos personales. Me alegró mucho saber que no le había pasado nada. ¿Otro trago?

—No, gracias.

—Entonces, si me permite ahora...

—Naturalmente. Y gracias otra vez por el pasaporte.

—Si decide irse esta tarde...

—Seguro, se lo haré saber.

Rosalie llevaba un traje que no le había visto antes y estaba deliciosa. Había hablado con Mina y con su hermana. Todo estaba bien. Mina no se había atrevido a ir al apartamento esta mañana. Tenía miedo de encontrárselo todo destruido y nuestros cuerpos yaciendo entre las ruinas. Iba a buscarle a Roy un sitio para quedarse mientras se lo arreglaban.

—Pobre Roy —dije.

—No puede culparnos. No pudimos evitar lo que pasó.

—No.

Me miró rápidamente.

—¿Qué pasa?

No había nadie más en el bar. Le conté lo de mi pasaporte y del avión de la tarde y le conté lo que me había dicho Lim. Cuando acabé, se quedó pensativa un momento, entonces asintió.

—Sí, ya lo entiendo. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Quiero saber lo que opinas tú. No voy a irme de aquí si te van a poner las cosas difíciles.

—Pero si eres tú quien les preocupa. Saben que no diré nada. ¿No es eso lo que te ha dicho Lim?

—¿Le crees?

—¡Oh, sí! Saben que no me atrevería.

La conocía lo suficiente ahora como para saber cuándo creía en lo que estaba diciendo, pero insistí.

—¿Estás segura?

—¿No quieres irte?

Vacilé.

—No, no quiero.

—¿Es por nosotros?

—Sí.

—Estoy contenta. Yo también esperaba que pudiéramos volver a estar juntos como anoche. No dejo de pensar en ello. Pero si quieren que te vayas, es mejor que lo hagas hoy.

—Sí, creo que sí.

Vino el camarero y le encargué unas bebidas. Nos las tomamos y luego entramos a comer. La comida era deliciosa pero no pude comer mucho. Ella casi ni la miró. Después de un rato dejé de intentarlo.

—Rosalie.

Sus ojos se encontraron con los míos. Dijo suavemente.

—Sí, a mí me pasa lo mismo. No puedo dejar de pensarlo. ¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

—Creo que a las cinco.

—Si vas a la Casa del Aire y recoges tus cosas, podríamos estar juntos hasta que te vayas.

—¿Dónde?

—Én mi casa. Mi hermana no estará allí. Es muy pequeña, y no es como el apartamento de Jebb, pero eso no te importará.

—No, no me importará.

En cuanto estuvimos preparados para irnos, me dirigí al bar y vi a Lim.

—¿Qué hay del pasaje del avión? ¿Qué hago con lo del billete?

—Está en la recepción del aeropuerto esperándole, señor Fraser.

—Estaba usted muy seguro de mí, ¿verdad?

—De usted no, señor Fraser. Pero estaba seguro de la señorita Linden. Es una persona honesta y de ideas claras. ¿No está usted de acuerdo?

De vuelta al apartamento, me encontré con que Jebb había vuelto y estaba revisando los desperfectos con la señora Choong.

—Hola, Roy.

—Hola, muchacho —me contestó tristemente—. Apuesto a que es la última vez que te quedas al cuidado del apartamento de alguien.

—Lo siento Roy. Pero primero las bombas y luego las granadas y todo eso. No pude hacer nada. Ya ves...

—No te estoy echando la culpa, tonto bastardo. Me estoy excusando. ¿Cómo crees que me sentía en Makassar, sentado allí oyendo esa maldita radio y pensando cómo lo estarías pasando aquí arriba? Hubiera querido volver antes. Tenía miedo de que te mataran. ¡Maldita sea! ¿Dónde estabas cuando pasó todo esto?

Le conté un poco. Me escuchaba y de vez en cuando lanzaba juramentos, y después me preguntó por Rosalie.

—Está bien. Voy a verla dentro de un minuto. Me voy hoy.

—¡Dios mío! ¿En ese avión de las cinco y media?

—Exacto.

—¿Quién te lo ha arreglado? La gente se pega por obtener un pasaje para ese vuelo.

—Lim Mor Sai.

—¿Qué te dije? El puede arreglarlo todo. Bueno, iré a despedirte al aeropuerto. Tengo que ir a sacar algunas cosas de la aduana. Vine aquí directamente en cuanto aterrizamos. ¿Has visto a Mina?

—No, pero te está buscando algún sitio para que puedas vivir mientras arreglan esto.

—Eso quiere decir una cama de campaña en su casa. Te veré luego, Steve.

Cuando se hubo ido, recogí mis cosas. No tardé mucho. La señora Choong trajo mis ropas de la lavandería. Estaban todavía húmedas. Pero las metí, de todas formas, en la maleta. Le entregué a la señora Choong un regalo y volví a bajar las escaleras por última vez.

Le había dicho a Mahmud que me esperara y estaba en la puerta. De camino, me detuve en una tienda en el barrio chino y compré una

caja de plata con una amatista en la tapa. Cuando la pagué, cogí todo el dinero que me quedaba, separé lo que me haría falta para pagar a Mahmud, comprar mi billete para Yakarta y sobornar a los agentes de aduanas del aeropuerto, y puse el resto en la caja. Entonces me fui a ver a Rosalie.

Había dos habitaciones, una de ella y otra de su hermana. Estaban limpias y eran sencillas como las habitaciones de una casa *kampong*, con persianas de bambú en las ventanas y mosquiteros en las camas. En una pequeña galería, unas orquídeas crecían en unos cacharros hechos con tres ladrillos.

Cuando llegó el momento de irme, me acerqué a la cama y la miré. Estaba allí tumbada con los ojos cerrados y el cuerpo brillante por el sudor. En sus labios había una sonrisa. Pensé que podía estar dormida.

Puse la caja sobre la mesilla lo más silenciosamente que pude, pero me oyó y abrió los ojos. Me miró durante un momento, luego observó la mesa y se incorporó bruscamente.

—No.

—Dijiste que si nos gustábamos sería más fácil separarnos.

—Eso era antes.

—A mí me lo tienen que poner más fácil.

—Y a mí.

—Entonces así es mejor. Ábrela después, cuando me haya ido.

Me incliné y la besé una vez más.

—Nos queremos —dijo.

—Sí.

—Pero también somos prudentes.

—Eso creo.

—Sí —sonrió—. De esta forma siempre nos recordaremos con amor.

Momentos después bajé la maleta por la escalera larga y empinada y salí al sol cegador.

Mahmud había puesto el toldo y me senté a su sombra intentando pensar en el viaje que tenía por delante, mientras me llevaba pedaleando hasta el aeropuerto.

Créditos

Título original: *State of Siege*, también publicado como *The Night-Comers*
Eric Ambler, 1956
Traducción:Teresa Recio
Editorial: Forum S.A. 1983
Colección: Círculo del crimen,17
ISBN: 978-84-85604-41-8

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford/Rbear*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura